

MUNDO IGNORADO



Agente especial del planeta PERDIDO

ANGUS MacVICAR



NOVELA DE CIENCIA - FICCION

AGENTE ESPACIAL DEL PLANETA PERDIDO

Angus MacVicar

Título de la obra en inglés: **SPACE AGENT FROM THE LOST PLANET**

Traducción: SESEN

Portada: GIRALT

AGENTE ESPACIAL DEL PLANETA PERDIDO

Angus MacVicar

PREFACIO

por el profesor Johannes K. van Leyden. Jefe del Departamento de Astronomía, del Instituto Científico para la Paz

Me alegro, sinceramente de tener el honor dé presentar, este libro de mi querido amigo, Jeremy Grant. Trata de acontecimientos que tuvieron lugar hace cierto número de años y es, según creo, el primero de una serie que describe el trabajo de autor como investigador espacial de la Organización de las Naciones Unidas.

A nuestro regreso de esta misión para la Comisión Lunar, Jeremy Grant, a pesar de sus veinticinco años, fue destinado al puesto de Simón Hollister como jefe de Investigación Espacial, Departamento Especial. Nunca se pudo hacer mejor nombramiento. Científico brillante, en alma y cuerpo, tiene él ese toque de simpatía y humanidad que combinado con el coraje moral, son las señales que distinguen al nacido para ostentar una jefatura.

Yo soy holandés y Jeremy australiano. Algunas veces nos encontramos en violento desacuerdo —aunque, normalmente, creo que soy un hombre apacible y de buen carácter. A pesar de tales diferencias siempre hemos sido camaradas y tengo a orgullo actuar como consejero suyo en todas las cuestiones de astronomía.

Con su estilo festivo escocés, Jack MacDonald se refiere a Jeremy en el *Daily Gazette* llamándole “el Agente Espacial del Planeta Perdido”, una broma periodística que contiene, de hecho, una parte de verdad, porque Jeremy realizó nada menos que seis viajes a Helsikos (“El Planeta Perdido”) antes de nuestra primera y malaventurada expedición aquí descrita.

Jeremy, Jock y yo hemos tomado parte en otras aventuras y éstas serán publicadas en fecha posterior. Mientras, he visto las pruebas de este libro y puedo dar fe, de la veracidad de todo detalle científico. (Su manera de presentar a los personajes ya es otra cuestión. A mí por ejemplo, me muestra ridículamente caricaturizado. Pero él es joven y en bien de nuestra amistad, aunque con mi protesta, se lo he dejado pasar.)

Al recapacitar, me asombro ante las certeras predicciones sobre las condiciones lunares hechas por algunos escritores antes de que los primeros hombres alunizaran en Piazzi Smyth, Patrick Moore, F.R.A.S., (*Guía para la Luna* y *El libro infantil del espacio*), Chesley Bonestell y Willy Ley (*La conquista del espacio*), y A. C. Clarke, B. SC.- F.R.A.S. (2) (Vuelo Inter planetario)... todos éstos y muchos otros tuvieron visión profética. Yo, también, dentro de mi modestia, puedo pretender qué mi trabajo Geografía lunar mostraba un alto grado de presciencia-y es una fuente de satisfacción para mí que mi teoría de la “célula superficial”, allí expresa, demostró ser sustancialmente correcta ¡a pesar de la recepción hostil que le depararon ciertos críticos en la época de su publicación!

Espero que este libro de Jeremy Grant, que ha sido escrito no sólo como un relato de os hechos sino también como un tributo a la notable personalidad de Simón Hollister, alcance al éxito que merece. Instituto Científico para la Paz,

Alemania.

Septiembre, 1961.

CAPITULO I
LAS BESTIAS DE PLACER

Hacía una semana que estaba en Londres, preparando con una empresa de química industrial la fórmula para cierta aleación de cobre... una aleación de investigaciones atómicas de Dounreay, en Escocia.

Las pruebas habían ido bien. Al encontrarme con veinticuatro horas libres, telefoneé a mi viejo amigo, Jock MacDonald, en la redacción de la *Gazette*, en Fleet Street.

—¡Jeremy Grant! —exclamó—. ¡El buen Jeremy! Pues claro que puedo verte mañana. ¿Qué te parece si echamos una partida de golf en Walton Heath?

Jock estaba destinado en la redacción científica de la *Gazette*. No obstante, gracias a sus dos aventuras en el Planeta Perdido, todavía le gustaba describirse a sí mismo como “El primer periodista espacial del mundo”. A los veinticinco años —un año más viejo que yo— ganaba un sueldo fabuloso; pero cuando apareció en el campo de golf aquella mañana de junio, un mechón de cabellos rojizo despeinado, gafas de concha reluciendo al sol, seguía pareciendo un escolar alto y espigado.

Yo era mejor periodista que jugador de golf y sin embargo le gané limpiamente en todos los agujeros. Pero entre los árboles y la calefacción del viejo local de James Braid uno se instalaba agradablemente y gozaba de la sensación de vivir, y el golf, en sí mismo, no importaba.

Habló casi sin parar... a veces incluso mientras golpeaba.

Su tópico principal eran las series de erupciones volcánicas menores ocurridas en la Luna. No sólo habían sido informadas por la pequeña colonia establecida cerca del centro de Piazzi Smyth, en el Mare Imbrium, el mar de las Tormentas, sino también los astrónomos de Monte Palomar, en América, y los Observadores de la sala de observaciones, en la gran estación espacial satélite, habían advertido una corriente de lava incandescente saliendo de un picacho, en la Cordillera Alpina, cerca de Platón.

Tenía sobre este asunto un artículo que me entregó para que lo leyera. Supuse que me utilizaba como piedra de toque para medir su probable impacto en los lectores.

Una vez terminada la partida y después de un almuerzo satisfactorio, me invitó a visitar lo que él llamaba su cubil en el Holborn.

—Acabo de comprar un aparato nuevo de televisión en colores con efectos en tres dimensiones. Tienes que verlo —me dijo.

Viviendo como yo lo hacía en las tierras salvajes del Norte, en donde los recientes avances en televisión eran sólo cosas sobre el papel, acepté encantado.

Camino de la ciudad, a gran velocidad, en su nuevo Jaguar, volvió, sin

embargo, al tema de las erupciones, hablando con conocimiento, indiferente pero con toda evidencia profesional.

—Como ya sabes —dijo, eludiendo el tráfico en Sutton—, ha habido una larga y amarga discusión acerca del origen de los cráteres de la superficie lunar. Los astrónomos de la Escuela A los creían fruto del impacto de meteoros. Otros de la Escuela B sostenían que eran un resultado de la actividad volcánica mientras la corteza se estaba condensando. Parece ahora como si los chicos de la Escuela B pudieran reír los últimos.

—Nunca se han descubierto volcanes activos en la Luna —dije—. Es raro que esto haya ocurrido tan pronto como Nicolson y su expedición llegaron allí.

Asintió y durante cierto tiempo permaneció sumido en su silencio desacostumbrado.

Dejé que mis pensamientos: errasen por la colonia lunar. Un experimento patrocinado por las Naciones Unidas había sido un éxito sensacional. Trasportando muchas toneladas de equipo y doce hombres especialmente adiestrados, partió una nave en la gran estación espacial internacional colocada en órbita el año antes. El 31 de enero aterrizó, mejor dicho, alunizó a la perfección cerca de Piazzi Smyth y al cabo de unos cuantos días los exploradores alzaron una cúpula prefabricada, hermética, y comenzaron a vivir en ella. Pronto empezaron a realizar breves viajes en sus tractores lunares. A primeros de junio ya se aventuraban más, Luna adentro.

El grupo estaba compuesto de dos americanos, dos rusos, un británico, un alemán, un francés, un indio, un chino, un ghanés y un brasileño, todos a las órdenes del brigadier Nicolson héroe canadiense de la segunda ascensión al Everest. Jock les había acompañado en su viaje de exploración, primero, regresando a la Tierra con, la espacionave vacía para publicar una serie de artículos y fotografías que añadirían casi medio millón en la cifra de ventas de la *Gazette*. Ahora, sin embargo, al cabo de varios meses, la gente se había acostumbrado a la idea de que seres humanos vivieran en la Luna. Los informes sobre erupciones volcánicas, viniendo a través del tenue enlace hertziano, habían conseguido muy poco en lo de revivir nuestro interés. Teníamos, después de todo, que ignorar tranquilamente un almacén de armas atómicas lo suficiente grande como para volar la tierra reduciéndolo a polvo astral. ¿Por qué, pues, íbamos a preocupamos de manera indebida por doce seres de nuestra raza amenazados por pequeños volcanes sobre la superficie lunar?

Pero Jock estaba interesado; su olfato por las noticias percibía el perfume de algo sensacional y próximo.

—Les convencí para instalar una emisora receptora lunar en la redacción —me dijo, mientras corríamos hacia el puente de Waterloo—. Hace un par de días pude hablar directamente con Nicolson.

—¿Una anticipación de da noticia, eh?

—Puedes llamarlo así... aunque, claro, parte de la información ha sido ya

repartida por el Departamento de Prensa de la Comisión Lunar.

—¿Cuáles son las últimas noticias?

—¿No has leído mi informe?

—Me lo debo haber perdido. Tenía la cabeza ocupada por ese maldito hallazgo de cobre.

—Bueno, casi hasta la última semana la vida bajo la cúpula plástica seguía de manera muy parecida a la de una estación meteorológica del Ártico. En realidad, bastante más confortable, porque la presión, la temperatura y humedad están controlados automáticamente y hay sitio bastante para moverse en el interior. Cosechas como de maíz, patatas y verduras crecen con éxito en el irrigado suelo lunar tratado con abonos químicos. Vistiendo trajes estancos de vacío y viajando en tractores lunares y en cohetes de plaza, enviaron regularmente destacamentos para explorar el territorio de los alrededores y para hacer pruebas científicas. De manera incidental, identificaron por lo menos una cantidad de metales similares a los qué se encuentran en la Tierra: hierro; cobre, manganeso... incluso oro y uranio. Y en el cráter de Platón esperaron encontrar un pozo o un yacimiento de petróleo muy cerca de la superficie.

—Todo eso es altamente significativo —dije.

—¿Eh? —me miró de reojo y el Jaguar por poco choca con un taxi. Parpadeó y disminuyó la marcha. Preguntó—: ¿Qué quieres decir con eso?

—Dice una teoría que cuando la Tierra era una gran masa fingida, parte de esa masa escapó al espacio... posiblemente de la zona de la Fosa de Mindanao, en el pacífico... y se convirtió en la Luna. Si la corteza lunar se ha desarrollado de manera casi exacta a la de la Tierra, entonces quizá la teoría esté en lo cierto.

—Hum... No está mal pensado. Gracias, Jeremy. ¡Me has dado una idea para un artículo!

—Pero como te estaba diciendo —prosiguió—, los colonos de la Luna vivían bastante confortablemente. Tenían mucho trabajo que hacer y para su recreo una buena cantidad de buenas películas, montañas de discos de gramófono y una biblioteca considerable. La nave tenía que visitarlos en el otoño con suministros y media docena de refuerzos. Nicolson estaba pensando en términos de erigir una segunda cúpula e invitar a familias jóvenes a que se trasladasen y probaran su suerte en un nuevo mundo. Entonces el 24 de junio, comenzaron las erupciones.

—¿Sólo eso? ¿No tuvieron un preaviso?

—En apariencia, no. A pesar de que no hice la pregunta al brigadier Nicolson con estas palabras. Piensa en ello, se mostró ligeramente vago en todo este asunto. Pero los hechos son lo bastante claros. Al principio se produjeron una serie de pequeños desprendimientos y temblores y la ceniza volcánica comenzó a caer sobre la cúpula. Pronto, poco después, un picacho de la Cordillera Alpina estallaba por su cima. Eso fue lo único observado por los tipos del Monte Palomar y de la estación espacial, porque las otras

erupciones eran probablemente demasiado pequeñas para ser vistas desde la Tierra.

Estábamos ya cerca de Holborn.

—¿Está en peligro la colonia? —pregunté.

—Eso mismo le dije yo a Nicolson y él me contestó que no lo creía. Las erupciones han sido bastante inocuas... por lo menos, en comparación con las nuestras anteriores de la superficie lunar... Pero lo que me preocupa, lo que preocupa al personal de las estaciones de escucha en Washington y Moscú, es que durante les pasadas veinticuatro horas no hemos tenido, en absoluto, ningún mensaje de la Luna.

—¿Es eso raro? Quiero decir, ¿no he leído en .alguna parte que el enlace hertziano es bastante deficiente? que puede haber distorsiones y desvanecimientos... toda esa clase de cosas...

—El enlace es deficiente, eso tenlo por seguro. Varias veces he perdido el contacto por radio hasta un plazo de cuatro días. Pero en general esos espacios en blanco han coincidido con períodos de actividad en las manchas solares y por el momento nada de eso ocurre.

Como la mayor parte de la gente, yo no me sentí gravemente alarmado. Hasta ahora, no se habían registrado jamás erupciones en la Luna. Pero después de todo, la historia de la observación astronómica de la Tierra es comparativamente breve y era una deducción lógica que en el curso de siglos, pequeños volcanes lunares hubiesen entrado en período activo a intervalos sin causar verdadero daño a su corteza. Le dije todo esto a Jock, y parecía inclinado a asentir, aunque me di cuenta de que en el fondo de su mente se agitaba la inseguridad.

Las cuestiones lunares fueron temporalmente olvidadas, sin embargo, cuando llegamos a su cubil y puso en funcionamiento su nuevo aparato de televisión.

Estaba colgado de una pared de su sala de estar, como si fuese un espejo. Mientras nos sentamos para contemplar un partido de cricket de campeonato, tuve la impresión de estar en el mismo campo de juego, sentado en .la tribuna. El verde de la hierba, los trajes blancos de los jugadores, el rojo manchón de la pelota... todo aparecía asombrosamente cerca y real.

El locutor, un joven con acento del West Country, acusaba, atrevidamente, a uno de los de un equipo, de jugar sucio. Los hombres del espacio podían venir y marcharse: las discusiones ancestrales del cricket seguirían como siempre. Pero aun cuando yo estaba preparado para distraerme disfrutando del partido, Jock tenía otras ideas. Me obsequió con una disección completa, científica, del aparato, hablando de la amplitud de la línea, de la anchura de la imagen de la reproducción sonora de alta fidelidad, de la distorsión trapezoidal, de la calidad de la pantalla y de las válvulas osciladoras.

Estaba empapándome del asunto del circuito atonador cuando de repente, aunque la imagen permaneció tranquilla, la voz .del locutor se fundió en un zumbido de fondo. Otra voz interrumpió, detonante, murmurando una especie

de palabras indescifrables. Luego el sonido recobró de nuevo la normalidad.

—¡Está bien, Jeremy... está bien! —Exclamó brillantemente Jock—. Algunas veces recibimos interferencias de onda corta de las naves del Támesis. Principalmente trasbordado res de la Costa Este. Otras veces navíos extranjeros.

Comenzó a explicar el fenómeno, refiriéndose a los ultrasonidos y a la capa divisora de la ionosfera, mientras yo me esforzaba en seguir un duelo fascinante entre un lanzador australiano y el bate del otro equipo.

De pronto la voz interrumpió otra vez, disfrazando el acento del tipo del West Country... fue una voz estridente y fina, sobrecogida e incoherente.

Luego... por pocos segundos... se calmó:

—...atmósfera celular. Necesitamos ayuda. Peligro de las bestias de placer...

De manera tan inesperada como vino se desvaneció y desapareció del todo. Yo estaba seguro de que cada frase excepto de la última. Sonaba como “Las bestias de placer”, pero no lo sabía con certeza.

El rostro de Jock demostraba asombro. El entrecejo lo tenía fruncido. Aspiré profundamente.

—¡Ése fue Nicolson! —Dijo—. ¡Juraría que fue Nicolson!

CAPITULO II
EL QUINTO HOMBRE

Jock apagó la televisión, sintonizó el Crystal Palace en su radio y me dijo que me mantuviera a la escucha.

—Te será mejor concentrarte sin ver ninguna; imagen —dijo—. Si vuelve otra vez esa voz, anota cuanto oigas. Me voy al dormitorio a utilizar el teléfono. No tardaré.

Durante la siguiente media hora, sin embargó, el comentario del juego del cricket prosiguió normalmente, sin interrupción. Yo estaba desencantado, porque parte de la excitación de Jock se me había contagiado y quería con ansia saber si la voz intrusa había sido, en realidad la del brigadier Nicolson.

Entonces volvió Jock. Su pelo rojo estaba más despeinado que nunca y tras los gruesos cristales desús gafas tenían sus ojos aquella expresión ligeramente belicosa que significaba que él estaba ya en persecución de una historia.

—¿Oíste algo? —preguntó.

Denegué con la cabeza.

—Todo el mundo lo oyó —me dijo—. Todo el-mundo en la zona de Londres que estaba viendo el cricket en los nuevos aparatos de televisión en colores. Tengo una lista de propietarios que me la han proporcionado los fabricantes —diecisiete en total— y que les telefonearon.

—¿Qué es lo que oyeron exactamente?

—Poco más o menos lo mismo que nosotros. “Necesitamos ayuda...” eso lo oyeron claramente. Pero nadie puede asegurar a ciencia cierta lo del pedazo de “las bestias de placer”.

—¿No recogieron nada en el transceptor de la redacción?

—Está sintonizado a diferente longitud de onda —se detuvo un momento, ceñudo. Luego, de súbito, continuó—: Estoy convencido de que era Nicolson. Si así fuera entonces es que ha pasado algo a su transmisor principal y ha estado probando establecer contacto con nosotros con uno de los aparatos de re-, conocimiento.

—¿Aparatos de reconocimiento?

—Hay muy poca atmósfera en la superficie de la Luna... ya sabes. En consecuencia, Nicolson y sus hombres no pueden enviar señales de radio más allá de la curva de su horizonte... como hacemos en la Tierra procurando que las ondas reboten en la ionosfera. Al salir los grupos de reconocimiento en viaje largo, se llevan un transmisor portátil especial. Instalan repetidores de radio a lo largo de la ruta —cada uno a la vista del precedente— que servirán para retransmitir a la base los mensajes. El caso es que la longitud de onda que utilizan en estos transmisores queda muy próxima a la del Crystal Palace.

—Comprendo. Pero...

—Los aparatos de reconocimiento no son tan potentes como el transmisor principal pero en ciertas condiciones una señal de alguno de ellos puede ser

recogida en la Tierra. Mira —dijo—. Tendrás que perdonarme...ahora. Lamento tener que interrumpir la fiesta, Jeremy, pero he de ponerme en contacto con la Comisión Lunar. Puede haber en todo esto una historia estupenda.

De camino a la redacción de la *Gazette* me dejó en mi hotel cerca, de Charing Cross; pero casi antes de que mis pies hubieran tocado el piso de la acera, se había marchado el Jaguar rugiendo en medio del tráfico mientras cobraba velocidad en dirección a Fleet Street.

Yo no tenía que emprender vuelo de regreso a Escocia hasta el día siguiente y tenía intención de pasar la velada en el Ambassadors, donde se representaba con éxito una nueva obra de Aghata Christie.

Pero cuando me preparaba para salir del hotel después de cenar temprano, un botones me dijo que me llamaban por teléfono.

Era mi jefe en Dounreay.

—¿Qué tal te va, Jeremy?

—No muy mal, señor.

—Pues date aire. ¿Te gustaría volar a Méjico a primera hora de la mañana?

—¿Qué?

—Méjico, Jeremy. No puedo decirte aún de qué se trata —desearía poder — pero la Comisión Lunar de las Naciones Unidas se ha puesto en contacto conmigo. Me han preguntado si podría darte permiso para tiempo indefinido... con el fin de tomar parte en una misión científica especial. Bueno, yo en particular no quería prescindir de ti —y menos en un momento en que nos desenvolvemos tan bien con la aleación de cobre— pero si tú decides ir, me las arreglaré como sea. En realidad, creo que deberías ir, porque cuanto más amplíes tu experiencia más útil nos serás aquí a la larga.

—Es todo un poco precipitado, señor.

—Eso mismo pensé yo.

—¿Puedo pensarlo y llamarle más tarde?

—Me temo que no. La Comisión quiere una respuesta inmediata.

Bueno, no es fácil prescindir de una sugerencia de las Naciones Unidas

—¿Entonces irás?

—Sí. Además, siento curiosidad.

—¡Buen muchacho! Tu avión despega a las seis de la mañana... del Aeropuerto de Londres. Preséntate a las cinco cuarenta y cinco al capitán Pemberton en la oficina principal. Mientras, mándame por correo tus descubrimientos acerca de la aleación

—De acuerdo, señor. ¿Tiene usted alguna idea de lo que es esto?

—Ninguna... oficialmente. Pero sé que el cuartel general de Investigación Espacial, Departamento Especial se halla en algún lugar de Méjico. Buenas noches, Jeremy, y buena suerte.

Una vez colgué el aparato decidí que por encima de todo debía mantenerme tranquilo y no dejar volar mi imaginación.

Volví a mi cuarto y preparé los documentos que tenía que echar al correo.

Luego salí, dejé caer el sobre en un buzón y me fui a pie hasta el Ambassadors.

Conseguí prácticamente la última entrada que quedaba y me senté en el mismo instante en que se alzaba el telón; pero a pesar de que soy un admirador casi fanático de Aghata Christie, debo reconocer que no recuerdo ni palote de lo que tuvo lugar en el escenario.

Y cuando volví al hotel y me estaba preparando para acostarme, recordé que me había dejado el sombrero en la butaca del teatro y que me olvidé de decir al conserje del hotel que me llamaran temprano y me tuviesen preparado un taxi para que me llevase al aeropuerto.

Arreglé el segundo problema mediante el expeditivo sistema de utilizar el teléfono del cuarto; pero me tuve que resignar a dejar que mi sombrero entrase a formar parte del guardarropía del teatro.

Tampoco pude pegar ojo... todo lo cual demuestra que carezco de la verdadera tranquilidad de los científicos.

Por la mañana llegué al aeropuerto a las cinco v media. El capitán Pemberton resultó ser un hombre bigotudo, pulido, con una sonrisa amistosa, que me informó que era el piloto de un pequeño avión a chorro de seis plazas, prestado, a la Comisión Lunar por la R.A.F.

—¿Quiere tener la bondad de esperar en la sala contigua, donde ya hay otros dos pasajeros tomando café? —me dijo

Asentí, le di las gracias y al darme la vuelta me tropecé con Jock.

—¿Qué diablos...? —exclamé.

Me dio una palmada en la espalda.

—Les dije que vendrías. "Jeremy Grant es el tipo que necesitan", les recomendé. "Se trata del navegante espacial más experto de la actualidad".

Dio su nombre al capitán Pemberton, luego me cogió del brazo.

En la otra sala dos hombres estaban de pie junto a una mesita, tomando café y mirándose uno a otro como gatos escaldados.

Uno era claramente de origen eslavo, su recio rostro pálido y singularmente inmóvil bajo las luces crudas de la estancia demostraba lo fundamentado de mi conjetura. Más tarde me enteré que .se trataba de Volotoff, un técnico de gran categoría empleado en la Comisión Lunar en sus establecimientos de Investigación de Vehículos de Checoslovaquia.

Al otro lo reconocí en seguida.

Cuando nos vio sus ojos relampaguearon y su negra barba puntiaguda pareció estremecerse de emoción.

—¡Jeremy! —bramó, depositando con fuerza su taza de café en la mesita y avanzando con los brazos extendidos—. ¡Cuánto me alegro de verte! ¡Y, también MacDonald... el gran periodista!

Su abrazo fue como el ataque de un gorila. No obstante, Jock y yo saludamos al profesor Van Leyden con placer.

Es un hombre grandullón, corpulento, de un metro ochenta de estatura, descendiente de una familia de prohombres de comercio en Rotterdam, jefe

del Departamento de Astronomía en el Instituto Científico para la Paz, de Alemania.

Nos había acompañado el año anterior en nuestro previo viaje al Planeta perdido, cuando nos fue posible evitar su destrucción por un asteroide errante. Al principio de nuestra amistad él había desplegado arrogancia y muy mal genio; pero juntos compartimos una buena variedad de peligros y la experiencia le había hecho mucho más humano y amistoso. Casi demasiado amistoso, pensé, mientras trataba de esquivar el quedarme enredado en su barba.

—¿Qué es todo esto? —vociferó—. ¿Por qué se me ha convocado para efectuar este viaje a Méjico?

Jock se encogió de hombros y Van Leyden estaba a punto de lanzar con violencia otra pregunta cuando de pronto se abrió la puerta y entró el quinto pasajero.

Era bajito —apenas un metro cincuenta y cinco—. Pequeño, sencillo y, de primera impresión, ordinario. Elevaba un traje azul oscuro y sombrero hongo y su rostro perfectamente afeitado era carnoso y rosado, como el de un escolar bien alimentado.

Entonces se quitó el hongo y vimos con sorpresa que su cabello era blanco como la nieve, aunque muy espeso. Y cuando habló ya no le catalogamos ni por asomo como un sujeto ordinario o corriente. Su voz tenía una resonancia y una autoridad que producían el efecto de una ducha fría. Nos estrechamos las manos.

—Mi nombre —dijo— es Simón Hollister. Ayer, mientras estaba de vacaciones en Suiza, me ordenó la Comisión Lunar que me hiciese cargo de este grupo. Tómense el café, caballeros. El capitán Pemberton está ya dispuesto para despegar.

No creo que se nos ocurriese a ninguno hacerle preguntas. Incluso el profesor Van Leyden, habitualmente discutidor receloso de la autoridad, asintió con torpeza demostrando conformidad. Volotoff hizo sonar sus tacones y se inclinó.

Jock sonrió.

—Lo que usted diga, señor Hollister —dijo—. ¿Ya sabe quiénes somos todos nosotros?

—Sí. Nos conoceremos mejor en el aparato, por lo menos eso es lo que espero.

Nos condujo fuera donde un avión de combate de propulsión a chorro, transformado, estaba en la pista. Hacía fresco a aquella hora, aunque el sol empezaba a salir en una llamarada roja de entre las nubes negras del horizonte. El humo de Londres todavía no había robado la frescura del aire mañanero.

Unos cuantos mecánicos repasaban el avión, pero en general el aeropuerto estaba tranquilo. Mientras subíamos a la estrecha cabina, la única persona que nos dijo adiós fue el empleado de uniforme que estaba a cargo de la

escalerilla.

Cerró la puerta tras nosotros. Luego, llevándose la escalerilla sobre sus ruedas, agitó la mano en ademán de despedida al capitán Pemberton que se hallaba en la cabina de pilotaje.

Los reactores entraron en acción. Casi antes de que me diera cuenta ascendíamos casi verticalmente, encaminándonos hacia el oeste por encima del Támesis superior. Sentado junto a Jock en el asiento trasero, me estremecí un poco. Todo lo que se me ocurrió fue acordarme del título de una vieja película... *Quo Vadis.*

CAPITULO III
MISTERIO EN LA LUNA

Por encima del zumbido de los reactores dije a Jock:

—¿Conoces a ese tal Simón Hollister?

—Claro. Podías llamarle el primer policía del espacio.

—¿Qué dices?

—El nombramiento se hizo precisamente el mes pasado, por las Naciones Unidas. Ahora que son probables mundos nuevos, es natural que haya inspección aunque oficialmente todos los países son miembros leales de la O. N. U. Algunos pueden sentirse tentados de tratar, por su parte, de barrer para casa. Toma el electrónomo de Helsikos, por ejemplo, o haz un aterrizaje secreto en la Luna para llevarte una carga particular de uranio. Nacionalmente el problema es el mismo. Se supone que todos somos buenos ciudadanos, trabajando para beneficio de la comunidad. Pero, la naturaleza humana es tal que necesitamos una fuerza de policía para que mantenga a raya a los bribones y a los rebeldes. Te digo esto de manera cruda, Jeremy... pero, ¿verdad que sabes lo que quiero decir?

—Me parece que sí.

—Bueno, la O. N. U, decidió organizar lo que ellos llaman Investigaciones imparciales, Departamento Especial... una especie de agencia de detectives con facilidades para moverse rápidamente ante cualquier perturbación en el Espacio Exterior... y Hollister es el primer jefe.

—¿Quién es él, con exactitud?

Jock era una mina de conocimientos en la que yo tenía fe completa y por su habilidad para responder. Sin embargo me produjo cierto desencanto al confesarme que no tenía otros informes excepto que Hollister era americano.

El vuelo continuó con tranquila regularidad, el Atlántico quedaba bastante escondido debajo de nosotros por una manta de espesas nubes. El capitán Pemberton nos dijo que una tempestad de verano estaba en pleno apogeo cerca de las Azores, pero nada conturbó nuestra comodidad.

Había café en varios termos, bocadillos en sacos de plástico. A las dos horas de la salida dimos un bocado y después el piloto nos invitó a fumar si así lo deseábamos. Sólo Volotoff aprovechó la oportunidad.

Hollister tomó un asiento cara a nosotros.

—Ya es hora de que se hagan una idea de lo que buscamos; caballeros. Han sido elegidos para la misión porque cada uno de ustedes es un experto en un campo particular. El profesor Van Ley den tiene un profundo conocimiento de la geografía lunar. Herr. Volotoff no es solamente un diseñador de equipo lunar sino también constructor de nuestros primeros vehículos lunares. Jeremy Grant tiene una gran experiencia como navegante espacial.

El hombrecillo se detuvo y por primera vez una sonrisa apareció en sus ojos grises.

—Quizá Jock MacDonald sea una excepción. Voluntariamente ha accedido a acompañarnos en el papel de cronista oficial de las Naciones Unidas —una función de alta importancia—; sin embargo, yo estoy seguro de que el periodismo internacional también se beneficiará en una fecha futura.

Jock sonrió ante la apreciación seca de sus aptitudes. Hollister volvió a ponerse serio.

—Nos emplea la Comisión Lunar —dijo—, y así, indirectamente, la O. N. U. Nos han contratado para investigar ciertas dificultades en la Luna.

Aunque yo me había sospechado todo esto, la cruda afirmación me-produjo una impresión decidida. El profesor Van Leyden dejó que su respiración sonase ronca a través de su barba.

—Ninguno de ustedes está obligado a efectuar el viaje —prosiguió Hollister—. Tenemos otros expertos preparados por si acaso alguno de ustedes decide retirarse en el último instante.

Jock sonrió como el gato que acaba de comerse el canario.

—¡Retirarse! —dijo—. ¡Tendría que encadenarme para tenerme al margen de esto! No puedo hablar por Herr. Volotoff, pero, conociendo a Jeremy y al profesor van Leyden, creo que opinan lo mismo.

Van Leyden gruñó algo incoherente; pero aunque podía desaprobar el modo brusco de Jock de afirmar las cosas, no mostró ningún signo de desacuerdo con lo que dijo.

Yo tampoco ciertamente. Y Volotoff murmuró:

—Por mí, seguiré hasta el final.

—¡Bien! —Exclamó Hollister—. Tengo solo que añadir que nuestra nave espacial será capitaneada por un viejo amigo del señor Grant... Spike Stranahan. Ya está en Méjico, aguardando nuestra llegada.

La tensión interior de mi mente se tranquilizó, de pronto. Spike había sido miembro de nuestro primer viaje al Planeta Perdido diez años antes. Desde entonces había tomado parte como ingeniero en casi todo vuelo espacial de importancia y en cada ocasión mi confianza en su carácter y criterio se reforzaron muchísimo. Ahora había ascendido. Iba sólo el patrón... con Volotoff presumiblemente actuando de ingeniero. Para mi punto de vista no podía haberme imaginado una elección mejor.

Hollister prosiguió:

—Lo que ha ocurrido en la luna es cuestión de conjeturas. Ayer vino un mensaje a través de cierta extensión de onda, probablemente del brigadier Nicolson. Mucha gente lo oyó... principalmente en Londres, pero también en otras partes del mundo... y todos están de acuerdo en que el comunicante pedía ayuda. Hay una evidencia de conflicto en otras dos frases. La mayoría cree que se, refieren a la atmósfera “celular” y “las bestias de placer”, pero no hemos podido descubrir su exacto significado por ahora y tampoco lo descubriremos hasta que no alunicemos.

Van Leyden pareció sonreír.

—¡Ambas cosas parecen estupideces! Se ha informado que la intensidad

de la atmósfera en la Luna es veinte mil veces menor que la nuestra. No hay animales... excepto los seres humanos que llevan trajes espaciales, que puedan, posiblemente, existir en tal mundo. Por lo menos en la superficie —añadió, como si un pensamiento se le hubiese ocurrido, de súbito.

—Estamos de acuerdo —respondió Hollister—. Pero hay otros factores que usted debería saber. Primero, aproximadamente hace una semana, poco antes de que las erupciones comenzasen, un grupo de reconocimiento partió de la base lunar. Estaba equipado con un taladro atómico; su tarea iba a ser investigar toda posible fuente de petróleo cerca de la superficie, en el cráter de Platón. En su último mensaje a la Comisión Lunar, Nicolson informaba que este grupo no había regresado y que era, de hecho, el retraso que llevaban, de cuarenta y ocho horas.

—Pero yo hablé con Nicolson en el transceptor de la *Gazette* —intervino Jock, por una vez turbado y desconcertado— A mí no me dijo nada de eso.

—Radió la noticia cifrada a la Comisión Lunar. La Comisión la ha retenido en su informe al público para evitar disensiones en la colonia, disensiones ya existentes por otra parte. Uno de los americanos y otro de los rusos se han mostrado durante bastante tiempo algo indisciplinados. Ocurre que están en desacuerdo con Nicolson y su política de hacer un reconocimiento general de la Luna antes de empezar a explotar particularmente sus posibilidades comerciales. Como suele suceder, ambos hombres formaban parte del grupo de reconocimiento.

—Es un destino fatal —comentó Van Leyden con pesadez—. La ciencia puede penetrar en el espacio, pero la naturaleza humana no cambia. En cuanto a mí, me sorprendió no haber oído informes que hablasen de tensión.

Jock intervino.

—¿Puedo dar la noticia a mi periódico?

—¡Claro que no! —exclamó Hollister—. La Comisión Lunar está tratando todo el asunto como cuestión de seguridad... por una razón evidente. Las discusiones particulares de la Luna pueden fácilmente convertirse en públicas, en la Tierra.

El avión seguía adelante. Ignorando e1 intento de Jock de aparecer como un mártir, Hollister prosiguió con su análisis de la situación.

—Factor número dos —dijo—, será confirmado por el profesor Van Leyden. Las erupciones de la pasada semana en la Luna han sido naderías comparadas con el cataclismo volcánico que marcó su superficie hace millones de años. Algunos de los llamados cráteres son tan enormes que si permaneciéramos en el centro del piso de lava interior de ellos, las paredes del perímetro quedarían escondidas bajo el horizonte, en- todas direcciones. Las erupciones recientes han sido como las de la Tierra... comparativamente pequeñas, y han ocurrido en un solo picacho. La de la Cordillera Alpina, vista por los observadores de Monte Palomar, fue probablemente la mayor y pudo haber sido comparada en violencia con la erupción del Hecla, en la Tierra del Hielo (Islandia).

Se detuvo un momento. Luego, con magistral precisión, dijo:

—Basándonos en estos dos factores... y recordando que las erupciones han tenido lugar después de la llegada de los exploradores... creo que podemos efectuar algunas deducciones hipotéticas.

Volotoff había seguido el argumento con inmutable atención. Ahora dijo:

—¿Quiere usted decir que las percusiones en la superficie pueden haber causado grietas inesperadas permitiendo que la lava roja saltara hacia arriba?

Algo así. Nicolson no nos ha proporcionado evidencia de los hechos; pero he estado estudiando el trabajo del profesor Van Leyden en la investigación lunar y estoy seguro de que estará de acuerdo en que mi teoría es, de cualquier modo, factible.

El holandés había perdido su aire de distraído y estaba mirando sombrío a su taza de café.

—Es factible —bramó—. Y puedo exponer mi idea de que la capa de la superficie lunar no es sólida por completo, sino que se inclina a ser eso... como la de una esponja endurecida. Nuestro satélite se enfrió tan rápidamente que creo que las células del subsuelo pueden haberse formado conteniendo gas, lava fundida, incluso bolsas de aire y agua procedentes del antiguo mundo lunar.

Se aclaró la garganta, como un abogado que se prepara a lanzar al compás sus pensamientos.

—Miren —dijo por fin—, puntos locales oscuros son comunes en la luna. Vienen a ser como nieblas y han sido observados en muchos lugares, pero particularmente en el cráter de Platón, del Mare Imbrium. Los astrónomos se han mostrado turbados ante este fenómeno, porque la niebla tiene su origen en la humedad de una atmósfera y sabemos que gracias a la baja gravedad específica de selenita toda esta atmósfera se ha escapado hasta no quedar casi nada de ella. Pero ¿qué hay si esa atmósfera permanece todavía encerrada en células del subsuelo? Filtrándose a través de delgadas grietas de la base lunar se podría convertir en vapor durante el cálido día del satélite o en vapor de hielo por el frío de la noche. En cualquier caso aparecería como una niebla terrestre.

—¡Jamás... jamás pensé en eso! —Exclamó casi balbuciendo de excitación —. Siga sólo un momento profesor ¿Esos misteriosos lunares blancos que algunas veces se ven en la Luna podían ser en efecto fuetes de gas ardiendo?

—¡Exactamente! —Van Leyden asintió aprobador en dirección a mi amigo —. Mis conclusiones se basan en la idea de escaparse el aire y gas. Su validez está grandemente realzada por esta nueva evidencia de actividad volcánica.

Jock se balanceaba en su, asiento, respirando de prisa, como un corredor en plena competición.

—¡Pero pienso en lo que todo eso significa! —Dijo con aspereza—. ¡Si algunas células del subsuelo contienen atmósfera, entonces puede todavía existir la vida en la Luna!

Van Leyden frunció el ceño, con expresión de asombro.

Hollister dijo:

—La vida en la Luna-es muy improbable. No obstante, considerándolo todo a la luz de nuestra teoría, las referencias de Nicolson a “atmósfera celular” y “las bestias de placer” pueden no sonar tan estúpidas, después de todo.

Cayó un silencio. El capitán Pemberton anunció que estábamos cerca de la costa de Méjico.

Admiré el modo con que Hollister había presentado los hechos y sus deducciones. Desde el principio era evidente que teníamos en él a un jefe natura. Ahora su conocimiento de astronomía —y su uso imaginativo de tal conocimiento— habían presionado incluso al profesor Van Leyden... Una hazaña considerable. ,

Sin embargo algo le preocupaba.

—Señor Hollister —dijo—, si eso parece ser cierto... quiero decir, la “cédula hinchada” y su teoría... ¿por qué no lo ha mencionado el brigadier Nicolson en sus informes?

—Puede faltarle bastante evidencia concreta. Las nieblas y los lugares blancos no ocurren cerca de Piazzi Smyth. En cuanto a lo concerniente a los volcanes, han entrado en erupción sólo en la semana pasada.

Volotoff sacó su cuarto cigarrillo.

—Entonces tengo razón, señor Hollister. Usted cree que los volcanes pueden, haber resultado de un uso descuidado del perforador atómico en una parte tierna de la corteza lunar, ¿verdad?

—Sí. Fue la noticia de una posible fuente de petróleo cerca de la superficie de Platón la que me dio la idea. Perforando para conseguir este aceite, el petróleo..., bien autorizados por el brigadier Nicolson o no..., pueden haber desencadenado reacciones de presión subterráneas que emitiesen fuerza volcánica.

—Al mismo tiempo —continuó con una sonrisa verdaderamente atractiva —. Sólo ofrezco esto como explicación posible. Descubriremos la verdad y puede que ésta sea por completo diferente. Mientras, estamos seguros de que sea cual fuera la razón, el brigadier y su grupo necesitan auxilio. Ese auxilio, caballeros, es lo que vamos nosotros a proporcionarles; no importa qué extraños descubrimientos nos esperen en la Luna.

Van Leyden asintió, mientras Volotoff, inexpresivo, encendió otro cigarrillo. Jock emitió un suspiro profundo probablemente causado por alguna combinación de éxtasis profesional y emoción persona.

En mis oídos se oyó una especie de canción. Me di cuenta de que el avión descendía a través de nubes algodonosas.

CAPITULO IV
HACIA CERO

Habíamos cruzado todo el Atlántico volando desde el sol naciente. Pero el astro nos había ganado un poco en la carrera y cuando aterrizamos en el elevado aeropuerto de la altiplanicie de Méjico, la hora local era las 7 de la mañana.

Dimos las gracias al capitán Pemberton por lo agradable del vuelo y nos despedimos de él. Mientras caminábamos en el sol mañanero vi que un enorme coche americano estaba estacionado junto al edificio de la administración, una construcción sombría estucada en rojo.

Hollister nos condujo hacia allí, mientras cada uno de nosotros peleaba con sus maletas. El aire fresco me hizo sentir con la cabeza ligera.

—Estamos casi a tres mil quinientos metros de altitud —dijo Jock, sonriendo al verme jadear—. Pero pronto te acostumbrarás.

—Ya has estado antes, claro... ¿Verdad que fue cuando te uniste al primer vuelo a la Luna?

Asintió.

—Éste es el aeropuerto de San Luis de Potosí.

La zona de lanzamiento está enclavada en mitad del desierto á ochenta kilómetros de distancia. Más allá del horizonte.

No hubo dificultad en las aduanas ni con los pasaportes. A la entrada del edificio rojo nos salió al encuentro un oficial que parecía conocer bien a Hollister y que saludó a Jock como si se tratara de un viejo amigo. Con un brillante encanto típico mejicano, nos invitó a entrar y tomar algún refresco, pero Hollister declinó la invitación, diciendo que nos era necesario llegar a la zona de lanzamiento lo antes posible.

El oficial nos ayudó a colocar nuestro equipaje en la trasera del coche. Luego subimos —pese a ser cinco teníamos sitio de sobras en el asiento posterior. El conductor era un elegante joven mejicano, con dientes de una blancura deslumbradora, que vestía ©1 uniforme gris lava de la Comisión Lunar.

Condujo veloz a través de un camino ondulado por el que el “recio Cortés” había marchado al frente de sus conquistadores españoles. Pero allá donde aquellos antepasados sintieron sus gargantas resecas y sus rostros agrietados por el calor, nosotros gozábamos de las comodidades del aire acondicionado, mientras veíamos cómo et sol subía cada vez más sobre los nevados picachos de 1a, lejana Sierra Madre Oriental. Aquí y allá <en ja vasta meseta con matorrales raquíticos y lava arenosa quedaban atrás granjas sembradas por cipreses y rodeadas de campos de maíz y alfalfa. Los campesinos alzaban la vista a nuestro paso, sus rostros enjutos y tostados recordaban las esculturas de sus antecesores los aztecas.

Menos de media hora después de nuestra partida del aeródromo,-comenzó

a aparecer la zona de lanzamientos por encima del brillante horizonte. Primero se vieron las tres altas torres de acero —dos de ellas vacías, la otra ocupada por un cohete de dos pisos, tipo Red Streak, utilizado para transportar personal y carga a la estación espacia. Luego media docena de achaparrados hangares en los que los vehículos lunares y otras piezas grandes de equipo estaban almacenados. Después filas de edificios de bajo techado, que contenían suministros alimenticios, medicinas y otras comodidades de menor volumen. Por último, una congregación de tanques plateados (y un compuesto cuadrado central de barracones Nissen, en donde vivían y trabajaban los científicos.

Al acercarnos a la puerta principal, pudimos leer el gran cartelón que decía:

COMISION LUNAR, O.N.U.
BASE DE LANZAMIENTOS DE SAN LUIS DE POTOSI
"Exhíbase el pase"

Sin embargo, no tuvimos que mostrar nuestros pases. Abrió la puerta un corpulento sargento de la Guardia Irlandesa, cuyo batallón estaba de servicio en las Naciones Unidas durante aquel tiempo. Saludó militarmente a Hollister, que se quitó brevemente el sombrero hongo.

A la otra parte de la alambrada el lugar parecía una feria, bullendo de animación. Hombres de todas nacionalidades, vestidos de blanco o de caqui, con camisas y pantalones cortos, iban presurosos de edificio en edificio, sin tener apenas tiempo de echar un vistazo de reojo al coche. Se oía allí un constante rechinar de maquinaria, en parte procedente del interior de los hangares, en parte de la corriente continua de tractores y jeeps marchando raudos con sus cargas hacia el cohete de la torre, de lanzamiento.

—Una cosa así pasaba aquí antes de que partiera la expedición Nicolson —dijo Jock, subyugado por el ajetreo—. La espacionave está amarrada en la estación satélite, a trescientos kilómetros de altura en su órbita. Puede cargar dos cohetes completos, como ese, de alimentos, agua y equipo.

El dividido interior del principal cobertizo Nissen era fresco y agradable. Pegajosos después de nuestro viaje, nos bañamos y cambiamos de ropa de muy buena gana. Luego nos sentamos a desayunar huevos con jamón bajo la mirada de unos hombres del espacio cubistas pintados en las paredes del comedor. El suculento jamón estaba cortado en gruesas lonchas. Había abundancia de bollos, mantequilla, mermelada y café, y era evidente que la comida había sido dispuesta para satisfacer el apetito de personas saludables.

Mientras comíamos y bebíamos, el murmullo de la actividad exterior nos llegaba como el zumbido uniforme de un mar inquieto.

Pregunté cuándo nos reuniríamos con Spike.

—Ya ha partido de la estación terrestre un cohete transbordador trayéndonos un cargamento completo de mercancías. Stranahan se ha ido en él

para revisar la espacionave —Hollister se engulló el último sorbo de su café —. A propósito —añadió con amabilidad—, el secretario de la Comisión Lunar ha venido por aire desde Washington especialmente para hab1arnos. Se trataba del señor Alfredo Tartelli, que hace años publicó un libro de texto acerca de 1a Luna.

Las partes de Van Leyden no escondidas tras su barba se pusieron súbitamente de un color púrpura.

—¡Tartelli! —bramó—. ¡Ese idiota! ¡Ese mono sin imaginación!

Le miré con fijeza.

Jock se quedó parado en el acto de doblar su servilleta. Incluso Volotoff se permitió un parpadeo de sorpresa que apareció en sus ojos oblicuos.

Con cierta viveza, el propio Hollister exclamó:

—¡Mi querido profesor!

Haciendo un esfuerzo, d holandés recobró el dominio de sí mismo.

—Quizá me excedí —dijo—. ¡Pero ese tipo! ¡¡ Tan seco como el polvo, torpe o sucio como el agua de una cloaca! No sé cómo ha llegado a formar parte de la Comisión Lunar.

—Sucedió hace escasas semanas al noruego Christiansen.

Jock intervino:

—¿Por qué le llama torpe, profesor?

—¡Porque lo es! Hace un año publiqué mi libro Geografía lunar, que incluye un resumen de mi teoría de la “célula hinchada”. En un apéndice describe él mi teoría calificándola de ridícula y trató de convertirla en algo que hiciese reír. ¡Tartelli que considera la Luna como un pedazo muerto de piedra pómez, que escribe de ella sin amor o pasión, sin aventurar ni una sola teoría que explique las cosas extrañas que vemos en su superficie! ¡Tartelli... se atreve a burlarse de mis concienzudas deducciones! No quiero verle. No serviré a su Comisión. ¡Dimito!

Calló, respirando con dificultad. Jock me hizo un guiño. Volotoff alzó sus cejas y encendió un cigarrillo.

—¿Dimite? —preguntó Hollister.

—¡Sí! ¿Cree que puedo trabajar para esa dase de hombre? ¿Cómo puedo humillarme hasta el punto de aceptar instrucciones de ese cabeza de serrín? ¿Cómo cree que...?

—¡Un momento, profesor Van Leyden! —la interrupción del hombrecillo fue aguda y decisiva—.

Usted enjuicia mal la situación. Yo sirvo a la Comisión. .Usted... y Stranahan y Volotoff y Grant... trabajan para mí. MacDonald es caso diferente... pero pasemos eso por alto. Le quiero a usted en esta investigación no sólo porque en opinión mía su teoría puede ser correcta, sino también porque es usted un astrónomo brillante, con previa experiencia en viajes espaciales y necesitaré sus consejos. Inciden-talmente, creo que en su segunda edición del: libro de texto que me ha mencionado, publicado hace un mes, Tartelli ha omitido el Apéndice. Quizá, al fin-esté viendo la luz.

El tinte púrpura desaparecía de la cara de Van Leyden. Su ceño se fundía también. La expresión se había vuelto más interesada que colérica.

—Hay otra cosa a considerar —prosiguió Hollister— Usted siente enemistad por Tartelli. Muy bien. Pero me sorprende que un hombre de su cultura e integridad permita que una cuestión personal interfiera en el progreso científico.

Eran unas palabras que yo jamás me habría atrevido a dirigir al holandés. Pero Hollister era como el domador que se enfrenta a un león de mal genio. No demostró tener miedo. Miró a Van Leyden a los ojos y por la aguda fuerza de su carácter, combinada con una sutil lisonja, logró la sumisión.

El corpulento hombre frunció el ceño y tosió, retorciendo su corpachón en el asiento.

—Le ofrezco mis excusas —dijo por último—. El calor del momento... me impidió comprender por entero. Me alegro de servirle a usted... y de ser colega de Volotoff, Grant y MacDonald.

—Bien —dijo Hollister con ligereza, como si la cosa no hubiera pasado de ser una insignificancia que en ningún caso hubiera podido traer grandes consecuencias. Añadió—: Si están ya listos, iremos a reunimos con el señor Tartelli en el despacho del director.

Cruzamos un largo pasillo. Jock me dijo en voz baja:

—¡Vaya hombre! ¡Ése es el modo de tratar al viejo patillas!

El señor Tartelli era pequeño y delgado, sus mejillas de una palidez de pergamino. Cuando habló su voz era seca y precisa y su puntiaguda barba draconiana subió y bajó.

—Todos ustedes son hombres escogidos —dijo quitándose las gafas de pinza y repiqueteando en el escritorio con un lapicero de plata—Escogidos no sólo para que practiquen su pericia profesional, sino también para que respalden al señor Hollister en cualquier acción física, que puede iniciar. Se les podría llamar, de hecho, como policías especiales del espacio. La Comisión no exige ninguna ceremonia de juramento del cargo, pero espera, de ahora en adelante, que cumplan las órdenes del señor Hollister hasta el máximo de la capacidad respectiva.

Hizo una pausa para que todos captáramos el significado de sus palabras. Nadie habló, aunque Van Leyden miraba fulminante a su rival con el ceño fruncido.

El secretario continuó:

—Una hora antes de la llegada de ustedes, se envió a la estación orbital un cohete transbordador.

Ahora su carga y equipo están siendo trasladados a la espacionave. El capitán Stranahan fue en dicho transbordador. Pronto un segundo cohete será cargado de alimentos, productos químicos y agua. Partirá a las seis de 1a madrugada. Para esa hora usted y su grupo, señor Hollister, deberán estar ya a bordo.

El hombrecillo asintió.

—¿Se ha recibido alguna comunicación de la Luna en las pasadas horas?

—Ninguna. Me temo que no haya duda de que algo grave ha ocurrido. Durante los últimos dos días Washington y Moscú han tratado de manera constante establecer la comunicación, pero a pesar de que las condiciones eran perfectas para la radio, no ha habido respuesta.

De inmediato entró en detalles acerca del equipo que nos acompañaría.

Eso entraba de lleno en el campo especial de Volotoff y durante algún tiempo se habló sin pausas de trajes espaciales y de impedimenta acondicionada para su uso en la Luna, cuerdas de nylon para trepar por los montes y peñascos, picos de acero, linternas destellantes y reflectores portátiles, tractores lunares a cadenas, y taladros perforantes de energía automática, lo que hizo que el eslavo mostrara una inusitada animación. Fumó casi de manera continua durante esta charla.

Se eludió el problema de lo que podríamos encontrar al final de aquel viaje, lo que me pareció correcto.

De haber rozado el tema, la teoría de Van Leyden habría entrado probablemente en la discusión y todo habría acabado en una disputa a gritos.

Una vez acabada la conferencia, nos probamos nuestros trajes espaciales y comprobamos el conjunto emisor-transceptor de radio incorporado a los cascos.

Descritos oficialmente como “equipo para una supervivencia lunar de 72 horas”, los trajes eran del modelo más moderno. Todos habían sido exhaustivamente ensayados por los ingenieros investigadores de la Comisión Lunar. De manera concisa, su función era la de transformar el oxígeno líquido en aire respirable y también —según las condiciones halladas en la Luna — enfriar o calentar a la persona que los usara.

El componente principal de cada traje era un tanque cilíndrico, colocado bajo el costado derecho del tórax, que contenía suficiente oxígeno líquido para un uso continuo durante tres días. En el lado izquierdo iba situado el acumulador de presión, un cambiador de calor y pequeños ventiladores para elevar la presión del aire y despedir del cuerpo el aire caliente. En torno al estómago había un cinturón consistente en varias baterías de 12 voltios — capaces de recargarse por la luz del sol— que suministrarían la energía requerida por todo el sistema. Una caja de control se situaba en la cintura, sus interruptores al exterior de manera que pudieran operarse por los enguantados dedos del usuario.

Dentro del cuello del casco había un recipiente con agua. Conectado a una válvula accionada por la lengua, estaba diseñado para suministrar una bebida fría cuando fuera necesario. Otra válvula suministraba tabletas de alimentos concentrados hasta la boca.

Cuando me puse el traje en las condiciones normales de presión, me sentí tan torpe y pesado que apenas podía moverme.

Una vez dentro de la cámara de pruebas, sin embargo —donde la presión equivalía a la de la superficie lunar— encontré que podía accionar y moverme

con una moderada sensación de libertad.

Más tarde, Hollister nos condujo a través de uno de los hangares mayores. Cada uno recibió allí un arma Stirling y cien cartuchos de municiones.

CAPITULO V
LA NUBE EN EL CRATER

Fuera, la actividad acabó a las 5,45. El director y sus ayudantes se dirigieron a la bahía de lanzamientos, mientras los científicos, técnicos y trabajadores desaparecían dentro de los blocaos de seguridad situados cerca de la puerta principal. Durante toda la mañana y tarde el lugar fue eco de un ajetreo incesante. Ahora se volvía tan quieto y tranquilo en el sol de la tarde que podía oírse el bramido de un buey de la lejana granja.

El cohete transbordador estaba de pie en su torre de lanzamiento, una silueta alta, esbelta, destacando contra el cielo occidental. Nos despedimos del señor Tartelli, que mostró sorprendente emoción al desearnos velocidad divina. Incluso Van Leyden encontró emoción también al estrechársele las manos.

Encabezados por Hollister subimos por la larga escalera al segundo piso. Como último hombre en entrar cerré la escotilla y la aseguré tras de nosotros. El sonido que hizo fue como una campanada que inicia el comienzo de un asalto en un combate de boxeo.

Mamparos metálicos, oliendo a aceite, nos acogieron y el estrecho compartimiento en forma de tubo estaba fresco y agradable después del calor del día mejicano.

Nos ajustamos los cinturones de seguridad.

Mirando su reloj de pulsera, dijo Hollister:

—Nos quedan unos treinta segundos, caballeros.

En enero, Jock y Volotoff habían acompañado a la expedición Nicolson hasta la Luna, mientras que yo estuve en Helsikos el año anterior. Todos nos hallábamos acostumbrados, por tanto, a la violencia del despegue del primer piso del cohete transbordador. Sólo a Hollister le faltaba experiencia del vuelo espacial. Pero mientras esperábamos que pasasen los segundos no demostró el menor signo de nerviosismo o tensión.

De pronto, por debajo nuestro, un sonido comenzó a crecer en volumen... un sonido como el rugir de cien cascadas o cataratas. El piso del cohete se convirtió de pronto en algo curiosamente inestable.

Luego, impulsado por la mezcla de hidrógeno y oxígeno líquido, el motor nos lanzó hacia arriba a una velocidad de tres kilómetros y medio por segundo.

Sufrí mi ordinario desvanecimiento, que duró, sin embargo, menos de medio minuto. Cuando recobré el sentido el altímetro mostraba que nos hallábamos a cien kilómetros de altura sobre la tierra.

Mientras me recuperaba del todo, un escalofría recorrió los mamparos metálicos y el cinturón de seguridad se clavó agudo contra mi pecho. Me di cuenta de que se había separado el primer cuerpo del cohete y que ahora pasábamos hacia la ionosfera, donde prácticamente no existía resistencia del

aire.

En presencia de Hollister hice cuanto pude por aparecer tranquilo, incluso divertido. Jock, Van Ley-den y Volotoff hacían lo mismo. Nosotros éramos los veteranos del firmamento, con mentalidad para - impresionar al inexperto novato. De hecho, sin embargo, mientras su mechón de cabello blanco relucía a la luz, Hollister siguió impresionándonos. La única emoción que pude detectar en sus ojos fue un agudo interés.

Incapaz de oír, porque dejábamos el sonido detrás, el control automático atómico del motor nos trasportaba aproximadamente a ocho kilómetros por segundo. Aunque no era la velocidad de escape, bastaba para colocarnos en órbita a lo largo de la estación del firmamento. Pasamos con gran velocidad la capa Appleton, el último rastro de atmósfera en torno a la tierra y la aguja del altímetro subió hasta los ochocientos kilómetros. En el grueso vidrio de la ventanilla vimos un cielo negro y una miríada de oscilantes estrellas. Tuve una sensación de falta de peso y a pesar de que estaba sentado hacia adelante y me mantenía incorporado mi cinturón de seguridad, sentí el pánico usual, cercano al vértigo, de la enfermedad de la falta de gravedad.

No fue en serio que me había preocupado. Cuatro minutos después de la partida el motor se apagó y nos vimos en caída libre hacia la masa de la estación espacial que tenía la forma de gigantesca rueda.

Una flexible pasarela cubierta, hermética y en apariencia como una enorme tubería de petróleo, se ajustó magnéticamente a la nariz de nuestro cohete; y cuando se restauró la gravedad por medio del giróscopo de la propia estación, nos desatamos los cinturones y trepamos por la pasarela al espacioso salón de recepción.

Allí saludaron los miembros permanentes de la tripulación, algunos con los azules uniformes y las gorras de plato estilo americano, otros vistiendo monos de trabajo y evidentemente dispuestos a ocuparse de transportar nuestro cargamento. Eran un grupo amistoso —italianos, checos, africanos, japoneses — incluso un enorme australiano que me reconoció como paisano y me dio una palmada en la espalda en plan de camaradería.

Pero el hombre que más me agradó ver vino dando zancadas por el pasillo central, su boca abierta en sonrisa de bienvenida. Alto y mal construido, llevaba un viejo impermeable de cuero y su gorra de plato decantada sobre el ojo. Aunque sin barba, su rostro angular me recordaba más que nunca el famoso retrato de Abraham Lincoln.

—¡Ah... capitán Stranahan! —dijo Hollister.

Spike estrechaba las manos de todos. Luego me pasó el brazo por los hombros.

—Vaya, me alegro de que vinieses, Jeremy. Sin este tipo —dijo volviéndose a los demás—, nos hubiésemos perdido entre las estrellas.

—¡Vamos, no exageres! —sonreí.

—¡No exagero! Es un demonio para los decimales. Jamás comete un error y éste será el sexto vuelo que habré hecho con él —se detuvo. Más sereno

prosiguió—: ¿Cuál es el segundo problema, señor Hollister?

—¿Acerca de la colonia lunar?

—Sí.

—No sabemos nada más, me temo. ¿Qué tal está la nave?

—Perfecta. Dé a la tripulación tres horas para acabar la carga. Calculo que podremos despegar a las nueve de la mañana.

—Perfecto. Eso nos da tiempo para comer y descansar.

Pero luego resultó, sin embargo, que tuvimos poco descanso.

Hollister y Van Leyden se fueron a la sala de observación de la estación, en donde el telescopio televisivo, sin interferencias de la atmósfera terrestre, daba una imagen clara de los objetos del espacio, es-especialmente de la Luna. Hollister, según pareció, quería consejo sobre un sitio exacto para el alunizaje.

Volotoff se unió al grupo de carga y descarga para supervisar la estiba de las mercancías. Tenía interés particular por tener el jeep lunar a mano cerca de la rampa de salida de la nave y había decidido, incluso en esta fase temprana, proveer el vehículo de una buena cantidad de suministros, repuestos mecánicos y equipo para la ascensión.

Yo crucé con Spike por la cabina central de la, nave. Amarrado al lado superior de la estación, el Moonraker, era un enorme disco plano de metal ahuecado, de forma esférica, conteniendo un motor atómico, varios instrumentos de investigación y nuestros aposentos para vivir. En cierto modo se parecía al Hovercraft (6) (— Vehículo sin ruedas que se desplaza a pocos centímetros del suelo sobre un “colchón de aire” producido por los potentes motores -que le sirven de propulsión. Por sus características el “Hovercraft” igual puede desplazarse sobre tierra que sobre agua. Los ingleses han utilizado uno de estos aparatos para establecer una línea regular que, cruza el Canal de la .Mancha. Nota del Traductor), que hace servicio de enlace en los estrechos terrestres. “El primer periodista espacial del mundo" pasó una hora luminosa aprendiendo de la experiencia técnica y personal del nuevo capitán.

Tuve .una conversación con aquellos de los tripulantes de la estación que habían estado vigilando a la Luna y escuchado por la radio. Pero no habían observado más actividad volcánica y nada sabían del misterioso mensaje de Nicolson y su subsiguiente silencio.

Encontrándome en un callejón sin salida, decidí unirme a Hollister y Van Leyden en la sala de observaciones. Estaban sentados cerca de la televisión, mirando una imagen de la Luna llena. Mientras ocupó un asiento tras ellos, Hollister se inclinó hacia delante y esperó el control enfocado. El disco brillante creció de tamaño, expandiéndose en todas direcciones hasta que su circunferencia desaparecía más allá de los confines del aparato. Cuando la imagen se hizo fija, la pantalla se veía llena por parte del cuadrante nordeste.

Me llevó un poco de tiempo reconocer la situación exacta. Luego, divisando una línea montañosa de Pico, en el brillante y diminuto cráter de Piazzi Smyth y el picacho de Pitón, inmediatamente logré situarme. Al norte

—al pie de la imagen— busqué y hallé el muro anillado de Platón y al este las grandes llanuras de Arquímedes y Aristarco. La superficie de la Luna era más brillante de lo que jamás la había visto; pero incluso aquel potente telescopio, no-afectado por la bruma atmosférica, no era capaz de mostrar ningún detalle distinto de los obtenidos, en algún tiempo u otro desde la tierra. Después de todo, prácticamente quedaban cuatrocientos mil kilómetros, entre nosotros y el objeto a examinar.

Hollister sacó su lápiz y marcó un área cerca de Piazzi Smyth.

El cuartel general del grupo está ahí. Pensé que sería posible verlo, en especial ver el brillo de la cúpula al aumentar hasta lo máximo el foco.

—Según mis informes, la cúpula tiene menos de treinta metros de diámetro —Van Leyden estaba con el ceño fruncido—. Sería imposible distinguirla incluso alimentando hasta el doble la ampliación. No obstante, si observamos bien podremos ver la sólida, plataforma sobre la que se alza. Una meseta rocosa de dos kilómetros y medio cuadrados.

—La veo. ¿Cree que hay sitio suficiente para que alunicemos allí?

—Lo creo.

Hollister se arrellanó en su asiento.

—Problema resuelto. Sabemos de los primeros informes de Nicolson que el área está relativamente libre de polvo de lava.

—También tenemos la fortuna -—dijo el profesor—, de que la hora de nuestra llegada corresponde aproximadamente al mediodía lunar. Nuestros cohetes, nuestros faros y reflectores no serían necesarios por lo menos hasta dentro de otra semana terrestre. De todas maneras, el océano de la superficie...

Yo había estado estudiando el cráter de Platós, antaño descrito por el astrónomo Hevelius como el “Gran lago negro”. Casi cien kilómetros de diámetro, sus paredes estrechas y de sólo mil doscientos metros de altura, a pesar de que las sombras negras recortadas que proyectaban las hacían aparecer mucho más elevadas. El suelo de Platón era de un color oscuro y acerado y mientras lo contemplaba advertí cómo una débil nube asomaba en la esquina más septentrional. Al principio parecía una punta de alfiler, a pesar de que en la Luna debía haber tenido más de kilómetro y medio de diámetro. Luego creció de tamaño, cubriendo el suelo lunar con una como fina cortina de neblina.

—¡Vean ustedes! —exclamé—. ¡Una nube blanca en Platós!

Se inclinaron hacia delante.

—Hay una nube —dijo por último Hollister.

—¡Sí! —Exclamó el holandés, dándose una palmada triunfal en la rodilla —. Esta vez nadie puede decir que la atmósfera terrestre afecta a mi visión.

Después de un momento la nube se desvaneció y luego el suelo de Platón volvió a aparecer de un color acerado.

—Hay ahí algo qué me preocupa —dije reuniendo valor.

Van Leyden me miró resplandeciente.

—¿El qué, Grant?—preguntó Hollister.

—La teoría es que las nubes lunares son causadas por el aire que escapa de células hinchadas desde debajo de la corteza lunar que se convierten en vapor de hielo por la noche y en vapor cálido de día. Si esto ha estado ocurriendo durante siglos, ¿cómo es que queda algo de aire?

—Buena pregunta —exclamó Hollister con su sonrisa amistosa dé siempre.

Van Leyden se aclaró la garganta.

—Jeremy, hijo mío... ¿no has leído mi libro?

—No. Lo siento.

—La explicación es sencilla —era un alivio que hubiese decido tratarme como si fuese un escolar ignorante—. Porciones pequeñas de aire escapan de vez en cuando, emitidas por las fisuras de la corteza lunar; pero las grietas se sellan casi de inmediato por él polvo y los escombros que se vierten dentro. Comparadas con la cantidad de aire qué creo quedó atrapado bajo la superficie lunar, estas emisiones sin infinitesimales podrían continuar durante decenas de millares de años sin causar ninguna diferencia importante. Además —añadió —, pueden existir condiciones en las células hinchadas que aseguren la continuidad de .una atmósfera subterránea, a pesar de las frecuentes filtraciones.

—¿Qué condiciones? —dije......

Suspiró, como un padre con un hijo perversamente estúpido. Cuando estaba a punto de responder, sin embargo, apareció Jock en la puerta. Después de una fructuosa entrevista, su expresión fue seria; pero incluso las gruesas gafas no pudieron ocultar la excitación de sus ojos.

—Con los saludos del patrón. Toda la Carga de a bordo está preparada para cuando ustedes gusten.

—Gracias —Hollister se levantó. Volviéndose hacía mí dijo—: aproximadamente dentro de nueve horas, Grant, podrá usted estudiar esas condiciones, personalmente.

Van Leyden saltó de Ja silla y asintió.

—¡Sólo espero que Nicolson y su grupo no las hayan estudiado demasiado estrechamente!

Se fueron.

Mientras apagaba yo el telescopio televisivo, dijo Jock:

—¿De qué se trataba, con todo esto?

Sacudí mi cabeza. Hubiese dado mucho por conocer la respuesta.

CAPITULO VI
“EL MOONRAKER»

Nos despedimos de la tripulación.

El corpulento australiano me dio un puñado de periódicos y cartas para la colonia lunar.

—Hay un amigo mío ahí arriba —dijo—. Uno de los yanquis, un Curtis Kennedy. Estábamos celebrando una partida de ajedrez. ¡Dígale que creo que rompió la radio deliberadamente cuando descubrió que iba a derrotarle!

Pero sus ojos estaban ansiosos

Todos sentíamos ansiedad, aunque tratábamos de esconderla.

Subimos a bordo.

La escotilla principal se cerró, soltándose automáticamente la pasarela. No obstante, Moonraker permaneció amarrado a la estación por tres esbeltos cables de nylon.

Recorrimos un pasillo que conducía a la cabina central. Allí, bajo la luz fluorescente, Volotoff estaba haciendo unos ajustes de última hora en el panel de control. Spike se hallaba a su lado, explicando algún punto técnico

Ya los pequeños cohetes auxiliares estaban en acción, llenando la nave de un zumbido bajo y continuo que me daba la impresión de una inmensa puerta latente. El curso del viaje, manteniendo automáticamente una aceleración constante, conmutando del positivo al negativo bajo el principio del termostato, esos cohetes nos proporcionarían siempre gravedad artificial.

En torno a las curvas paredes había instrumentos con barómetros, en cantidad, parpadeando a la luz. La estancia tenía dos puertas. La mayor se hallaba cerrada, ocultando la carga de las bodegas. La más pequeña estaba descorrida para revelar el apartamento en donde comeríamos y, si era posible, dormiríamos, durante los momentos en que no estuviésemos de servicio

Ocupamos nuestros sitios para la partida.

Spike permaneció cerca del escrutador, con un reloj eléctrico en la mano derecha. Volotoff caminó a lo largo del panel de control, deteniéndose por último cerca de las palancas principales. Hollister y Van Leyden ocuparon sillones junto a la mesa de instrumentos, en donde los termómetros, calibradores de radiación y otros registros más complejos de fenómenos espaciales estaban dispuestos en una simetría casi soldadesca. Jock fue a los espacios destinados para la vida de la tripulación, sonriendo ampliamente cuando anuncié su intención de cocinar la comida. Me apoyé contra la mesa de mapas, en lo que estaban las pantallas de radar, un aparato de televisión que nos daba una insta panorámica de las estrellas exteriores: y un transmisor cíe onda sintonizada con el puesto de escucha de la Comisión Lunar de Washington.

Esta vez no necesitamos cinturones de seguridad, porque en el vacío del espacio exterior no hay la reacción asombrosa y conmocionadora cuando1a

nave abandona la estación.

—¡Motor, Volotoff! —dijo Spike.

El eslavo bajó una palanca. A todo nuestro: alrededor percibimos un chirrido persistente... el producido por la unidad de energía atómica.

Spike vigiló la segunda manecilla roja del reloj cuando marchaba hacia las nueve en punto de la mañana. Se estaba tranquilo en el vacío, dentro de aquella cabina de techo bajo. La tensión hizo que mis labios se secasen, no porque la partida fuese peligrosa, de algún modo, sino por lo extraño de nuestra misión.

Era, en efecto, la primera investigación espacial de la historia y todo el futuro de la autoridad de las Naciones Unidas, en relación a la conducta humana sobre los planetas y las estrellas, podía depender de esta salida.

La manecilla roja llegó a la hora marcada.

Spike tomó el intercomunicador.

—¡Despegue... ahora! —ordenó. Luego, apartando el receptor hizo un gesto a Volotoff—. ¡Potencia máxima, por favor!

El silbido del motor iónico ganó en volumen, como una cuerda tensa de violoncelo. Un temblor recorrió el casco del Moonraker, y un lápiz cayó de la mesa de instrumentos para rodar gentilmente por el suelo de goma.

Los minutos pasaron y nuestro progreso se volvió tan liso y calmado como el de la aeronave a propulsión a chorro más lujosa. Allí no había impresión violenta de velocidad, pero yo sabía que en menos dé una hora, impulsado por gotitas de agua cargadas atómicamente, la velocidad aumentaría en el espacio hasta casi los cuarenta mil kilómetros por hora.

Intercambié una sonrisa con Spike y me senté en la mesa de mapas. Por la televisión la Tierra retrocedía en la distancia amarillenta o azulada como una pelota de tenis. La pantalla de radar de la izquierda estaba emitiendo y recibiendo una serie de enfáticos pitidos. Los cronometré, comprobé la posición de Venus y Júpiter e hice mi primer círculo pequeño en el gráfico de nuestro rumbo.

Desde las salas de descanso provino el eco sonoro de la canción de Jock absorto en su cocina. Recordé la letra: “La ginebra le dio cuerpo al refresco de zarzaparrilla”. Pero no era una caución propiamente dicha lo que entonaba Jock sino un conjunto de desentonados berridos mucho menos armoniosos que el runrún del motor atómico, y que al cabo de poco rato se apagaron hasta reducirse a meros susurros. Hollister y Van Leyden alzaron la vista para mirar el calibrador de radiaciones, vieron cómo los ojos de v Spike brillaban divertidos, y rompieron a reír. Incluso Volotoff, preocupado por sus palancas, se permitió una pasajera sonrisa.

El vuelo siguió adelante de acuerdo a1 plan. Cada hora, por medio de la radio de onda corta, enviamos informes de nuestro progreso a Washington. Pero el puesto de escucha todavía seguía sin noticias de la Luna.

A las doce Jock acabó su comida... uvas en conserva, carne frita con cebollas y patatas, helado de crema, y fruta también en conserva, seguido todo

por café.

Le felicitamos. Nos dijo que no valía la pena e insistió en que me acabase lo que quedaba a mi lado.

—Es bueno para los chicos que están creciendo —dijo, aprovechándose de los doce meses que me llevaba de edad.

Hollister y Van Leyden le ayudaron a fregar. Mientras secaban incluso se: le unieron en la nueva canción que entonó.

Durante algún tiempo, después de las tres, Van Leyden se hizo cargo de la navegación, yo eché una siestecita en el dormitorio. No había sin embargo descansado adecuadamente y a pesar de que el sistema de presión del aire funcionaba bien, la atmósfera parecía enrarecerse por momentos. Percibía un desagradable olor metálico, también, y el resultado final fue que dormí plenamente sólo diez minutos.

Jock encontró fácil dormir, como Volotoff y Van Leyden cuando les llegó el turno; pero Hollister y Spike ni siquiera lo intentaron.

Nosotros debíamos alunizar a las seis de la mañana, hora terrestre. A las cinco en punto Jock nos sirvió el desayuno de bocadillos y café.

Tomándome el café y atendiendo a1 gráfico curvo, escuché cómo Hollister y Van Leyden hablaban en voz baja junto a la mesa de instrumentos, detrás de mí. El holandés había preguntado con engañadora franqueza sobre el origen de sus compañeros; el otro se había mostrado complaciente de manera inesperada.

—Como usted sabe, americano... de Tejas, en realidad. Ustedes los europeos piensan de Tejas como tierra de hombres rudos... millonarios petroleros y vaqueros de piernas curvas que apenas saben leer o escribir. Algunos de nosotros somos así, pero creo que, en total, formamos una mezcolanza de gente de todas partes. Cuando niño yo fui un cabezota apasionado por los libros de ciencia, mediocre jugando a la pelota base pero me gradué en la Universidad y conseguí trabajo en una estación meteorológica ártica. Cuando volví a los Estados Unidos me designaron inspector en Cabo Cañaveral. Me casé con una chica que conocí en el colegio. Nuestro propósito era alzar una familia, pero ella murió seis meses más tarde en un accidente de automóvil. Me costó tiempo recuperarme, profesor. Yo... cambié un poco y mi cabello encaneció. No tengo más de cuarenta años, sépalo usted.

Van Leyden encontró difícil expresar simpatía.

—¿Cambió usted? —gruñó—. ¿Cómo es que cambió?

—Trabajé veinticuatro horas al día, seis días por semana. Llegó a ser para mí como una droga sin la que no podía pasar. Luego el F.B.I. Fui llamado para que investigase una frustración de informes sobre un nuevo proyecto satélite. Me pidieron ayuda. Lo que hice me trajo más trabajo, que me fue ofrecido por la policía. Cuando apareció esta tarea me eligieron, también, a mí, sospechoso.

—¿Este es el máximo de sus ambiciones?

. —Yo no tengo ambición personal. Ahora no. Creo que antaño la tuve. Yo quería una esposa y familia. Quería vivir en particular, contento como cualquier ciudadano corriente. Cuando se me negó esto me convertí en una máquina de calcular, humana, vendiendo mis conocimientos y experiencia en beneficio de los demás.

No había amargura en su voz... y sólo una tristeza que era extraña en un hombre tan despierto.

Prosiguió:

—Estoy trabajando para una familia que jamás tuve. Antes de morir quisiera hacer algo de la que ellos pudieran estar orgullosos. Mi esposa era de color, quiero decirle... con sangre negra por parte de su madre. Era hermosa y comprensiva. Durante los seis meses que vivimos juntos recibí una felicidad suficiente para toda una vida.

Oí cómo Van Leyden suspiraba. La cabina se convirtió en el reino del silencio, excepto el canturrear del motor y los sonidos diminutos metálicos que venían del sistema de presión del aire. Incluso Jock, lavando las tazas de café en la cocina, dejó momentáneamente de bramar sus baladas escocesas. En el panel de control, Volotoff anotaba en un libro de notas las lecturas de los diales.

De pronto Spike llamó desde su puesto junto al tele-escrutador:

—Quince minutos, señor Hollister.

Al principio archivó sus recuerdos y se puso en pie con una rápida sonrisa.

—Gracias, Me gustaría hablarles a todos antes de que alunicemos.

Nos reunimos en torno a la mesa de instrumentos. Parecía tranquilo, confiado, seguro de sí mismo.

—Mis instrucciones—dijo—, son averiguar qué es, lo que tiene lugar en la Luna y, si es necesario, ayudar al brigadier Nicolson a restaurar el orden, bien sea físico o moral. Espero que obedezcan mis órdenes, porque, el éxito de cualquier operación de policía exige una disciplina estricta. ¿Alguna pregunta?

Discutió con Volotoff ciertas partes de recambio para el aparato de radio de Nicolson y equipo de perforación y dio instrucciones para que cuando alunizásemos, dichos materiales fuesen trasladados desde la bodega principal al jeep lunar preparado para su uso inmediato.

Entonces dijo Van Ley den:

—¿Se va a quedar alguien en la nave?

—En principio, sí... hasta que descubramos qué es lo que pasa. Que si ha habido, por ejemplo, algún motín, no podemos arriesgarnos a caer en manos de los amotinados. Como capitán, Spike permanecerá a bordo. Usted estará con él, profesor Van Leyden.

—¿Yo? ¡Pero soy un experto! Tengo mucho que descubrir. Mi teoría de la “Célula hinchada...”.

—Habrá tiempo abundante para la investigación... más tarde.

El holandés se conformó, mirando fulminante como, un toro acorralado.

Hollister prosiguió:

—Volotoff, usted conducirá el jeep lunar. Grant, MacDonald y yo iremos con usted para hacer el reconocimiento preliminar.

Hubo otras pequeñas disposiciones, pero al poco rato, terminó la conferencia. De regreso de la mesa de mapas, miré por la televisión. Las montañas del cuadrante noreste de la Luna venían con rapidez a nuestro encuentro, destacándose y cociéndose en el calor blanco de un mediodía lunar; la plataforma, cerca de Piazzi Smith, había llegado a ser una parte importante de la imagen.

CAPITULO VII
ALUNIZAJE

—¡Corten los reactores principales! —ordenó Spike.

Volotoff ajustó los controles. La nota cantarina se hizo más profunda y en el movimiento del navío hubo conato de perturbación.

—¡Reactores de descenso!

Una nota más fresca y aguda invadió la masa de sonido. El Moonraker comenzó a circundar él Mare Imbrium. Comprobando velocidades y leyendo las cifras de los diales en voz alta para Spike, no pude perder mucho tiempo en mirar por la televisión. Pero me di cuenta de que en la pantalla aparecía un brillante resplandor y a veces vi de rechazo montañas y agudas sombras negras por ellas arrojadas.

La nave cayó y cayó y comenzamos a experimentar un impulso hacia arriba en el suelo que pisábamos: Abajo, más abajo. Despacio, más despacio. Picachos agudos y desgarrados acantilados. El destellar de fajas brillantes en los mares de ceniza gris.

Mi corazón latía con tal velocidad que encontré difícil concentrarme en mi trabajo. Jock estaba plantado a mi lado, musitando para sí. Creo que recitaba algo de Bums: Aún sobre estas escenas despierta mi memoria, y cariñosamente medita en las tristezas pasadas. Pausa el tiempo, pero la impresión más fuerte se hace, como los ríos ahondan más sus cauces.

Las manos de Volotoff estaban en los controles, pero miraba a Spike. Hollister y Van Leyden estaban fijos en el tele-escrutador mientras el panorama lunar crecía en tamaño. La respiración del holandés tenía un silbido al atravesar su barba como el que emite el viento al cruzar por entre la maleza.

Entonces el casco se conmovió y retembló.

—¡Corten! —dijo Spike.

Y las manos de Volotoff entraron en frenética actividad. El chirrido de los reactores se apagó. Sólo los pequeños siseos del aire a presión permanecieron inmutables.

Miré la televisión. Alborotada por el impulso hacia abajo de los chorros de los reactores de aterrizaje, una fina nube de polvo de lava caía en nuestro torno.

Pero a su vez vi que habíamos bajado en el extremo norte de una plataforma rocosa-. Por encima de nosotros se alzaba Piazzi Smyth, cegadoramente blanca recortada contra el negrísimo cielo. Casi a kilómetro y medio, la cúpula de plástico de la colonia terrestre en la Luna brillaba bajo el sol.

Hollister, Volotoff, Jock y yo comenzamos-a ponernos los trajes espaciales y a probar los aparatos de radio de los cascos. Para cuando Spike y Van Leyden regresaron a la cabina, después de haber trasladado las importantes piezas de recambio de las bodegas al jeep lunar, ya habíamos terminado y

estábamos dispuestos para salir.

Nos despedimos de ellos con un gesto. Luego, torpes en nuestro pesado equipo, forrado de amianto, con botas lastradas con plomo, penetramos-en la cámara exterior de compresión, en donde estaba el jeep con las cadenas apuntando la cerrada escotilla.

El vehículo, una edición más pequeña de los dos-jeeps lunares empleados por la expedición Nicolson, era en realidad un cilindro de cuatro metros de-largo Un metro setenta de diámetro, montado sobre un par de orugas. El asiento delantero fue ocupado por el conductor, qué se encargó de los mandos, ^mientras que la parte posterior iba destinada a la carga y los pasajeros.

En su empleo normal —es decir, cuando los pasajeros vestían trajes espaciales— la parte superior del cilindro quedaba abierta; pero si era necesario; aquella parte superior; de plástico reforzado y transparente podía cerrarse herméticamente, impidiendo que el aire interior escapara al vacío. Adosado a la pared trasera había un paquete del tamaño de una gran mochila de montañero. Contenía equipo para convertir el oxígeno líquido en aire respirable. Comenzaba a funcionar automáticamente cuando cerraba el techo, permitiendo así a los ocupantes despojarse de sus trajes espaciales.

De momento, sin embargo, el techo estaba abierto. Cuando entramos, Jock me sonreía a través del plástico transparente de su casco. Su voz me llegó por los auriculares.

—Donde haya noticias hallarás siempre a un miembro de la *Gazette*.

Le envidié la habilidad para hacer chistes en cualquier situación. Yo apenas podía dominar mis enguantadas y temblorosas manos. Y era importante que las dominara. Como Hollister y Jock empuñaba a mi vez un rifle corto Sterling.

La puerta se corrió tras nosotros, aislándonos de la cabina de la nave. Aguardamos. A los pocos segundos, gracias a un mando accionado desde el panel de control interior, la escotilla de delante empezó a abrirse hacia el exterior. Hubo un súbito fulgor de luz sin ser filtrada y me di cuenta de que el aire escapaba de la cámara de compresión. Cuando la escotilla se bajó del todo, quedó convertida en una rampa que conducía a la superficie lunar, a unos seis metros por debajo.

—Vamos —dijo Hollister.

El motor eléctrico, accionado por las baterías solares de la proa del vehículo, rechinó al entrar en actividad. Volotoff soltó el freno. Las orugas de ambos lados empezaron a girar y, tambaleándose un poco, el jeep salió de las costillas de acero de la rampa para entrar en la irregular superficie rocosa de la Luna.

Antes de que nos diésemos cuenta del efecto de la baja gravedad lunar, Jock y yo nos vimos arrojados de un lado a otro como plumas arrastradas por el viento. Al poco, sin embargo, cuando Volotoff hizo girar el vehículo en dirección a la cúpula erigida en el extremo lejano de la plataforma, nos agarramos con fuerza a los asideros de los asientos y disfrutamos de una

marcha más cómoda.

Dentro de nuestros trajes aislados nos hallábamos calientes. No demasiado calientes, sin embargo, considerando que cuando miré el termómetro del panel de instrumentos éste marcaba 100 grados centígrados, al exterior.

Me asombró el extraordinario silencio. Incluso el zumbido del motor y el crepitar de nuestro progreso nos llegaban como débiles impresiones transmitidas principalmente a través del chasis. Pero ya estaba preparado para aquello, sabiendo que el aire era demasiado escaso en la Luna para que pudiera transmitir las ondas sonoras.

El deslumbrador paisaje al este y al sur se curvaba con rapidez por encima de negros horizontes. Estaba tan lleno de rasgos —pináculos desgarrados, de roca, impresionantes y aserrados acantilados y lisos valles alfombrados por ceniza— que, contemplado en su total, parecía casi carente de dichos rasgos. Al oeste, sin embargo, el picacho de Piazzi Smyth se erguía como un gigantesco pedazo de azúcar cande y advertí un resplandor de blanco en su cima y, extendiéndose hacia abajo y afuera como rayos, un cierto número de curiosas tiras brillantes.

El sol, la tierra creciente y las más brillantes estrellas parecían mirarlo todo desde el oscuro cielo, con sus contornos limpiamente recortados y duros. También estaba preparado para esto, porque a diferencia de la Tierra, la Luna no posee atmósfera densa que difunda y esparza la luz. Las sombras negrísimas de agudos contornos proyectadas por los picachos y acantilados eran parte del mismo fenómeno.

A pesar del calor calcinante, mi primera visión do la Lena a tan inmediata proximidad me llenó de fría desolación y de gélido temor. La quietud, la falta de color cálido en medio de los duros y brillantes grises y cegadores blancos y absolutos negros, los contornos rasgados y cortantes de los riscos... todo se combinaba para deprimir mi moral.

Jock, que ya había estado antes en la Luna, me miraba con atención. Cuando vio cómo me estremecía, se encogió de hombros y me dirigió una sonrisa de soslayo. Hollister, sin embargo, miraba hacia adelanto con fijeza. Su caso era igual que el mío, pero parecía decidido a no permitir que su primera impresión del terreno lunar influyera en su carácter.

El jeep cubrió el camino con rapidez, oscilando v ondulando, pareciendo a punto de saltar sobre cada depresión como si sus cadenas estuvieran hechas de goma en vez de templado acero. Luego las rocas se confundieron con una capa de ceniza granulada y nuestro avance se convirtió en una marcha de almohadillada comodidad. La nave se alejaba, pareciéndose a cada instante más a un huso gigantesco clavado en mitad de un paisaje de pesadilla. .

Por último, Volotoff detuvo el vehículo a unos cincuenta metros de la cúpula de Nicolson. Había esperado ver alguna actividad humana cerca o en torno a la construcción, pero las grandes y curvadas paredes de plástico, rematadas por el mástil de la antena de la radio, parecían pálidas y muertas, como si de ellas se hubiera extraído toda vida.

Saltamos del jeep portando nuestras armas. A pesar del lastre del plomo de las botas, nos sentíamos ligeros e inestables. Al dar mi primer paso torpe tropecé con Hollister y lo lancé contra Jock. Jock perdió el equilibrio, rebotó suavemente sobre la ceniza gris y se puso en pie con facilidad. Nos sonreíamos pensativos uno a otro.

Volotoff abandonó el asiento del conductor y se nos unió. Se había entrenado a caminar en baja gravedad durante su estancia en la estación de vacío de Checoslovaquia y se le veía mucho más seguro sobre sus pies.

Al cabo de un momento o dos, sin embargo, el resto de nosotros era capaz de avanzar con torpeza y tambaleándose en la dirección deseada.

Hollister habló a través de su radio:

—Usted, Volotoff, se quedará junto al vehículo. Usted y MacDonald, Grant y yo investigaremos en la cúpula.

Jock abrió la boca, pero se contuvo y no discutió. El eslavo asintió, con su rostro impertérrito, impasible, tras el visor de su casco.

Yo había visto fotos de la cúpula y leído descripciones detalladas en la *Gazette*. Jock se había encargado de ello. Sabía, por tanto, que para entrar dentro de la cúpula teníamos que atravesar una cámara de compresión —un apéndice bajo, estrecho, que se extendía hacia afuera en el lado sur.

Mientras Hollister y yo llegamos a la entrada vimos numerosas huellas de rodadas en la granulada superficie donde los vehículos lunares habían maniobrado y girado. También había una masa de pisadas abriéndose en abanico hacia el exterior.

Entramos en el pasillo de techo bajo, encontrando casi en seguida una puerta ribeteada de acero. Hollister halló un botón rojo donde debía haber estado el poíno y al oprimirlo inició un proceso automático.

La puerta se deslizó con suavidad, abriéndose. Tras entrar en una pequeña habitación de poco más de un metro cuadrado, con una fila de manómetros en la pared de la derecha, la puerta volvió a cerrarse a nuestras espaldas.

El aire de dentro de la cúpula comenzó a fluir por las válvulas de la pared izquierda, mientras negras agujas se movían en los rostros blancos de los diales. Al cabo de pocos instantes las agujas se inmovilizaron, indicando que la presión del aire, humedad y temperatura se aproximaban a las que existirían en mi día caluroso del verano terrestre. Y cuando las agujas estuvieron bien quietas, una puerta interior se abrió descorriéndose.

La cruzamos. Esta vez, al cerrarse esta segunda puerta, percibimos un sólido chasquido.

Nuestro primer movimiento fue salir de los trajes espaciales. Aunque inicialmente experimentamos una sensación de pesadez, fue un alivio poder aspirar profundas bocanadas de un aire normal y balsámico. Durante un momento permanecimos quietos, mirando a nuestro alrededor.

El área cubierta parecía ser enorme, su disposición una maravilla de diseño científico.

El plástico de la cúpula había sido proyectado j para soportar no sólo el

impacto de los pequeños meteoritos, sino también temperaturas que oscilaran de 125 a 215 grados centígrados. Además, poseía una dura y elástica cualidad que le permitía contener una presión atmosférica interna de 1,06 kilogramos por centímetro cuadrado.

Una coloración verdosa del material semitransparente filtraba la luz solar convirtiéndola en un cálido resplandor.

Una parcela en forma de media luna se hallaba a un lado y presentaba una solución de continuidad al suelo de amianto que se extendía por las demás partes. En aquel terreno especialmente tratado crecían las plantas experimentales que mencionó Jock —maíz, patatas, lechugas y otros vegetales.

Contra la pared opuesta se alzaba la fuente de electricidad de la que dependía la eficiencia de la cúpula.

Era un armazón metálico repleto de pequeñas baterías, cada una de las cuales podía cargarse por entero con energía suficiente para un mes, exponiéndola sólo veinticuatro horas a la luz del sol.

Cerca de este armazón, profundamente alojado en su soporte, se hallaba el tanque que proveía de atmósfera a la cúpula —invención de una empresa sueca—. Sabía yo que dentro del tanque había una docena de enormes cilindros de aire comprimido, con válvulas de salida regulables automáticamente por la presión atmosférica exterior. Una vez inicialmente establecida tal presión, los cilindros entrarían en acción sólo ocasionalmente y, a menos que se presentara una .emergencia imprevista, su contenido duraría varios años.

El tanque tenía otras dos funciones.

Una era mantener fresco y purificado el aire en el interior de la cúpula.

La otra, convertir el dióxido de carbono, tan abundante en la corteza lunar, en oxígeno. El producto químico que realizaba tal función no había peligro de que quedara agotado, porque ya las plantas creciendo habían empezado a tomar a su cargo tal tarea.

Cerca de aquél se veían otros grandes tanques, empotrados en un revestimiento de hormigón, que contenían el agua de la colonia y aseguraban la necesaria humedad del ambiente.

Aunque contenía agua para todo un año —a base de un razonamiento— y los rellenaría cada nave que les visitara, la situación del agua era una debilidad definida en el modo de vivir de la colonia.

Puesto que en la Luna no se había encontrado rastros de humedad en su superficie o subsuelo, cualquier daño que sufrieran los tanques haría que la vida dentro de la cúpula fuera tan difícil como en el exterior, amén de exponer a Nicolson y a sus hombres al riesgo de morirse de sed.

Cerca de los tanques estaban las bien acondicionadas pilas de géneros almacenados y contigua a ellas la cocina aislada por tabiques de plástico ligero.

Más allá se encontraban los angostos departamentos que servían de

dormitorios, cada uno separado del otro por un tabique y abiertos todos a un espacio donde una mesa se hallaba puesta para comer. Medio ocultos tras los dormitorios se veían unos recintos pequeños, bajos y cerrados que me imaginé serían los lavabos y letrinas.

En la zona central había otro espacio despejado con cierto número de cómodos sillones y, alineadas a un lado, una serie de estanterías que contenían libros, tocadiscos y proyectores, discos y películas.

En el otro lado se alzaba una rarísima máquina parecida a una espumadera invertida; pero que de la foto que vi en la *Gazette* reconocí como el dispositivo que controlaba ja temperatura, enfriando el calor del día lunar y manteniendo dentro de la cúpula un ambiente soportable aun cuando un termómetro exterior pudiera marcar —215 grados centígrados correspondientes a la noche lunar.

El único sonido que se percibía en aquel vasto edificio era el zumbar y el siseo de su motor eléctrico y recordé una ocasión, cuando me hallaba sólo en la Abadía de Westminster, en que experimenté una vaga intranquilidad similar.

Luego vimos el panel principal —una mesa de acero con filas de diales y conmutadores por los que se podían ajustar manualmente las condiciones atmosféricas.

Junto a esta mesa se hallaba el bulto gris de la estación transceptora de radio, situada bajo el centro exacto de la cúpula, su antena perdiéndose hacia arriba más allá del aparato del alumbrado para enlazarse con el mástil que habíamos visto desde el exterior.

Uno de los costados de la emisora había sido desmontado y se le veía apoyado sobre dos de las patas soporte, dejando al descubierto las válvulas del interior de la emisora. Unas cuantas de éstas estaban rotas, mientras que otras yacían esparcías por el suelo.

—¿Hay alguien aquí? —gritó Hollister.

Se oyó un eco murmurante en la cúpula, pero no hubo respuesta.

Sobre la mesa del comedor estaban colocados seis platos con carne de buey fría, junto a botellas de salsa y saleros y especieros. Nada de esto había sido tocado. Cuchillos y tenedores estaban limpios y ordenados donde fueron puestos. Los grandes jarros blancos que flanqueaban los platos se hallaban vacíos.

Entramos en la cocina.

Sobre una mesita había una fuente con patatas hervidas, harinosas en la parte que aparecía por entre la piel desgarrada, una cazuela con nabos y una gran cafetera llena. Todo frío.

La cocina eléctrica estaba apagada. En uno de los fregaderos había una pila de platos sucios.

Sistemáticamente registramos los dormitorios. La ropa pendía de los percheros. Unos cuantos petates estaban sin hacer, 1os sacos de dormir colgando hasta el suelo. Pero nadie salió a recibirnos. La cúpula es-\ taba

desierta.

Volvimos a la radio. Era evidente que no podía funcionar —probablemente hacía tiempo que estaba estropeada— pero Hollister y yo carecíamos de los conocimientos técnicos suficientes como para diagnosticar la avería. Tendría que examinarlo todo y Volotoff y dar su veredicto más tarde.

Hollister se plantó con los brazos en jarras y miró en su torno.

—Tal y como yo lo veo —dijo—, media docena de hombres salió en una expedición. Los otros sí se quedaron y estaban ocupados en sus tareas habituales tales como cocinar, reparar algún defecto la emisora, etc., cuando de pronto uno de los expedicionarios regresó con noticias sorprendentes. Cualesquiera que fuesen estas noticias, todo el mundo las considera tan graves y urgentes que se apresuraron a salir inmediatamente. ¿Está de acuerdo Jeremy?

—Creo que sí.

Meditó unos instantes.

—No estoy muy seguro de lo que le pudo pasar a la emisora receptora —dijo por último—. ¿Se formado alguna opinión sobre el asunto?

—Temblores lunares acompañados de erupciones volcánicas... han podido ocasionar la ruptura de las válvulas.

Asintió.

—Puede que tenga razón. Mire esto —añadió rapidez.

Era una grieta del grosor de un cabello que extendía desde la proximidad de los tanques de hasta el campo cultivado de la parte opuesta.

CAPITULO VIII
LA CUPULA DESIERTA

Hollister dijo de repente:

—Nicolson debía de llevar alguna especie de diario. Si lo hallamos quizá podamos averiguar qué es lo que ha pasado.

Buscamos en las estanterías. Revolvimos carpetas con papeles, películas y discos, hallamos una libretita, pero el nombre de la tapa correspondía a Curtís Kennedy y sus páginas contenían sólo una serie de notas referentes al ajedrez. Me acordé de lo que me había dicho mi amigo australiano de la estación orbital acerca de su partida por radio con el americano. Se lo conté a Hollister que asintió y colocó la libretita en la estantería donde la encontramos.

Después hicimos un registro detenido de los dormitorios. En dos de ellos encontramos largas cartas que sus autores tenían intención de enviar con la espacionave de relevo que debería llegar en agosto. Ambas cartas eran personales en extremo y me sentí en cierto modo culpable de leerlas sorprendiendo ajenas intimidades. Pero era una tarea necesaria, a pesar de que nada encontramos de vital importancia.

Una se debía a la pluma infatigable de Curtís Kennedy, cuya caligrafía reconocimos. Iba dirigida a su padre en Nueva York y describía fa Luna con un estilo seco y conciso, revelando incidentalmente que los rayos que se extendían desde las cumbres montañeras resultaron ser depósitos de magnesio procedentes de antiguas erupciones. Pero mientras la leía por encima del hombro de Hollister pude percibir que más allá de las frases prosaicas había una añoranza de la cálida vida en familia y un creciente disgusto por la existencia que se llevaba en la Luna, cargado como estaba no sólo de incomodidades físicas y de la necesidad de luchar continuamente por la supervivencia, sino también con la áspera necesidad de tener que mantenerse en buena armonía con hombres de diferentes credos, diferentes razas, diferentes valores.

La otra carta era de un ghanés a su novia, que, según parecía, estudiaba medicina en la Universidad de Edimburgo. Conocimos que era del ghanés porque en la parte superior de la primera página había escrito: "De tu enamorado Takoma Sedibe".

Cerca del final del escrito había tres párrafos que siempre recordaré:

"Te echo mucho de menos, amor mío.

Una parte de mi cerebro está llena de intenso interés por el trabajo de la investigación médica bajo nuevas condiciones. Es maravilloso ser explorador de lo desconocido. Pero la superficie de la Luna no es sitio para que vivan y respiren los seres humanos. Nos vemos constantemente inmersos en una antinatural manera de vivir, conservando nuestras existencias de agua, manteniendo la presión interior de la cúpula. Fuera, en el exterior, nos damos perfecta cuenta de que incluso un simple alfilerazo en nuestro traje espacial

podría causarnos la muerte instantánea. Anhelo el momento en que pueda volver a estar contigo, cuando podamos ser felices conversando juntos, temiendo tan sólo al tráfico de Princess Street.

”Los volcanes que han empezado a entrar en erupción hacen nuestra vida más desagradable. Corre por la cúpula la teoría de que puede que alguno de los americanos y alguno de los rusos —ambos fuera en este momento en una expedición de exploración— hayan desafiado ras instrucciones del brigadier Nicolson y perforado demasiado profundo con el taladro petrolífero, dando suelta así a las presiones del subsuelo. Hemos notado el temblor de tierra —incluso aquí, bajo la cúpula— y además, la radio se nos ha estropeado —espero que sólo temporalmente. Un factor de ansiedad que añadir es que e1 regreso del grupo que salió de exploración lleva ya muchas horas de retraso, pero e1 brigadier va a salir a investigar, llevándose consigo a Alonso Miguel, el brasileño, y a Ranjit Singh.

Tengo el presentimiento de que se cierne un desastre terrible sobre nosotros. Espero y deseo equivocarme y que esa conturbación de mi mente sea tan sólo una prueba de que todavía no me he convertido en un Ser humano del todo civilizado. Como ya sabes, mi abuelo fue jefe de una tribu y creía en los hechiceros y brujos: Temblaba de espanto cuando la faz del sol se escondía por causa de un eclipse y efectuó sacrificios a dioses extraños para alejar de sí los invisibles terrores de la jungla. Puede que yo haya heredado parte de esos terrores suyos. Quizá, en el futuro, los hombres mirarán a la Luna sin temor de ninguna clase, como miramos nosotros ahora a las llanuras de nuestra tierra natal. Pero no estoy seguro...”.

La carta finalizaba bruscamente, como si Takoma Sedibe hubiera sido llamado con urgencia en mitad de una frase.

Hollister dijo:

—Las piezas encajan, Jeremy. A propósito, ¿cree usted que la ansiedad de Sedibe tiene algo de ancestral en sí misma?

—No. Yo siento de igual manera—admití.

Me miró penetrante.

—No se abandone, pues —me aconsejó, para añadir—: El ghanés lo hizo. Puede uno advertir cómo la lógica y la ciencia se enturbian en cada línea de esos tres últimos párrafos. Ha comenzado a buscar la compasión de su novia... un paso grave en dirección a una inminente crisis moral. Mentalmente, el explorador lunar ha de ser duro, exacto, desapasionado. Hace seis meses quizás Sedibe lo fue, por lo menos en su superficie, pero ahora tiene tendencia a reblandecerse, a hacerse inseguro, sentimental... todas ellas cualidades fatales para un científico.

“Fíjese bien en esto otra vez: Incluso un simple alfilerazo en nuestro traje espacial podría causarnos la muerte instantánea. Creo que lo escribió para despertar los sentimientos de tierno interés en su novia, pero el hecho actual es que una afirmación totalmente errónea. Yo sé —y usted, también—, que nuestros trajes están impregnados de una sustancia auto sella dora que nos

protege contra los pinchazos pequeños sean de la clase que sean.

Permaneció allí plantado, con la carta en la mano... pequeño, tenso, alerta, expresión sombría, casi .lirada. A pesar de sobrepasarle en altura casi una cabeza, me sentía a su lado en cierto modo minimizado.

Y al mismo tiempo, turbado y confuso. Había oído a Hollister hablar en la nave con Van Leyden y me había parecido que, a pesar de su entrenamiento científico y de sus agudas cualidades para ostentar la jefatura, aún conservaba algunas de las características más tiernas de la humanidad. Pero luego me acordé de haberle oído decir que había cambiado después de la muerte de su esposa. ¿Acaso el cambio fue más fundamental de lo que yo me imaginaba?

Alcé mis pies del suelo alternativamente y dije:

—Comprendo lo que usted quiere decir. Pero Sedibe, más que científico, es doctor en medicina y su lugar probablemente habría parecido más sensiblero.

—¡Espero que no! —repuso con viveza y volvió a dejar la carta en la cama del ghanés.

En otro dormitorio hallamos una hoja de papel cubierta de caracteres chinos y e n otro una agenda cubierta con una escritura que creímos sería ruso. Ninguna de las dos cosas podíamos traducir.

El último apartamento con toda evidencia pertenecía al brigadier Nicolson.

Allí todo estaba ordenado a la manera militar. Sobre la mesita de noche estaba la fotografía dentro de un marco de una hermosa mujer y dos niñas pequeñas, la menor con trencitas sujetas por unos coquetones lacitos.

—Su esposa y sus hijas —dijo Hollister sin la menor emoción—. Las conocí en Montreal.

Junto a la foto se veía una pila de libros —novelas en rústica de John Steinbeck y J. B. Priestley, un tomo voluminoso de documentos científicos sobre la Luna, un libro de poesías del indio Tagore. Hollister lo examinó sin dedicarle mucha atención e hizo un pequeño gesto que parecía entrañar cierto desdén.

Apoyada contra los libros se veía una caja japonesa metálica. Traté de alzar la tapa y hallé que estaba cerrada con llave.

Hollister no dudó. Sacó de su bolsillo un cortaplumas del tipo “mil usos”-y con el destornillador forzó la cerradura. Alzando la tapa sacó una agenda de gran tamaño en la que cada página correspondía a un día del año.

—¡Esto es! —exclamó—. ¡Aquí está lo que buscábamos!

Al principio las anotaciones se referían tan sólo a las actividades rutinarias de la colonia y a los descubrimientos va comunícalos a la Tierra. Durante varios meses el brigadier se había concentrado en la erección y el establecimiento de la cúpula; sólo en las pasadas últimas semanas había empezado a enviar grupos de exploración a distancias cada vez mayores de la base. Luego, mientras seguíamos leyendo, llegamos hasta cierto género de información que no se había hecho público en la Tierra y que -—como Hollister me informó— el brigadier siquiera había incluido en su mensaje

cifrado a la Comisión Lunar. He aquí algunos extractos.

17 de junio.

"E1 grupo de reconocimiento de tres días regresó con buena moral. Su vehículo rompió uno de los ejes de las cadenas en el escabroso terreno cerca de Pico, pero Hammerfield llevó a cabo una reparación de urgencia —lo que demuestra una vez más que nuestra política es correcta en las condiciones lunares. Han sido obtenidos para su análisis 14 muestras de minerales. Finch cree que entre los depósitos de lava al sur de Pico pueden hallarse rastros de platino. El grupo llegó a las rampas de Platón, trepó hasta 1.200 metros hacia el borde del cráter. Ignatieff declara que las partes oscurecidas del interior del cráter se deben a emanaciones de células atmosféricas subterráneas. También está seguro de que hay petróleo en la misma zona. Puede que valga la pena investigar la situación. Sin embargo, el perforado debe hacerse con mucho cuidado. Se sospecha que muchos de los cráteres están formados por la actividad volcánica resultante de las grietas de la delgada corteza lunar."

19 de junio.

"Continúo forzando a una disciplina estricta, a pesar de la actitud de Ignatieff y Berenson, que me preocupa mucho. Ambos son científicos brillantes, pero predispuestos a cierta inestabilidad bajo las condiciones de vida lunares —tan distintos a Kennedy, Finck, Hammerfield y Miguel, siempre dispuestos a todo y merecedores de la más absoluta confianza. La expedición para investigar en Platón parte mañana, llevando consigo cilindros de repuesto de oxígeno líquido para sus trajes espaciales. Éstos pueden ser cambiados en el interior cerrado de los vehículos y permitirán al personal estar fuera de la cúpula durante 6 días, aunque les he ordenado que vuelvan antes de, 4 días. Tenía intención de dirigir en persona a j la expedición, pero esta mañana, en el P. T.,| me disloqué un tendón de mi pierna izquierda. Me duele mucho, pero trato de no demostrar-] lo. He designado a Gorotsky para que tome el mando de la expedición. Un hombre fuerte, recto, con personalidad —capaz de controlar a su amigo y paisano. El equipo de perforación ha sido probado e instalado en el coche número 1. El equipo de análisis en el coche número 2, junto con la radio de reconocimiento y reflectores. Forman la expedición: Gorotsky, Ignatieff, Berenson y Hammerfield, en el coche número 1; Finch y Lederc en el coche número 2. Se quedan en la cúpula: Sedibe, Ling Ho, Kennedy, Miguel, Ranjit Singh y yo mismo."

22 de junio.

"La tensión cede ante los tratamientos de Sedibe. Radiomensaje de Gorotsky. Se ha encontrado camino para los coches en las rampas de Platón. El grupo se ha instalado ahora en el suelo del cráter. Gorotsky ha hecho un sondeo límite de 150 metros, aunque Ignatieff y Berenson están seguros que

de haber petróleo, éste se hallará más cerca de los 300 metros. Finch y Leclerc han sido enviados en el coche número 2 para que investiguen el origen de la nube que se disipa. Gorotsky espera que se encuentre respuesta al problema de los oscurecimientos lunares.”

24 de junio

“Esta mañana se registraron temblores lunares. Traté de establecer contacto con Gorotsky —no hubo respuesta. Una hora más tardé la cúpula se ha visto sacudida por un fuerte temblor. Siguen ocurriendo temblones de meros importancia, delgadas nubes de ceniza volcánica se posan sobre la cúpula. Envié a Miguel y a Ranjit Singh en un jeep lunar para que efectuasen un reconocimiento visual. Volvieron al cabo de 6 horas para informar que Una nube volcánica aparecía en el horizonte Oeste de Platón. Ningún disturbio se apreciaba dentro de un radio de 160 kilómetros a partir de la cúpula. Siento ansiedad y recelo por las causas que han podido originar la erupción, pero no he mencionado nada de esto a la Comisión Lunar. Sin embargo, sí he informado acerca del comportamiento recalcitrante de Ignatieff y Berenson.”

25 de junio

“Aún sin noticias de Gorotsky. El grupo de la cúpula se muestra inquieto. Trato de aparecer tranquilo y confiado. La pierna la tengo ya normal otra vez, pero me siento yo mismo tenso y nervioso, como los demás. ¿Es m simple efecto de las condiciones de vida hilares? Hablé por radio con MacDonald, de la *Gazette*. Traté de mostrarme casual y despreocupado.”

26 de junio

“Enviando mensaje cifrado a la Comisión Lunar en el que informaba que la expedición de Gorotsky lleva ya casi un retraso de 48 horas. Poco después un violento temblor estropeó la emisora de radio. Ling Ho informa que han sufrido daños las válvulas y sus soportes. Si la expedición no regresa dentro de las próximas 12 horas he decidido tomar el jeep lunar y salir yo mismo para tratar de localizarles. Pediré a Miguel y a Ranjit Singh que me acompañen.”

27 de junio

“Más temblores. Ling Ho trabaja en la emisora de radio y espera terminar la reparación en el transcurso de 2 días. Miguel, Ranjit Singh y yo saldremos a investigar dentro de una hora.”

Más tarde había escrito:

“Miguel acaba de informar que el coche se acerca viniendo de la zona de Platón...”

Las anotaciones terminaban de manera brusca. Hollister cerró el diario y lo

volvió a colocar dentro de la caja.

—Ahora tenemos una idea de en qué consiste el misterio —dijo—. Por lo menos lo bastante para indicarnos qué es lo que deberíamos hacer.

CAPITULO IX
VIAJE AL NORTE

Nos colocamos los trajes espaciales y salimos de la cúpula. Jock estaba fuera del jeep lunar estudiando una masa de huellas en el polvo volcánico Se veían claras, puesto que allí ni el viento ni la humedad podían borrarlas o enturbiarlas.

Nos habló mediante la radio de su casco.

—He estado tratando de hacer de Sherlock Holmes. Creo que primero de todo dos vehículos se fueron hacia el Norte. Después salió un jeep lunar que regresó. Más tarde un coche volvió para tornar a partir, seguido por el mismo jeep de antes.

Tras su visor, Hollister sonrió.

—Bien, MacDonald. Todo exacto. Iremos tras ellos.

Se volvió a Volotoff

—Por favor, llévenos a la nave. Hay que enviar en seguida un mensaje a la Comisión Lunar. De todas maneras, quiero que Van Ley den se venga con nosotros.

Cruzamos la plataforma de regreso a gran velocidad, deteniéndonos en medio de una nube de polvo junto a uno de los flancos de la espacionave.

—Entre, Jeremy —me dijo Hollister—. Explique la situación al capitán Stranahan y pídale a Van Ley-den que venga con nosotros. Tráiganse por lo menos dos docenas de cilindros de oxígeno líquido de repuesto. Nicolson y sus hombres pueden necesitarlos. Quizás seamos nosotros quienes precisemos de ellos. ¡Dese prisa!

Cuando entré en la cabina y me quité el casco, Van Ley den se lanzó casi sobre mí como un oso ansioso. Le dije que tenía que prepararse a venir.

—La cúpula está desierta —comuniqué a Spike—. Hay dificultades en el cráter de Platón... probablemente relacionadas con las operaciones de perforación petrolífera, como supuso Hollister. Todo el grupo está allí. Nosotros vamos a ir... en seguida. Usted también, profesor. Sí; será mejor que se ponga su traje espacial. Hollister quiere que usted, Spike, se quede en el Moonraker. En caso de que... en caso de que haya, accidentes. Y desea que se ponga en contacto inmediatamente con la Comisión Lunar mediante el emisor receptor de onda corta.

—Está bien. —Trató de esconder su desencanto. Aunque me gustaría ir con ustedes.

Me dirigí a la bodega y tomé un envase de aluminio. En su etiqueta habían escrito: “24 cilindros do oxígeno líquido”.

Al regresar a la cabina me despedí de Spike. Luego me puse el casco. Mediante la radio dije:

—¿Preparado, profesor?

—Preparado, Jeremy —Van Leyden tocó el adecuado conmutador de la

caja de control de su traje espacia1 y añadió—: Vamos. Les guiaré hasta Platón. A los ojos de mi cerebro el camino es tan liso, como si fuera de cristal.

De hecho, sin embargo, su conocimiento de la geografía lunar era innecesario... por lo menos durante el tiempo que siguió. Conduciendo el jeep lunar a la máxima velocidad, Volotoff se limitó a seguir las rectas huellas que se adentraban en el plano desierto de polvo volcánico y roca. Pronto, detrás nuestro, la cúpula y la nave se convirtieron en diminutos objetos que se hundían en la curva del horizonte Sur.

Tras haber cubierto unos veinte kilómetros hallamos el primer repetidor-reflector de radio. Plantado firmemente en un montón de roca volcánica, su mástil de seis metros y su antena circular brillaban bajo el sol, arrojando su sombra sobre las huellas de los vehículos. Hicimos una prueba llamando a Spike que estaba en la nave y el aparato demostró estar en perfecto estado de funcionamiento.

—Probablemente lo instaló el grupo de Gorotsky al salir —comentó Hollister—. Deberemos cruzarnos con otros repetidores regularmente instalados durante todo el resto del camino.

Para cuando nos detuvimos para dar un descanso al vehículo y a nosotros mismos, ya habíamos dejado atrás más de media docena de repetidores.

Masticamos tabletas de alimento concentrado y bebimos agua de los recipientes de los cascos. Bajando del jeep, dimos un paseo corto para estirar las entumecidas piernas. A pesar del lastre de las botas, nos vimos obligados a tener cuidado y a no emplear-demasiada energía. En la tierra mi peso es de alrededor de los 83 kilos. Allí en la luna mi peso no pasaría de 12 kilos, y mis músculos de las piernas desarrollaban sin querer tina potencia que me hacía saltar a varios palmos del suelo a cada paso.

Detrás de nosotros se extendían las huellas de las cadenas del vehículo, destacadas por las líneas negrísimas de sus propias sombras. Desaparecían a lo lejos, en el distante horizonte en una línea recta, a excepción de dos pequeñas desviaciones; una cuando se apartaron para eludir una depresión hecha por la caída de algún meteoro y otra cuando pasaron un brusco repechón de roca.

Los peñascos de la luna son altos y puntiagudos porque ningún viento ni humedad existe que pueda erosionarlos. En torno a nuestra posición de entonces, picachos y acantilados se alzaban en caótica confusión, Brillaban como plata pulida a la luz del sol y se les veía negros allá donde reinaban las sombras El suelo que pisábamos estaba cubierto de polvo de lava, polvo volcánico; pero si escarbábamos unos cuantos centímetros con las punteras de nuestro calzado descubríamos en seguida la sólida base de la Luna. El paisaje era tétrico e incoloro. El silencio gravitaba mortal sobre nosotros. El movimiento no se veía acompañado de sonido alguno y todos parecíamos vivir en un mundo de sordos

A pocos kilómetros a nuestra derecha, alcanzando una altura de 2.500 metros, se hallaba la imponente y brillante masa de Pico, con sus tres cimas

rocosas separadas.

Me acordé de lo que había leído concerniente a aquella solitaria montaña de la llanura. Durante muchos años, mirando con ojos fatigados en sus telescopios terrestres, los astrónomos habían estado haciendo cábalas acerca de si la brillantez de su cima triple era en verdad nieve o, por lo menos, vapor de agua helado. Hace años, sin embargo, el telescopio televisivo de la estación orbital había demostrado que el fenómeno era sólo una mera treta causada por la luz de los rayos del sol brillando en los espesos depósitos de magnesio del hoyo formado por los tres picachos.

Tal como ahora lo mirábamos, la montaña completa parecía relucir v nuestra presunción era que el magnesio se había esparcido por doquier como se esparce el azúcar sobre un pastel. Contra el oscuro cielo era como una silueta en negativo, recordándome el cortinaje que forma parte del decorado de una pantomima infantil. En toda su irrealidad, era real. Nos estaba ocurriendo a nosotros y yo, individualmente, me sentía solitario y temeroso, incluso en compañía de amigos.

En aquel punto hallamos algunas huellas que partían en dirección a Pico; pero no les prestamos atención. Hollister v yo sabíamos, gracias al diario de Nicolson que una expedición de exploración había visitado la montaña unas cuantas semanas antes, cuando un vehículo sufrió avería en sus cadenas por causa del suelo recoso de su base.

Las principales series de huellas apuntaban hacia el Norte. Continuamos siguiéndolas.

Viajamos cuatro horas alerta por si encontrábamos a Nicolson y sus hombres. El duro sol de la larde caía inclinado y el fulgor de las rocas era implacable.

Nos escocían los ojos, incluso detrás del plástico absorbente de la luz de nuestros visores.

Delante, lejos, a la derecha, vimos una nube en forma de hongo, asomando sobre el horizonte, creciendo de tamaño al acercarnos.

Dedujimos que sería del volcán que recientemente entró en erupción en la cordillera alpina. En el corazón de la nube había una negrura tintada de rojo.

—¡Ya tengo la frase para describirlo! —la voz de Jock restalló en mis auriculares—. La Luna nos está enseñando sus tripas

Van Leyden frunció el ceño ante tal vulgaridad anticientífica; pero Hollister sonrió y Volotoff, en los mandos, asintió con un vigor desusado.

Yo me preguntaba qué o quién había provocado la erupción.

Luego, alzándose despacio por encima del horizonte Norte, vimos delante las rampas de Platón rebordeadas por una áspera brillantez.

Parecían infranqueables, 1.200 metros de acantilado y de agudos y afilados riscos; pero las huellas apuntaban hacia allí.

A pesar de la incomodidad física causada por el viaje y por el largo enclaustramiento dentro de los molestos confines de un traje espacial, tuve la súbita sensación de una intensa ansiedad emotiva.

Platón siempre había ofrecido misterio a los observadores nocturnos de la Tierra. Noventa y seis kilómetros de diámetro, su suelo interno aparecía más oscuro que el de cualquier otro cráter, incluso cuando se le observaba desde la estación orbital del espacio; y las variaciones en su color se creían debidas a oscurecimientos locales.

¿Pero por qué era aquel suelo tan acertadamente negro? ¿Qué es lo que causaba los oscurecimientos?

Y lo más importante, ¿qué había ocurrido para hacer que Nicolson y sus hombres se alarmaran tanto que abandonaran por completo la cúpula? ¿Por qué, en su extraño mensaje, había mencionado el brigadier la palabra "atmósfera" y una frase que sonaba a algo así como "las bestias de placer"?

Ahora, dentro de unas pocas horas podríamos descubrir la verdad.

Miré hacia las brillantes rampas y me estremecí.

Cuando llegamos a poca distancia de su base y las montañas de Tenerife quedaron detrás de nosotros a la izquierda, Hollister dio orden de alto.

Van Leyden deseaba hacer una breve inspección geológica, pero el hombrecillo dijo que nos habíamos detenido para descansar. Mientras Volotoff efectuaba una reparación de importancia secundaria en el sistema de transmisión. Van Leyden. Jock y yo nos instalamos cómodamente en los asientos posteriores y, para mi sorpresa, dormí casi una hora. Completada la reparación en menos de cinco minutos, Volotoff, también, tuvo su ración de sueño; pero Hollister permaneció despierto y alerta, diciendo que no le hacía falta dormir.

Por último nos despertó a todos.

—Descanso antes de la acción. Creo que la frase es buena y contiene mucha verdad.

—¿Quiere usted decir que se anticipa una jornada de violencia? —preguntó Van Leyden, alerta de súbito.

—Por ser fatalista, no anticipo nada. Pero, como le dije antes, profesor, las cartas y el diario vistos por Jeremy y yo traicionan... bueno, corrientes escondidas poco usuales. Puede que estén causadas por los rigores de la vida en la Luna, que parece crea una extraña inestabilidad del carácter. Pero calculo que lo que está ocurriendo detrás del borde del cráter de Platón tiene una base física y puede que tengamos que desafiarla, no sólo con coraje moral, sino también con fuerza física. Por tanto, debemos considerar como afortunado el poder entrar en acción descansados y con buenos ánimos.

Era una mezcla rara el tal Hollister. Su cabello blanco relucía dentro del casco, sin embargo, su rostro parecía tranquilo e incluso juvenil.

A veces su aparente intolerancia me había desconcertado. En aquel momento, no obstante, su voz en mis auriculares sonaba cálidamente humana: era como si de alguna manera mística nos tuviera compasión.

Van Leyden no replicó e incluso Jock guardó silencio. Volotoff se atareó poniendo de nuevo en marcha el motor. Noté un escalofrío nervioso y traté de aparentar no haber estado escuchando.

Mientras seguíamos las huellas hacia el anillo exterior de Platón comimos y bebimos otra vez.

Luego los riscos y acantilados aparecieron de pronto encima mismo de nosotros, convirtiendo el jeep en un puntito movible.

No pude ver medio posible de franquear la barrera. Al1 poco, sin embargo, las huellas que eran nuestra guía describieron una rápida curva de 90 grados. Volotoff giró en redondo el volante.

Durante algunos kilómetros los altos acantilados relucieron a nuestra derecha. Marchamos raudos a lo largo de ellos, girando en ocasiones para esquivar cortantes y dentados peñascos desprendidos de lo alto; pero por fin las huellas tornaron de nuevo hacia el Norte, encaminándose a una brecha de las rampas escarpadas.

Al acercarnos más, vimos que se trataba de una escabrosa garganta, de forma parecida al Gran Cañón Colorado, con su accidentado suelo de rocas fragmentadas.

—¡Agárrense! —gritó Volotoff, con voz tensa.

Su advertencia era necesaria. Mientras puso el vehículo a marcha lenta y comenzó a maniobrar para pasarlo entre los pedruscos agudos, nos vimos lanzados a un lado y a otro como si fuéramos muñecos.

Las cadenas de diseño especial de acero trabajaron estupendamente, agarrándose con dureza en cada obstáculo, pero el chasis se sacudía y vibraba, inclinándose hacia abajo y de lado en ángulos que parecían imposibles.

De haber sido la gravedad de la Luna comparable a la de la Tierra, los saltos, traqueteados y golpes habrían sin duda originado roturas en los ejes y amortiguadores. Sin embargo, siendo la gravedad lunar más ligera el vehículo resistió y a pesar de los tumbos e incomodidades pronto penetramos más de kilómetro y medio en el interior del borde del cráter.

El cañón se revolvía y retorcía, algunas veces elevándose casi un centenar de metros, luego hundiéndose en las negras y sombrías depresiones, en donde, libres del fulgor de la roca, podíamos ver las estrellas del cielo.

Paredes de lisa lava nos rodeaban, pero no devolvían ecos de nuestra marcha.

Nuestra insignificancia en aquel enorme y terrible paisaje, nuestra total dependencia de la eficiencia mecánica del jeep y de la calidad de nuestros trajes espaciales, me producía una fría depresión mental.

Parecía evidente que éramos locos —y peor que locos— al desafiar la impasible enemistad de la Luna. Seres humanos, nacidos dentro de la comodidad de un clima terrestre, no tenían derecho a lanzar su insignificante fuerza contra los ásperos baluartes de Platón.

Entonces vi a Hollister mirándome a través de su visor. Cuando el vehículo salía de la garganta entrando en la alta zona de la meseta interior, su voz llenó mis auriculares:

—El espíritu humano es más que un competidor para cualquier obstáculo físico. Me parece que debería recordar usted eso, Jeremy. Ahí abajo en las

sombras hay hombres que necesitan nuestra ayuda.

Me erguí.

—De acuerdo —de respondí—. De acuerdo, señor Hollister.

CAPITULO X
EL PRECIPICIO EN PLATON

Cuando cruzamos la meseta, el suelo del cráter apareció a la vista, a 1.200 metros por debajo. Su área, sin embargo, era tan vasta que el borde opuesto, a cien kilómetros, quedaba invisible bajo la curva del horizonte Norte.

Volotoff redujo la velocidad y se acercó al borde interno con cuidado. Ahora, entre las rocas desnudas, habíamos perdido la pista dejada por los vehículos de Nicolson y parecía como si hubiéramos de hallar por nosotros mismos un medio de bajar al fondo del cráter.

Pero entonces, cuando Van Leyden y Jock empezaban a dar señales de nerviosismo y temor, llegamos a otro repetidor de radio, instalado en una pila de rocas en el extremo superior de un escarpado acantilado. Haciendo un gesto a Volotoff para que parase, Hollister saltó del vehículo. En la pendiente del acantilado halló peñascos desgajados y rotos, prueba de que por allí habían pasado ya vehículos.

Sonrió y dijo:

—Hemos vuelto a encontrar las huellas. Antes de seguir adelante, creo que será mejor que llamemos al capitán Stranahan.

La voz de Spike salió del altavoz de nuestra emisora receptora alta y clara. Traicionó una rápida ansiedad de obtener informes referentes a nuestro viaje y planes futuros.

Pero todo lo que Hollister dijo fue:

—Hasta ahora no ha habido el menor tropiezo. Trataremos de mantenemos en contacto con usted. No se preocupe, sin embargo, si no tiene noticias nuestras durante algún tiempo. Pueden presentarse dificultades.

—¿Cuánto tiempo debo esperar? Me refiero a...

—Cinco días. Para entonces nuestra provisión de oxígeno estará acabándose.

—¿Y no puedo intentar un vuelo de exploración antes de ese plazo?

—No hasta que pasen los cinco días.

Era un frío consuelo para Spike. También frío para nosotros. Había un timbre raro en la voz de Hollister, como si tuviera la premonición de un próximo desastre. Un instante después, sin embargo, volvía a sonreír con brillantez, señalando a Volotoff para que iniciara el descenso.

—Hubiera deseado que Spike viniese —dijo—. Pero es el responsable de la nave y en caso de apuro podría hacerla volar sin ayuda de radie.

El jeep lunar cayó y resbaló acantilado abajo, por una pendiente más estrecha y escarpada que el cañón que habíamos dejado atrás.

En ocasiones penetrábamos en negras resquebrajaduras, apenas iluminadas por el sol, donde la temperatura caía hasta a más de 180 grados por debajo de cero en cuestión de segundos. En tales momentos, Volotoff encendía los faros y nosotros teníamos que ajustar los mandos de los sistemas calefactores de los

trajes espaciales. Por encima las estrellas aparecían de súbito, oscilando violentamente al compás, de los movimientos del vehículo.

Una vez tuve un atisbo de la Tierra creciente cruzando por encima de nosotros como si fuera, una pieza de fuegos artificiales. Luego el jeep salió de la depresión y mientras Volotoff apagaba los faros, nos; vimos de nuevo en mitad del calor y del cegador fulgor del sol.

El acantilado corría oblicuo hacia abajo de la faz del borde del cráter. En ningún punto era infranqueable y de vez en cuando un desmenuzado fragmento de lava servía como prueba de1 paso reciente de otros vehículos. Pensé que el camino habría sido primero explorado a pie antes de que el primer jeep o vehículo lunar probara a descender.

Era incómodo verse sacudidos dentro del jeep como si fuéramos muñecos, pero al correr el tiempo nos dimos cuenta de que ningún peligro particular nos amenazaba. Murallas de roca parecían protegernos siempre contra cualquier deslizamiento lateral

Llevábamos quizás veinte minutos de viaje y habíamos llegado a un punto a 600 metros por debajo del borde superior del cráter, cuando ocurrió lo inesperado.

Aferrado a mi asiento, miraba a lo lejos, hacia el distante piso de Platón. No había nada raro o desusado que pudiera ver en aquella enorme extensión de rocas y polvo volcánico, excepto una débil línea de bruma hacia el Noroeste. Calculaba cuál sería el origen de tal niebla cuando ésta de repente se vio lanzada hacia arriba por una llama roja. Tan rápidamente como había aparecido la llama se desvaneció; pero la niebla siguió alzándose y extendiéndose como una oriflama. Un instante después todo aquel paisaje salvaje tembló y se sacudió, como una película o imagen de televisión tomada por una cámara vacilante e insegura. No oí nada, lo que hizo más terrible la experiencia.

Pero la vista pronto reemplazó a la falta de sonido. Sin previo aviso, el barranco por el que circulábamos comenzó a hendirse por el acantilado.

Tras su visor vi el rostro de Hollister, era la pura máscara de la estupefacción.

Su voz apremiante me llegó por los auriculares:

—¡Alto, Volotoff! ¡Alto!

Las manos del checo volaron sobre los controles, deteniendo al vehículo de manera tan brusca que en la parte trasera, a mis espaldas, Van Leyden y Jock fueron proyectados hacia adelante, cayendo de rodillas.

Mi imaginación estaba llena de una escena... la escena le toda la cara del acantilado derrumbándose por debajo de nosotros, mientras que dentro del jeep, dando vueltas y vueltas, caíamos los 600 metros que nos separaban del suelo de Platón.

Entonces cesaron los temblores. Lo mismo hizo el movimiento del acantilado y también el barranco que dejó de desgajarse de la masa principal de rocas.

Tuve un instante de intenso alivio, un instante tan fugaz, sin embargo, como el destello de un rayo de sol en el ala de un aeroplano.

De pronto me di cuenta que las cadenas del jeep resbalaban sobre todos aquellos cascotes sueltos.

Despacio pero de manera constante estábamos; resbalando hacia fuera, más y más cerca del borde y Volotoff no podía hacer nada para salvarnos.

Dentro de otros cinco segundos nos habríamos precipitado al vacío; pero en aquellos cinco Segundos los acontecimientos se sucedieron a velocidad de vértigo.

Hollister gritó:

—¡Salten!

Nos lanzamos como impulsados por un muelle por encima del lateral —Hollister, Van Leyden, Jock y yo— y recuerdo haber pensado que fue una suerte haber llevado el techo de plástico descorrido.

—¡La cuerda de escalada, Grant!

Me había anticipado a la orden. Del cuerpo del jeep agarré la resistente cuerda de nylon sujeta a una abrazadera de la parte posterior.

A toda prisa, dándole dos medias vueltas, la pasé por un alto pilar de lava en el lado interior del barranco. Apenas lo había hecho cuando el vehículo empezó a caer por el borde, transportando consigo una lluvia silenciosa de piedras.

Entonces vi que Volotoff no había podido librarse de las estrecheces de su asiento en la cabina de

—¡Aguante! —le grité por la radio.

La cuerda se sacudió como si de pronto recibiera una inesperada tensión. Recé para que aguantara; y aguantó, aunque parte de ella, la que rozó con violencia en el borde áspero del pilar de lava aparecía ligeramente deshilachada.

El jeep colgaba unos tres metros y medio en la cara del precipicio. Desde donde estaba yo, sujetando con fuerza el extremo libre de a cuerda, pude ver que Volotoff todavía estaba dentro y me pregunté por qué su voz no me llegaba por los auriculares. Me imaginé lo que sentiría el pobre, pendiendo en el vacío a 600 metros del fondo; pero aparté a un lado el pensamiento y traté de concentrarme en el problema práctico que se nos había presentado —el de cómo, izarle, a él y a su vehículo— hasta resolver la manera de que jeep y conductor estuvieran de nuevo en el camino debido.

Hollister me hizo una señal, así que anudé el extremo de la cuerda en torno a la columna. Luego —juntos— él, Van Leyden, Jock y yo asimos con fuerza y seguridad la cuerda en nuestras manos enguantadas y tiramos de ella, como si sacáramos el cubo de agua de un pozo o hiciéramos de bestias de sirga. En la tierra el jeep pesaría unas dos toneladas. Allí en la Luna su peso era relativamente pequeño y cuatro hombres adultos deberían poder disponer de la fuerza suficiente para maniobrarlo. Pero a pesar de que nuestra fuerza muscular combinada era bastante para el trabajo, nos olvidamos de que

nuestros pesos sumados no llegaban ni con mucho a equilibrar el del vehículo. Considerando la operación como un problema de dinámica, su resolución fuera imposible.

Y cuando nos volvimos a incorporar después del inútil esfuerzo, jadeando y temiendo la dificultad que entraba la respiración dentro de los cascos, miré por el borde y vi que Volotoff se hallaba caído sobre los mandos, curiosamente inerte.

Dos pensamientos cruzaron por mi cerebro.

Uno fue que en el choque y sacudida el traje espacial de Volotoff se hubiera desgarrado y que en consecuencia estuviera ahora o muerto o moribundo.

El segundo se refería a un posible método de alzar el vehículo. Debajo del cuerpo había una cabria o cabrestante movido por el motor. Por las rendijas del capó me di cuenta de que el motor no estaba funcionando —o bien Volotoff lo había parado en el instante de la emergencia, o bien se había soltado una de las conexiones— pero si podía volverlo a poner en marcha, si lograba bajar hasta el vehículo y subir el cable de arrastre de la cabria hasta el borde del precipicio y sujetarlo a la columna, luego la propia potencia de jeep podría hacerle subir hasta nivel del suelo.

No aguardé instrucciones. Si el traje de Volotoff había sufrido daño el único modo posible de salvarle era tapar el jeep corriendo el techo y, en la atmósfera que se crearía interiormente, quitarle el casco y aplicarle la respiración artificial. Pero antes de que el mecanismo de cierre del techo pudiera hacerse operar de manera efectiva, sería necesario tener el vehículo otra vez arriba en el barranco. Por tanto, corrí hacia el borde y con torpeza pero también rapidez bajé por la cuerda.

Mientras bajaba las voces de los demás producían un confuso alboroto en mis auriculares. Van Leyden gritaba algo como “locura”. Jock se me dirigía en nombre de todos los santos y pidiéndome que tuviera cuidado. Hollister me ordenaba que volviera arriba inmediatamente.

No hice caso; había otras cosas más urgentes a que dedicar mi atención.

El tenebroso espacio de debajo de mí, por ejemplo. Más allá del oscilante vehículo no había nada… es decir, nada durante 600 metros. Pero allá abajo —curiosamente distante, pero iluminado por el resplandor del sol— pude ver, entre el polvo volcánico, el montón de agudas rocas desprendidas del precipicio. Tuve un momento de vértigo; pero cuando con un tremendo esfuerzo- de voluntad me obligué a mirar tan sólo a los objetos más próximos y a mi alcance, aquella desagradable y peligrosa sensación se esfumó.

El jeep colgaba casi perpendicular; pero me fue posible, sin muchas dificultades, deslizarme por debajo de las cadenas traseras y localizar debajo del chasis, a la cabria.

El extremo en forma de lazo de su cable de acero estaba asegurado por una palomilla a una de las traviesas. Asenté mis pies con firmeza en .el eje de la transmisión. Luego, agarrado con una mano al eje trasero, solté la palomilla

con la otra mano.

Pero una vez suelto el cable me encontré con que no cedía. La cabria estaba atascada.

CAPITULO XI
ALTA TENSION

Me dije a mí mismo que no debía dejarme dominar por el pánico. Tratando de aparentar frialdad, hablé con Hollister por la radio y le expliqué la situación, sugiriendo que alguien bajara y soltara el freno de la cabria sito en el interior de la cabina.

La voz de Jock me llegó en seguida:

—Yo te ayudaré, Jeremy...

Pero Hollister intervino tajante:

—¡Se lo prohíbo, MacDonald! Su peso podría ser desastroso para la cuerda. Es fácil que se rompiera. Si quiere seguir con esto, Grant, tendrá que arreglárselos solo.

Aspiré profundamente, me forcé a pasar por debajo de las cadenas traseras y volví a cogerme a la cuerda. Luego, con un cuidado fruto de la desesperación, trepé por la parte de atrás del vehículo y bajé hasta que mis pies estuvieron asentados con firmeza en la barandilla de la cabina. Trepando hasta un costado del jeep, me arrodillé despacio entre la confusión de cuerdas, taladros, cilindros de oxígeno líquido, recipientes de agua y alimento y pistolas Sterling que durante el accidente fueron proyectados hacia adelante.

Me daba cuenta de que si resbalaba estaba listo, porque debajo estaba el vacío de más allá del precipicio. Sin embargo, resistí el impulso de mirar al fondo. Todavía agarrado al lateral del jeep con una mano, me incliné agachado sobre el hombro de Volotoff y solté el freno del panel de control, dejando libre a la cabria.

El casco del checo se combó sobre las palancas de dirección. Cuando mi brazo le rozó el hombro de su traje, no dio señal de haberlo notado. De momento, sin embargo, tenía demasiado miedo por mí mismo como para detenerme a examinarle con más detenimiento.

La idea de que la cuerda pudiera romperse de repente crecía en mis pensamientos como las llamas de un incendio forestal; pero me esforcé por mantener contenido ese fuego. Trepé hacia arriba, pasé por encima de la trasera del vehículo y me deslicé debajo de él una vez más. En esta ocasión, con un tremendo alivio, hallé que la rueda de la cabria giraba con suavidad, permitiendo que el cable se desenrollara.

Pasé el cable por dentro de las bridas que le servirían de guía. Luego, para tener las manos libres, me enlacé su extremo en torno a la cintura. Comencé a trepar, arrastrándolo conmigo. Despacio y con dificultades salí de debajo del jeep y empecé a izarme hacia el borde del precipicio y utilizando la cuerda que sujetaba al vehículo.

Al cabo de un momento oí la voz de Jock.

—Está bien, Jeremy. Ya puedo alcanzaré ahora.

Alcé la vista. El estaba colgado del borde, Hollister y Van Leyden le

sujetaba por los tobillos. Sus manos extendidas quedaban a pocos palmos de mí.

Desaté el cable y le pasé el extremo. Lo vi deslizarse a mi lado mientras Jock lo cobraba con rapidez y lo aseguraba a 1.a columna de lava.

Dentro de mi traje espacial sudaba profusamente. Dejándome caer por la cuerda, me mantuve en equilibrio con los pies sobre la trasera del jeep y ajusté el mando del calefactor de mi cintura. Al cabo de un momento me sentí mucho mejor, aunque mi respiración seguía siendo irregular.

Aún me quedaba la parte más arriesgada de la tarea. Me daba perfecta cuenta también de que hasta que volviera a la cabina y ajustara el mando de la cabria, el jeep aún correría peligro de precipitarse al vacío y hallar su destrucción si la cuerda que lo sujetaba se rompía. De hecho la imagen en mi cerebro de una cuerda rompiéndose tendía a convertirse en obsesiva. Pero me forcé a reconocer que: cuanto antes hiciera el trabajo mejor sería, porque una vez frenada la rueda de la cabria, el cable de acero mantendría seguro al vehículo, pasara lo que pasara con la cuerda.

Repetí mi trepado hasta dentro del jeep. Con un cuidado extenuante para los nervios me bajé hasta el respaldo del asiento de Volotoff. Una sola vez miré afuera. Todo lo que vi fue el piso rocoso de Platón allá lejos... el duro, insonoro y casi incoloro panorama de la Luna que ya había empezado a odiar.

Aparté los ojos en seguida, pero empecé a temblar como si tuviera fiebre.

Había una ligereza en mi cuerpo, una vaga irrealidad en mi mente. Era como una pesadilla. Ansiaba dar un grito y despertar.

Apenas sabía lo que estaba haciendo, pero el instinto debió impulsarme, puesto que por último me encontré estirándome por encima del hombro de Volotoff y colocando en su sitio la palanca del freno.

En aquel instante la claridad del pensamiento volvió a mí. De pronto me sentí más seguro, más competente para llevar a cabo la tarea que me había propuesto. Mi respiración se tranquilizó.

El siguiente paso era bajar hasta colocarme junto a Volotoff para poder poner de nuevo en marcha el motor; y esto prometía ser la maniobra más peligrosa que había intentado, porque durante algún tiempo tendría que colgar hacia adelante antes de balancearme y entrar para llegar de un salto al interior de la cabina de conducción. Los alpinistas prácticos quizás hubieran considerado esto como un hecho sencillo. Yo, no.

Pero el saber que ahora el jeep estaba firmemente sujeto y sin riesgo de que la cuerda se rompiera me dio algo de valor y mis dudas no alcanzaron más tiempo que un par de segundos

Con suavidad trasladé el cuerpo inerte de Volotoff a un lado y salté balanceándome para pasar por encima de su hombro izquierdo. Mis piernas patalearon en el vacío. Luego, con un esfuerzo muscular desesperado, las metí dentro, debajo de mí. Tocaron el refuerzo de plástico de la pantalla encima de los mandos y ya estaba resbalando para caer al abismo cuando noté que los distintos tanques y recipientes y cilindros del interior de mi traje espacial se

habían quedado atascados con la barandilla o bordo de la cabina. Contuvieron mi caída y me dieron tiempo rectificar el salto, pero para no dañarlos tuve que echar el cuerpo atrás hasta casi formar ángulo recto con la cara del abismo.

Me aferré al borde con ambas manos. Despacio me doblé atrás y las protuberancias del pecho de mi traje lograron franquear la barandilla, entrando en el vehículo. Durante todo el tiempo supe que si mis enguantadas manos resbalaban, caería como un pelele. ,

Una vez pasadas las protuberancias, corrí los pies por la pantalla de plástico y me lancé hacia dentro. Caí con un golpe dentro de la cabina, torciéndome la pierna izquierda. Una cuchillada de dolor pareció atravesarme la rodilla.

Pero me sentía tan aliviado por haber alcanzado sano y salvo mi objetivo que apenas le presté atención. Di la vuelta hasta hallarme sentado junto a Volotoff, mirando hacia adelante. Mejor dicho, mirando hacia abajo. Ahora, por primera vez, miraba fijo al abismo

La violencia de mi salto hizo que el jeep oscilara. Pronto, sin embargo, quedó de nuevo inmóvil.

Miré a Volotoff derrumbado en el rincón. Tras el visor de plástico su rostro estaba pálido; los ojos cerrados. Pero no advertí pruebas de que su traje espacial hubiera sufrido daños.

Puse la mano en la parte izquierda de su pecho, pasando los dedos por debajo del cilindro transformador del calor. Durante algún tiempo no noté nada. Traté de decirme que por causa del grosor del material de su traje esa prueba no era definitiva. Luego —por completo de manera súbita e inesperada — me di cuenta del lento latir de su corazón. Mi mano se movió para apreciar su respiración irregular.

La voz de Hollister me entró por los auriculares:

—¿Todo va bien, Jeremy?

—Todo va bien —contesté.

Ahora estaba seguro de que Volotoff vivía y que era más importante que nunca llevar a cabo mi plan a toda velocidad. Me reanimé.

Conocía bastante bien el funcionamiento del motor eléctrico del jeep. Mirando al panel de control vi que el conmutador estaba en posición de funcionamiento. Por tanto, la máquina debió pararse por soltarse alguna conexión.

Entonces me pasó por la cabeza una idea sobre-cogedora. ¿Qué pasaría si no lograba hallar la vería y me era imposible reactivar el motor? En tal caso el rescate de Volotoff se convertiría en una operación desesperadamente difícil. Como preliminar, tendría que volver a salir de la cabina y subir al precipicio —un hecho que de momento, con el saledizo de la barandilla encima mío, parecía algo totalmente imposible.

Una vez más el pánico afectó mi garganta. Hubo un instante en el que ni pude pensar ni moverme, cuando cruzó por mi cerebro la insidiosa idea de que sería mejor morir en seguida que tener que seguir luchando de manera tan

desesperada.

Entonces se oyó la voz de Hollister, tranquila y serena:

—¿Está cortado el contacto del motor?

—No. Todavía está... dado.

—Comprendo. ¿Encontró ya en qué consiste la avería?

—Aún no.

—Entonces, efectúe un examen sistemático de todos los cables... empezando con el del interruptor.

—De acuerdo, lo haré, señor Hollister.

Sus palabras eran directas y prácticas, pero su voz tuvo un tono más amistoso que de ordinario y sospeché que lo hacía para tratar de tranquilizar mis-nervios.

Examiné el cable del interruptor, pero parecía estar bien en su recorrido. Aparté aún más a Volotoff,, trasladándolo a un lado y me agaché para mirar debajo del panel. "Examen sistemático..." esas fueron las palabras de Hollister. Ceñudo, enfoqué mis pensamientos concentrando mi atención en el dispositivo técnico de los mandos.

De súbito, con una excitación que me hizo temblar de nuevo, localicé la avería... un pedazo de conexión flexible que se había salido de sitio por el impacto de la rodilla de Volotoff.

Metí en su cuna el enchufe de bayoneta y nada más hacerlo el motor se puso en marcha. No pude oír su zumbido, caro, pero sí que vi una luz roja encenderse en el tablero de instrumentos. Me incorporé y ajusté el mando de potencia.

Entonces grité:

—¡Preparado para empezar, señor Hollister!:

—¡Bien hecho! Tenemos el cable bien asegurado. Pero cuando ponga en funcionamiento la cabria hágalo despacio.

Me instalé en el asiento junto al inconsciente Volotoff. Moviendo con lentitud el mando de la potencia, solté el freno de la cabria y puse la palanca del cambio de marchas en su sitio apropiado.

El jeep sufrió una sacudida y se balanceó; pero las bridas de guía del cable ayudaron a aminorar la -oscilación. Centímetro a centímetro el vehículo fue ascendiendo por el precipicio, las cadenas giraban libres para hacer menos difícil la ascensión. Mis dedos en los mandos se entumecieron por causa de la tensión nerviosa.

Asenté con firmeza los pies en el suelo metálico de la cabina. Tuve el presentimiento de que cuando las cadenas traseras del jeep tocaran el saledizo de lo alto del precipicio, su parte delantera podría proyectarse hacia adentro de manera tan violenta que correría yo el peligro de verme despedido de la cabina y precipitarme al vacío. Volotoff, sin embargo, parecía estar a salvo de ese riesgo, porque su cabeza quedaba muy hundida y por debajo de la pantalla de plástico; pero, por si acaso, mantuve mi rodilla derecha apretada contra su estómago, haciendo el papel de una cuña que le inmovilizara.

La cadena trasera rebotó contra el saledizo de roca. Cerré los ojos. Mis crispados dedos aumentaron la potencia del motor girando el mando. Y entonces, casi antes de que me diera cuenta, una serie de voces irrumpió en mis auriculares.

—¡Cuidado, muchacho!

—¡Tranquilícese...Jeremy... lo ha conseguido!

—¡Páralo, hombre! ¡Páralo!

Corté el conmutador y apliqué el freno de mano. »Abrí los ojos y descubrí que el jeep estaba nivelado, lateralmente situado con respecto a la cara del precipicio.

—i Ocúpense de Volotoff! —logré gruñir por la radio.

Creo que me desvanecí en el mismo momento qué hablaba.

CAPITULO XII
ZONA DE DESASTRE

Nadie se preocupaba de mí, cosa que les agradecí. Mientras me esforzaba por recuperar mis facultades, me di cuenta de que los demás subían al compartimiento trasero. Luego el techo de plástico se cerró sobre nosotros. Van Leyden y Jock alzaron a Volotoff de su asiento y comenzaron a despojarle de su traje espacial.

Me llegó la voz de Hollister:

—Quítese el casco, Grant. Se sentirá mejor.

Hice lo que me aconsejaba. Respirar en la atmósfera temporal creada dentro del vehículo sirvió para que me mejorase. Era bueno, también, volver a oír sonidos: voces, movimientos, el frotar de metal contra metal.

Me puse en pie y me apoyé en la barandilla. Volotoff estaba acostado ocupando dos asientos. Le habían quitado el casco y la parte superior de su traje-espacial. Tenía arremangada la manga de su camisa y Hollister le inyectaba algo en el brazo. Una de las cajas de medicamentos estaba abierta en el suelo.

—Una simple pérdida del sentido —dijo Jock poniéndose a mi lado—. Debió producirse cuando, cayó el vehículo. Puedes ver la magulladura, donde-su sien chocó con el interior de su casco.

—¿Ha sufrido daños su traje?

—Ninguno.

Poco a poco las mejillas de Volotoff recobraban el color. Abrió los ojos, se sentó y miró en su torno... Durante una fracción de segundo su rostro reflejó-un recuerdo de terror. Luego volvió a adoptar su impasibilidad corriente, falta de toda expresión.

—¿Qué pasó? —preguntó.

Se lo contamos. Gradualmente su condición física adquirió su característica normal.

—Lo siento —dijo—. Era yo el responsable del vehículo...

—Fue un accidente —interrumpió con viveza Hollister—. Nadie se lo puede censurar. Pero sí censuro a Grant por desobedecer mis órdenes y asumir sobre sus hombros el peso de la responsabilidad.

Ya no había en su voz rastro de amistad y sentí un cálido rencor por aquella inesperada crítica. La juzgué injusta y hecha a destiempo.

Lo mismo parecía pensar Jock.

—Pero Jeremy recuperó el jeep —arguyó—. Se necesitó valor para hacer lo que hizo y me aseguraré de que mis lectores lo sepan.

—No me importa lo que sepan o lleguen a saber sus lectores —replicó Hollister—. En el futuro, Grant hará lo que yo le diga.

Van Leyden echaba chispas.

—Me parece que no lo comprendo bien —observó con pesadez—. Jeremy

es amigo mío y no veo que...

—Le dije que no bajara —interrumpió Hollister—, porque su peso extra en la cuerda pudo haberla roto. Yo soy mucho más ligero. Por esa razón debí haber sido yo quien corriera el riesgo.

Había lógica en su razonamiento, pero su frialdad me deprimió. Él estaba demostrando ser un verdadero explorador espacial, pensé... aquel hombre a veces tenía un carácter tan duro y prohibitivo como el propio paisaje lunar. Excepto en rarísimas circunstancias, sus impulsos quedaban por completo regidos por un cálculo frío.

Bebimos algo de agua y consumimos unas cuantas tabletas de glucosa. Luego, tras volver a colocarnos los cascos y tras abrir el techo, reemprendimos el viaje. Volotoff insistió en que se sentía capaz de conducir el vehículo; y lo demostró llevándoselo con mano segura barranco abajo, lo más cerca posible de la pared interior.

Al cabo de veinte minutos franqueamos el último obstáculo y bajamos al suelo de Platón. El terreno en aquella zona estaba cubierto de polvo volcánico hasta una profundidad de varios centímetros. Las huellas del jeep de Nicolson y de los coches lunares, se extendían de nuevo delante, sombreadas en negro y rectas como flechas.

Allí, muy por debajo de la escena del accidente, la bruma que yo había observado ya no era visible. Todo cuanto podíamos ver encima del horizonte era el cielo negro con una pizca de rojo al Noroeste que marcaba el volcán en erupción de la Cordillera Alpina.

Volotoff puso el motor a la máxima potencia.

Marchamos a gran velocidad hacia adelante, un palio de polvo casi inmóvil colgaba tras nosotros. Pasamos junto a dos repetidores de radio, instalados-con una separación de veinte kilómetros.

Al llegar al tercero, nos detuvimos y Hollister emitió una llamada hacia el Norte en un intento de establecer contacto con Nicolson; pero no hubo respuesta.

Volvimos a subir al jeep. A pocos kilómetros más adelante vimos que en el borde norte de Platón comenzaba a aparecer, por encima del horizonte, un manchón reluciente de gris. Pronto, poco después, la cima de la nube de bruma apareció a la vista.

La tensión creció en mi interior.

Durante cierto tiempo me había estado preocupando el dolor en la rodilla que me torcí durante mis acrobacias en el precipicio. Ahora pude olvidarme de las punzadas dolorosas.

Nos acercábamos más y más al corazón del misterio y pronto hallaríamos las respuestas a tantísimas preguntas como nos habíamos formulado.

Nadie hablaba.

A través de nuestros visores todos mirábamos al frente, siguiendo la dirección de las huellas. Volotoff estaba agazapado sobre los mandos, dando al motor el máximo de su potencia.

El jeep había desarrollado un movimiento de balanceo hacia adelante, como un navío en un mar ondulado. Pero de pronto salimos de la región de liso polvo volcánico y el movimiento se transformó en un balanceo lateral. Las huellas cruzaban por encima de una roca dura y desnuda que tenía un color oscuro, como el basalto.

Lejos, delante, pudimos ver otro repetidor^ de radio, lo que significaba que seguíamos la ruta adecuada. No obstante, me sentía perdido y solitario en aquel mundo silencioso. Todo era duro y cruel, como Hollister cuando estaba en uno de sus momentos de humor gris. Rocas y polvo gris, acantilados agudos, grises. Ninguna humedad, ninguna vegetación, ninguna luz solar suavemente difusa. Nada de aire al exterior de nuestros trajes espaciales.

Negra e inhóspita, la corteza lunar yacía en torno nuestro de horizonte a horizonte. No era lugar para que viviesen los hombres, pensé. Incontables riquezas en minerales y petróleo podían yacer bajo su superficie. Pero sólo con sufrimiento físico y espiritual podríamos extraerías para ser utilizadas. ¿Valía la pena soportar tal sacrificio?

La voz de Hollister surgió en mis auriculares:

—¡Algo más allá! ¡Algo (más allá del repetidor de radio!

—¿Qué es lo que ve? —preguntó Van Leyden.

—Vehículos. La torre de un taladro petrolífero.

—Y una grieta en el suelo —exclamó Jock excitado—. A la izquierda, debajo de la nube brumosa.

Volotoff debió haber oído la conversación, pero no dijo nada. El jeep marchaba ahora por una zona desigual y a velocidad moderada, y me imaginé que él necesitaría de sus cinco sentidos para esquivar los cortantes peñascos de lava desparramados por doquier.

Cuando estuvimos más cerca, miré ansioso en busca de signos de movimiento que denotaran vida humana. No había ninguno.

Los dos coches lunares y el jeep se hallaban detrás de una escarpadura rocosa, como si los hubieran colocada allí intencionadamente para que estuvieran protegidos.

¿Protegidos de qué?

El alto andamiaje del taladro había sido alzado a unos cientos de metros más allá de los vehículos. El propio taladro estaba en posición de funcionamiento, pero inmóvil, como un dedo negro y delgado señalando hacia la altura desde el piso del cráter.

La escena me recordaba la imagen de un campo de batalla abandonado en alguna película. Un aura de silencioso desastre se cernía sobre todo, impalpable en sí pero tan real como la pálida nube proyectándose por encima de la grieta del suelo.

Se me ocurrió preguntarme por qué aquel lugar se hallaba tan cubierto de tantísima ceniza volcánica; pero nada más acabar de nacer el pensamiento, hallé la respuesta. Era allí donde se produjo la llamarada. Aquí estaba el centro del violento temblor que había hecho que nuestro vehículo cayera por

el precipicio. La lava constituía la escoria de una serie de pequeñas erupciones, todas ellas originadas cerca de nuestra presente posición.

Llegamos hasta los vehículos. Los dos coches lunares —construidos según los principios de nuestro jeep, pero-a mayor tamaño— estaban ambos con el techo descorrido. Lo mismo el jeep estacionado junto a ellos. Dentro no encontramos nada excepto unos cuantos cilindros vacíos de oxígeno líquido. Los repuestos y el equipo que transportaron había sido descargado evidentemente y llevado adonde se dirigieron Nicolson y su grupo.

Examinamos el suelo, pero entre las cenizas no se distinguían huellas.

Volotoff nos condujo hasta la torre de perforación.

Oí la voz de Van Ley den:

—Geológicamente hablando, un emplazamiento ideal para un pozo petrolífero. Una considerable sucesión de pagamientos y estratificaciones han debido tener lugar en esta línea. Si no me equivoco, existen aquí células y celdillas subterráneas en número considerable.

Según los instrumentos, el taladro había perforado 206 metros; pero en apariencia no se había hallado petróleo todavía. En donde la broca se introducía en su manga a nivel del suelo, nada rezumaba, sino un ocasional y pequeño chorrito de vapor.

¿Vapor?

Miré a la izquierda, en dirección a la grieta. Desde este ángulo pude ver que desde allí corría una hendidura c ara y precisa, que desaparecía en un estrecho valle de paredes verticales a varios kilómetros de distancia.

—Profesor —dijo Jock con rapidez—, ¿cree que al perforar aquí Ignatieff o Berenson... o quien fuere... iniciaron una reacción? Quiero decir, una serie de erupciones a lo largo de esa línea... evidentemente una línea de debilidad en la corteza superficial.

No estoy seguro, MacDonald. Pero las pruebas así parecen indicarlo.

—Los argumentos teóricos no nos llevan a ninguna parte —espetó Hollister—. Debemos investigar con más detenimiento.

Nos condujo de vuelta al jeep. Subimos y Volotoff lo hizo girar hacia el Este.

A través de su visor vi a Van Leyden con el ceño fruncido.

—¿Qué pasará si se produce otra erupción? —preguntó.

—Correremos el riesgo... como supongo lo corrieron Nicolson y su grupo.

No obstante, Hollister ordenó a Volotoff que se detuviera a 500 metros de la grieta del suelo básico lunar.

—Esperen aquí —dijo a los demás—. Grant y yo haremos un reconocimiento.

—¿No puedo ir yo? —Dijo apremiante Jock—.

Quiero decir que si no veo nada de lo que ocurre, ¿cómo voy a poderlo contar a los de la Comisión Lunar... o a mis lectores?

—Si todo va bien, Grant y yo le daremos los detalles que necesite.

Tomamos nuestras carabinas Sterling de la parte trasera del jeep y

comenzamos a cruzar la irregular planicie, resbalando en la ceniza y tropezando contra los afilados peñascos de lava. Advertí que Van Leyden estaba arrodillado, examinando con atención un ribazo de lisa roca negra que parecía haber sido arrojada desde el interior de la luna por algún fenómeno reciente. Apenas nos habíamos alejado unos metros cuando su voz atronó en nuestros auriculares.

—¡Hollister! ¡Hollister, venga aquí!

CAPITULO XIII
LA BOCA DE LA CAVERNA

Sospeché que Hollister estaba ligeramente enojado por el clamor; pero se apresuró a regresar a donde Van Leyden y Jock estaban arrodillados junto a la roca negra, sus visores casi tocándose.

—¡Mire! —exclamó d profesor, poniéndose en pie y señalando.

Jock se levantó también. Miró en mi dirección, su rostro era una cómica máscara del azoramiento.

Hollister se inclinó y miró. Lo mismo hice yo. Todo lo que pude ver eran unas pequeñas marcas arrugadas en la lisa superficie. Marcas circulares, con raras curvas y circunvoluciones en cada fase individual.

—¿Cree usted que esta roca salió a la superficie recientemente? —preguntó Hollister.

—No lo sé —replicó van Leyden—. No hay ni aire ni humedad para que la estropee, quizás ha estado en esta postura durante miles de años. Pero queda el hecho de que en cierto tiempo estuvo bien debajo de la superficie. Entonces, mil, diez mil años atrás —¿qué importa eso?—, el vulcanismo de esta zona la lanzó a través de la blanda corteza y desveló su secreto.

Jock estaba agitándose como una especie de danza pequeña de su frustración.

—¿Qué secreto? —preguntó—. ¿Son artificiales estas señales o no?

En aquel momento ya me había dado cuenta del significado de las pequeñas marquitas. Mi mente volvió atrás a una tarde pasada con un profesor universitario en la cosía rocosa no lejos de Dounreav, Escocia. Se había mostrado interesado en unos acantilados arenosos desde que varias masas enormes se habían desprendido durante cierta tempestad. Pequeñas criaturas marinas que vivieron hace millones de años, cuando las arenas del mar universal, se estaban endureciendo. Por primera vez vi los remanentes fósiles del trilobites. Aquí, en la Luna, los volvía a ver.

—¡Fósiles! —exclamó Jock cuando se lo dije—. Pero eso significa...

—Significa que mis teorías demuestran ser correctas —la voz de Van Leyden en mis auriculares; tras su visor sus ojos relucían de triunfo; significa que cuando la Luna se desprendió llevó consigo la misma vida potencial de la de la Tierra. Significa que mientras haya existido atmósfera en la Luna la vida se desarrollaría a lo largo de las mismas líneas que nuestro propio mundo. Hace millones de años esta roca era un depósito de barro en el fondo de un mar lunar. Cuando el agua se evaporó, se endureció en torno a las conchas de estos trilobites.

”A través de los siglos, capas de sedimento lo enterraron más y más profundo, hasta que por u timo -—en alguna erupción volcánica— fue lanzado de nuevo al descubierto.

—Pero en ese caso —Jock casi tartamudeaba— en ese caso... si su teoría

de la “célula hinchada” es correcta... puede que la vida exista todavía, en alguna parte por debajo de nosotros, ¿verdad?

Era una pregunta que jamás halló respuesta en tantas palabras.

En aquel instante el sudo bajo nosotros tembló. Al oeste, a más de kilómetro y medio de la grieta, pero a lo largo de la misma línea de fisura, apareció un agujero.

De él salió una llamarada, llevando consigo una lluvia de restos fundidos.

—¡Busque un cobijo! —exclamó Hollister.

Nos lanzamos debajo y detrás de un saledizo de roca, como soldados en un bombardeo. Pedazos pequeños de lava cayeron cerca de nosotros; y durante un tiempo, como un pedazo de película defectuoso, el paisaje lunar tembló. Pero pronto se hizo evidente que no había verdadero peligro. La erupción era pequeña y sin importancia; y cuando la llama moría vimos la caverna del suelo en torno al agujero, formándose una hondonada que lo bloqueaba y evitaba una posterior irrupción de lava.

Luego, inmediatamente, encima de donde estuvo el agujero, pálidas bocanadas de vapor empezaron a formarse.

Gradualmente aumentaron de tamaño y se mezclaron con la nube mayor. Por primera vez estábamos viendo una prueba directa de la teoría de Van Leyden.

Por primera vez sabíamos qué es lo que causaba las oscuridades lunares que, durante siglos, habían turbado a los astrónomos.

Con la llama allí, se despidieron burbujas de aire húmedo.

Ahora, bajo el violento calor, el aire se convertía en vapor.

El profesor musitaba para sí; pero su voz llegó por la radio lo bastante clara:

—¡Lo sabía! ¡Todo el tiempo lo supe! ¡ Ahora, Tartelli! ¡Ahora te vas a humillar ante mí, amigo mío!

El visor de Jock estaba a pocos centímetros del mío. Miré hacia él y le vi parpadear.

Pero Hollister se levantaba ya.

—Venga, Grant —dijo--.-. Usted y yo tenemos un trabajo que hacer.

Dejamos a Van Leyden, Jock y Volotoff junto al jeep.

Van Leyden había comenzado un nuevo examen, de la roca.

Jock se nos quedó mirando, sin duda ansiando tener lápiz y papel para escribir lo que acababa de ocurrir.

Volotoff había abierto el capó del motor y estaba mirando el interior del mecanismo.

Cuando llegamos a los límites de recepción, oí la voz de Jock:

—Volotoff, ¿tenemos en el trasero la cámara especialmente aislada?

—Sí. Va en el compartimento detrás de mi asiento.

—¿Entonces por qué diablos no lo utilizamos?

El sonido de mis auriculares se desvaneció.

Siguió adelante, un poco detrás de la pequeña figura de Hollister, bien

consciente del por qué efectuábamos aquel reconocimiento.

Nuestro propósito era encontrar una pista acerca del paradero de Nicolson y sus hombres. Por la prueba de los vehículos estacionados, habían estado en algún lugar de la vecindad; pero de horizonte a horizonte no se veía rastro de vida humana.

La deducción, sin embargo, era que habían bajado al subsuelo.

A poco advertí un cambio en la calidad de la luz. Alcé la vista y vi que una esquina de la nube de vapor se había interpuesto entre el Sol y nosotros. Cosa rara, el terreno era allí más liso, como si los restos superficiales hubiesen sido apartados a untado por una corriente violenta.

Nos acercamos a la grieta del suelo, una cavidad que de cerca parecía tener unos doscientos metros de-longitud y unos cincuenta de anchura. Peñas rotas, formaban una especie de rampa que conducía al interior desde sus agudos bordes. Aunque fuese probablemente el resultado de una erupción, pude ver que ningún vulcanismo la había conturbado desde tiempo considerable.

Por último nos quedamos plantados en un extremo occidental, en donde grandes tablas de roca habían caído una encima de otra, desde tres hasta siete metros por debajo del nivel del suelo. Luego advertí, que la cavidad tendía a una pendiente en dirección al lado oriental; y cuando nuestros ojos se acostumbraron a la luz en aquella dirección, fue evidente que la hendidura se estrechaba hasta convertirse en un túnel alto.

Hollister saltó del borde a las losas. Le seguí.

Tuvimos cuidado de no resbalar y caer, para no dañarnos nuestros cascos. Pero el hombrecillo pisaba seguro y yo hice cuanto pude por copiar sus zancadas cortas y fáciles. De pronto, en el espacio entredós rocas, vi un sólido objeto cilíndrico que relucía bajo la luz. Lo cogí y se lo enseñé a Hollister.

—Un pasador de acero —dijo—. Parte del equipo de ascensión del grupo.

A cada paso íbamos más abajo, hasta que los bordes de la grieta quedaban aproximadamente a dieciséis metros por encima de nosotros.

A medida que nos acercábamos al túnel la luz del sol quedaba tan diluida por la nube que hallamos difícil encontrar el camino.

Era raro —y en cierto modo vagamente confortador— entrar en una zona de verdadera sombra.

Hasta aquel momento nuestra experiencia de la luz en la Luna había sido de dos clases tan sólo —deslumbradora brillantez y absoluta oscuridad.

Había ahora allí una zona gris intermedia que me recordaba un atardecer en la tierra.

Llegamos a la boca del túnel y miramos dentro.

Hollister encendió la luz de su casco y la paseó en torno al interior.

Al principio no parecía haber nada de interés sino un suelo rasgado que caía rápidamente hacia abajo. Luego la luz quedó fija y advertí dos cosas que hicieron sobresaltar mi corazón.

En la juntura del suelo y la pared de mano izquierda relucía una zona de humedad, con un manchón delgado de verde en su centro.

En los escombros cercanos, conduciendo hacia las profundidades, había un pasador de acero como el que yo encontré.

Una cuerda de nylon colgaba de él, perdiéndose hacia abajo en la oscuridad.

CAPITULO XIV
LA CUERDA VIBRANTE

Regresé corriendo a nivel del suelo y con los brazos hice señal a los demás para que vinieran.

Mientras esperábamos, Hollister y yo dimos una mirada más estrecha a cuanto habíamos visto ya.

—Una cierta cantidad de aire sigue escapándose desde este respiradero... por eso se forma la nube —dijo examinando la zona mojada—. Parte del viento debe transportar una gran proporción de humedad.

—¿Y también trajo las esporas de estos hongos verdes?

—Sí. ¡Espero que Van Leyden sobreviva al éxtasis que le producirá contemplarlos!

Una semisonrisa parecía enhebrada en su voz. La chispita amistosa que podía extinguirse en un instante por culpa de la fría lógica. Pero no era aquel el momento apropiado para entregarse a un análisis, de su carácter.

—El pasador y la cuerda —dije—. ¿Cree usted que Nicolson y sus hombres están ahí abajo, en algún lugar de esa oscuridad?

—No lo creo, Grant. Lo sé.

—Lo siento. Fue una pregunta tonta.

Afeé la vista y vi a Van Leyden y a Jock descendiendo hacia nosotros En el borde superior, Volotoff estaba plantado junto al jeep, esperando órdenes.

Las tuvo en seguida.

—Quédese con el vehículo, Volotoff. Manténgase en contacto con el profesor y MacDonald. Ellos se quedarán apostados aquí, precisamente dentro de la boca del túnel.

Van Leyden y Jock querían acompañarnos, pero Hollister se mostró firme:

—Hasta que averigüemos cuál es la situación exacta, sería una locura que todos nosotros nos arriesgáramos. Si es necesario, mandaré por ustedes.

—¿Cómo? —preguntó Jock con crudeza.

—Volverá Jeremy...

Se detuvo en mitad de la frase. Miraba a la cuerda sujeta al pasador. Todos miramos a la cuerda que, súbita e inesperadamente, había empezado a moverse. Permanecimos plantados, inmóviles y noté cómo se erizaba el vello de mi nuca.

Una vibración, seguida por un aflojamiento. Otra vibración, mejor, una sacudida, un aflójamelo. Alguien estaba subiendo desde la oscuridad. Algo vivo, algo capaz de utilizar la cuerda como ayuda para la ascensión.

Las sacudidas se hicieron más violentas. Tuve el presentimiento de que una criatura viva se hallaba al alcance de la mano... un presentimiento que parecía de lo más inusitado teniendo en cuenta el paisaje dominante en aquel mundo muerto.

Por la radio, Hollister llamó:

—¿Quién hay ahí?

La cuerda se sacudió una vez y quedó inmóvil. Me dije a mí mismo que la criatura de la cuerda podía, de hecho, ser humana. Quizás uno de los del grupo de Nicolson, con la radio de su casco sintonizada con la misma longitud de onda que las nuestras.

Hollister no parecía afectado de inquietas manifestaciones.

—¿Quién hay ahí? —repitió.

Con un sobresalto para el que debí haber estado preparado, percibí un susurro en mis auriculares.

—¡Gracias a Dios! ¿Entonces el mensaje logró llegar?

—Sí —replicó Hollister con tranquilidad—. Hemos venido a auxiliarles.

Hubo un momento de silencio.

Luego la cuerda pareció revivir y volvió la voz... ahora más alta, palabras y frases delimitadas por jadeos, como si su propietario estuviera trepando por un camino escarpado.

—Soy Finch. Harold Finch, el metalúrgico de Churchill College, Inglaterra. Nicolson me ha mandado volver para ver si veía señales de una expedición de socorro. Creí... creí que no había la menor esperanza, pero...

La emoción apagó sus palabras. Sentí un nudo en mi garganta.

—¡Vamos, Harold! —Exclamó Jock—. Ten calma, ¿Te acuerdas de mí...? Jock MacDonald, de la *Gazette*...

—¡Jock! ¡Oh, alabado sea el cielo! Pensé que el mundo se había desentendido de nosotros. Ha sido un tiempo tan largo... tan condenadamente largo...

Su voz se volvió a perder, traicionando la tensión de sus nervios. A través de su visor vi como los ojos de Van Leyden se llenaban de desusada compasión.

Jock comenzó a pronunciar nuevas palabras de ánimo, pero Hollister le interrumpió:

—¡Basta de sentimentalismos! Esto es un asunto científico. No un drama romántico.

El rencor por poco me sofoca. Pero no dije nada. Quizás después de todo era más prudente llevar las cosas con “frialdad”.

La cuerda se alzó del suelo rocoso. En la oscuridad percibimos un resplandor, que, al acercarse más, reconocimos era la luz de un casco. Después, por la pendiente escarpada, apareció Harold Finch tambaleándose... era un hombre alto y delgado, cuyo cuerpo entero estaba vencido por el cansancio. Yo había visto su foto en los periódicos —particularmente en los periódicos ingleses, porque era el representante de su país en la aventura lunar, un héroe para cada lector patriota. Tras el anonimato de su traje espacial me lo pude imaginar... esbelto y rubio, con un bigote sedoso y amarillento, su nariz grande y puntiaguda expresando un constante deseo de saber.

Permaneció plantado ante nosotros, con el pecho agitado por los jadeos.

Jock le puso una mano en los hombros y él pareció apreciar tanto el valor del apoyo físico como el del moral.

Hollister le dijo quiénes éramos y cómo habíamos llegado.

—Pero ahora —terminó con agudeza—, cuéntenos la historia de ustedes.

Finch aspiró ruidosamente.

—¡Ahí abajo la cosa es fantástica! Cavamos Un túnel. Llegamos a pocos metros de ellos. Luego hubo otro temblor, cayeron escombros y nos quedamos más lejos que nunca. ¡No debió haber ocurrido! Si Ignatieff y Berenson hubieran hecho lo que se les dijo...

—¡Por favor, orden cronológico! —la interrupción de Hollister fue como una ducha de agua fría—. Creo que podemos prescindir de lo accesorio.

Sé exactamente lo que experimentó Finch. Le vi los ojos tras su visor. La expresión en ellos era de cólera y dolor. Luego el dolor desapareció quedando sólo la irritación. Se puso rígido y comenzó a hablar con frases rápidas y cortas; y de pronto se me ocurrió que aquella dureza de Hollister podía ser una política deliberada... su modo de enfrentarse a los nervios destrozados.

—Yo era uno de los de la expedición salida de la cúpula el diecinueve de junio al mando de Gorotsky. Llegamos aquí y empezamos a utilizar el taladro petrolífero con resultados negativos. Luego Gorotsky nos envió a Leclers y a mí a investigar el origen de la nube que pende sobre esta cavidad. Hallamos rastros de aire y humedad, e informamos del hallazgo, Ignatieff se puso frenético de excitación. Dijo que era una prueba de que el suelo bajo el cráter era como un panal... algunas celdas o células llenas de aire y agua, otras de petróleo. El y Berenson instalaron el taladro donde ahora se encuentra. Antes de que Gorotsky pudiera detenerlos habían perforado hasta los 206 metros.

Finch hizo una pausa.

—Adelante —dijo Hollister.

—La perforación debió haber causado una fractura en la corteza lunar. O, más probable, amplió una ya antigua. Dentro del cráter se iniciaron pequeñas erupciones, seguidas algún tiempo después por una explosión al oeste... en algún lugar de la Cordillera Alpina, creo. Se suspendió la perforación, pero Ignatieff y Berenson lograron convencer a Gorotsky de que la expedición aún podría realizar un trabajo útil explorando la caverna esta. Parecía como si lo peor de las erupciones hubiera pasado y a pesar del peligro tengo que reconocer que Leclerc y yo teníamos interés en descubrir de dónde salía el aire. Sólo Hammerfeldt deseaba recoger las cosas y regresar a la cúpula. ¡Ojala le hubiéramos escuchado!

—Gorotsky era el jefe —dijo Hollister—. ¿Por qué se dejó convencer tan fácilmente?

—El desafío de este lugar fue demasiado para él.

—Entonces no sirve para jefe —saltó Hollister—. Pero, continúe.

—Hammerfeldt se quedó con el coche... ahí arriba, donde está ahora el jeep de ustedes. El resto de nosotros bajó, dejando esta cuerda por si nos perdíamos en un dédalo de galerías. En realidad, no hay pasajes secundarios

en absoluto; pero algunas de las agudas pendientes hicieron inservible la cuerda. Nos costó mucho tiempo llegar al fondo, pero cuando lo logramos hallamos una caverna, con agua y zonas verdes. Probamos si había aire y encontramos que sí lo había, pero de una densidad menos que la mitad al de la Tierra.

—¡Vaya! —exclamó Van Leyden—. ¡Entonces, yo tenía razón...!

—Ahorremos sus comentarios, profesor —de nuevo el tono gris en la voz de Hollister; de nuevo la dureza fría de acero—. Adelante, Finch. ¿Hallaron una caverna?

—Sí. Y vida. Plantas verdes que transforman en oxígeno el dióxido de carbono. Plantas verdes para hacer una atmósfera respirable para los animales.

Su voz comenzó a temblar. El brazo de Jock le apretó más los hombros.

Van Leyden musitó:

—¿Animales? ¿Qué es eso de los animales?

Finch carraspeó, el sonido fue un estrépito en mis auriculares.

—Nosotros... nosotros no lo sabíamos... entonces. Hicimos un completo examen de la caverna. El aíre entraba en ella desde alguna parte... ésa era da conclusión lógica. Así que buscamos una entrada y por último la encontramos.

—¿Sí? —dijo Hollister, más tranquilo ahora y más animado.

—Era una delgada fractura... un defecto en la roca. Por este tiempo estábamos todos tan excitados que cuando Ignatieff sugirió que nos abriéramos paso perforando, nadie se opuso. Y el que menos, Gorotsky, que había llegado a caer por completo bajo la influencia de su paisano. Utilizamos el taladro manual, turnándonos. Penetramos a través de una sólida masa de roca dentro del área de los escombros. Supongo que la presencia de aquellos escombros debía hacer nos puesto sobre aviso. Pero seguimos excavando... excavando y excavando hasta que perdí la noción del tiempo. Al fin hicimos una-galería de un metro cuadrado de sección y de quince metros de longitud. Gorotsky y yo nos quedamos donde estábamos, pero Ignatieff, Berenson y Leclerc atravesaron el hueco... entrando en otra caverna.

Finch tragó saliva y tomó una profunda bocanada de aire.

—Empezaron a describirnos lo que veían, utilizando las radios de sus cascos. Todo estaba oscuro como boca de lobo, nos dijo Berenson, pero llevaban linternas y las luces de sus cascos. Estaba de pie en una repisa roquiza por encima de lo que parecía ser agua profunda. Ignatieff gritó que había localizado un banco de tierra, con plantas creciendo. Y también había visto una veta de petróleo. Leclerc nos informó que había estado probando la densidad de la atmósfera y que la halló aproximadamente similar a la de la Tierra.

”De pronto, mientras Berenson murmuraba algo acerca de una perturbación en el agua, se produjo un temblor agudo. Todo el lugar sufrió una serie de sacudidas. Los cascotes y escombros comenzaron a caer en nuestro túnel. Y cuando ya estaba casi por completo bloqueado, oímos la voz



de Berenson gritando: “¡Bestias! ¡Grandes bestias! ¡Como plesiosauros!”.

CAPITULO XV
EN LAS PROFUNDIDADES

Bestias... como plesiosauros. Las bestias de placer. De modo que eso era lo que Nicolson había tratado de decirnos, sus palabras se confundieron al cruzar el espacio.

Van Leyden, Jock y yo nos quedamos mudos, impresionados por la historia de tres hombres atrapados en una pesadilla. Pero exteriormente Hollister permanecía impasible. Siguió insistiendo en un “orden cronológico”.

—¿Qué pasó después de eso? —dijo Finch.

—Gorotsky y yo comenzamos a excavar a través de los cascotes, de nuevo... por turnos, utilizando el taladro y nuestras manos enguantadas. Limpiamos e1 túnel en una extensión de unos diez metros. Entonces nos tropezamos con roca sólida.

Pero mira eso —exclamó Jock—, vosotros cruzasteis también la primera vez. Quiere decir...

El temblor había derrumbado una gran masa de rocas de la base lunar. Tratamos de excavar un camino en su torno, pero pronto resultó ser algo desesperanzador, Gorotsky tenía un sismógrafo de bolsillo... lo utilizamos en nuestra búsqueda de petróleo. Demostró que la roca tenía un grosor de unos ocho metros.

—¿Qué hay de Ignatieff, Berenson y Leclerc? —pregunté—. ¿Se mantuvieron en contacto con ellos?

—Una o dos veces oímos susurros por los auriculares. Como ustedes saben, la radio de los cascos puede emitir hasta una distancia de treinta metros, pero las ondas sonoras no siempre se comportan como uno espera... especialmente cuando hay roca sólida de por medio. Sin embargo, esos susurros nos convencieron de que los otros vivían todavía. Comenzamos a taladrar el subsuelo lunar con nuestro taladro.

Se detuvo. Vi cómo abría y cerraba las manos crispadas y advertí que sus maltrechos guantes estaban sucios de barro. Hollister tuvo que presionarle de nuevo con áspera insistencia.

—¡Era... era un trabajo lento... increíblemente lento! —Continuó por fin—. Al cabo de seis horas sólo habíamos penetrado treinta centímetros. Después ocurrió otro temblor. Piedras y escombros se derrumbaron sobre nosotros. A mí no me pasó nada pero Gorotsky se quedó clavado bajo un peñasco. La pierna rota.

Finch comenzó a apresurarse ahora, las palabras amontonándose tina con otra.

—Limpié el túnel... trabajando hacia atrás... y saqué a Gorotsky. Yo estaba agotado, física y mentalmente, y decidí pedir auxilio. Coloqué a Gorotsky lo más cómodo que pude, luego trepé hasta aquí y le dije a Hammerfeldt que tomase su coche y regresase a la cúpula. Cuando llegaron Nicolson y los

demás, dejaron los vehículos cerca de la torre de perforación por si acaso sufrían daño debido a las piedras lanzadas por las erupciones... y caminaron el resto del camino. Trajeron equipo de perforación y más taladros manuales.

—Vinieron todos sus compañeros. ¿Por qué? —preguntó Hollister.

—No... no estoy seguro. Habíamos comenzado a odiarnos mutuamente. Siempre juntos en este condenado silencio. Pero ante el peligro... ante la muerte inminente de tres de nosotros... volvimos a ser camaradas. ¿Puede usted... puede usted entenderlo?

Yo lo entendía. Lo mismo, estoy seguro, lo entendieron Jock y Van Leyden, porque nos encontramos en situación similar en nuestra última visita a Hesikos.

No sabía lo que opinaría Hollister. Todo lo que dijo fue;

—¿Y desde entonces han estado ustedes tratando de abrirse paso a la caverna interior?

—Sí. Cuando Nicolson se dio cuenta de lo difícil que iba a ser, volvió hasta arriba v utilizó uno de los aparatos de radio de reconocimiento para enviar una serie de mensajes a la Tierra, aunque no tenía mucha esperanza de que fueran oídos.

—¿Cuál es la posición ahora? —preguntó Hollister.

—Estamos a nueve décimas del camino total... de un pasaje de un metro cuadrado. Pero de cuando en cuando se produce otro temblor y se pierde bastante trabajo por la caída de escombros. Kennedy tiene el brazo izquierdo roto y Ranjit Singh lesiones, así que Sedibe debe cuidar a tres pacientes. Pero lo peor de todo es... que nuestras reservas de oxígeno líquido están a punto de acabarse.

—Hemos traído cilindros de recambio —le dijo Hollister.

—¿De veras?

—Sí... bastantes para otros tres días.

—¡Gracias a Dios! Si... si no los hubiesen traído, nos hubiéramos visto obligados a abandonar dentro de las pocas horas siguientes y volver a la cúpula.

Por fin la situación quedaba clara —por lo menos en su aspecto físico— y Hollister no perdió más tiempo. Ordenó que Jock y yo recogiésemos los cilindros de oxígeno del jeep y advirtiésemos a Volotoff para que estuviese alerta. Cuando llegásemos abajo avisaría a Nicolson que mandase a los hombres heridos de regreso a la cúpula, junto con Takoma Sedibe para que los cuidase y a Ling Ho para que siguiese con su reparación del transmisor principal. Quedó entendido que Volotoff conduciría el vehículo.

Trajimos 1os cilindros y más pasadores y cuerdas. También llevábamos las armas colgadas en bandolera, parecíamos árboles de Navidad futuristas.

Me di cuenta de que Jock sonreía y, no por primera vez, envidié su poder de evasión. El dispositivo original, por el que él v Van Leyden iban a permanecer en la superficie, había sido ahora abandonado, de modo que podrían ayudarnos a evacuarlos heridos. Esto le hacía por completo feliz. Iba

a ver cosas con sus propios ojos... la más profunda alegría para un buen periodista.

Finch abrió la marcha, deslizando una mano a lo largo de la original cuerda de nylon. Jock y yo le seguimos muy cerca, detrás. Hollister había preparado otra cuerda a lo largo del lado opuesto del túnel y él y van Leyden la utilizaron como ayuda a su descenso.

Hablamos poco. Después de unos veinte metros el suelo caía con tanta pendiente que sin las cuerdas hubiésemos encontrado dificultad en mantenernos en pie. Piedras sueltas resbalaban por debajo nuestro, revelando una base de roca rasgada.

Nuestras cinco luces de los cascos formaban un chorro considerable de luminosidad, delante. Revelaba más y más humedad en el túnel 3 al poco rato vimos gotas de agua cayendo y deslizándose a lo largo del suelo. Ellas tendían a hacer la marcha incluso más resbaladiza y traicionera.

Algo también empezó a ocurrir. Mientras el aire más denso nos oprimía por todas partes, se hizo progresivamente más difícil el moverse. En las escarpadas esquinas cuando teníamos que forzar nuestro paso a través de aberturas estrechas, me encontré i ideando como un corredor de largas distancias. En Lis zonas a nivel las suelas de plomo de nuestras botas eran como masas pesadísimas, haciéndonos tropezar y que nos doliesen los músculos de las piernas. Me di cuenta de lo duro que tenía que ser trepar hasta arriba por el túnel.

La temperatura cayó agudamente, también, y tuvimos que ajustar los conmutadores caloríficos de nuestras cinturas.

No sé cuán lejos bajó el túnel. Resbalamos y nos hundimos, sin decir nada, reservando nuestras energías. Traté de no pensar en lo que podíamos encontrar en la caverna interior si es que llegábamos a abrirnos paso hasta ella. Entonces —incluso en esta región subterránea en donde el calor del sol no podía nunca penetrar— la temperatura empezó a alzarse y de nuevo tuvimos que hacer otro ajuste en la calefacción. El termómetro de muñeca de Hollister marcó 27 grados centígrados, lo que me recordó los Kew Gardens, a las afueras de Londres. La última vez que estuve allí, el gran termómetro marcaba lo mismo.

Finch nos había prevenido acerca del calor inesperado y, a pesar de que no lo discutimos, estaba yo bastante seguro acerca de la causa. Cerca —probablemente debajo de nosotros— debían existir celdas o células llenas de lava fundente: la lava salía a la superficie cuando las ondas de los seísmos fracturaban las particiones entre ellas.

Nuestros trajes se convirtieron en una penosa carga... casi tan penosa como lo hubieran sido en la Tierra. Pero no era cuestión de que nos despojásemos de ellos, porque aquella atmósfera tal y como existía era demasiado tenue. Quizás ponzoñosa, también, porque el gas al mismo tiempo que el aire podía estar filtrándose desde abajo. Aguantamos lo mejor que pudimos.

Por último, el túnel se niveló. Decir que yo me hallaba excitado es una

perogrullada. Mi cerebro, ligado por las cuerdas de emociones diversas, estaba tan torpe como mi cuerpo. Pero en su confusión se hacía un pensamiento constante y una clara imagen: el pensamiento que odiaba yo a este mundo salvaje de la Luna, y la imagen de tres hombres retrocediendo aterrorizados a la vista de enormes bestias que avanzaban hacia ellos.

De pronto las luces de nuestros cascos recogieron el brillo del agua —una película ondulante cubriendo el fondo de la alta caverna. En torno a sus bordes corría una masa verde... verde de plantas vivas. Me parecieron una especie de musgo.

Finch dijo:

—Ya no estamos lejos. Hacia la derecha.

Nuestras botas salpicaron en el agua después de las cálidas y áridas llanuras de la superficie; aquello era casi increíble. Pero aunque tuviese cierta cualidad terrestre, no me produjo consuelo. Ya había empezado a pensar en lo que podría ocurrir si otro temblor de tierra bloqueaba el túnel.

Luego unas voces comenzaron a susurrar en nuestros auriculares. Se hicieron más altas. Y en la charca de luz de nuestros cascos apareció un hombre vistiendo traje espacial... tambaleándose, agitando los brazos en nuestra dirección.

Finch llamó:

—Su mensaje llegó a destino, señor. Han venido.

Yo había visto y oído al brigadier Nicolson en televisión. Le recordaba como corpulento, rostro ancho, con grueso bigote y ojos agudos y llenos de humor. Su voz había sido la de un canadiense criado al aire libre, clara y decisiva, con una calidad melodiosa no distinta a la de Hollister. Pero ahora miré por su visor y vi un rostro que estaba pálido y ajado; y la voz que recogió mi radio era muy débil y temblorosa.

La vida en la Luna, culminando en estas crisis de vida o muerte, había cobrado su tributo en el comandante de la primera expedición.

Finch les dijo quiénes éramos. Tras él, en las sombras, vi a tres hombres apoyados contra la resbaladiza pared, oíros dos sentados cerca, con las manos crispadas en torno a sus rodillas. Más allá y por encima de este grupo había un agujero en la roca.

Nicolson cogió la mano derecha de Hollister con las dos suyas.

—¡Usted! ¡Gracias al cielo! Estábamos... estábamos casi a punto de morir.

Hollister era por lo menos palmo y medio más bajo, pero tenía la espalda recta y sus palabras tuvieron una influencia revividora, como un aliento de frío aíre nocturno a un hombre que sale del calor tórrido de un horno.

—Yo me haré cargo. Primero sugiero que ustedes envíen de regreso a la cúpula a los heridos.

En pocos momentos tuvo la operación organizada por completo.

El grupo de rescate de Nicolson había traído cierto número de tablas de madera para utilizarlas en el entibado del túnel. Unas cuantos fueron convertidas en camillas. Gorotsky se instaló en una y transportado por el

doctor Takoma Sedibe y Ling Ho, el último había sido convocado urgentemente desde la boca del túnel en la pared rocosa. Ranjit Singh, en cierto modo recuperado, pero muy débil después de sus lesiones, fue llevado en la otra por Van Leyden y Jock. Kennedy, el americano aficionado al ajedrez, tenía un brazo roto; pero era duro y decidido e insistió en caminar.

No envidié la ascensión de los camilleros, pero ellos la encararon con buenos ánimos, espoleados por el aire de confianza de Hollister. Ling Ho recibió órdenes para que reparase el trasmisor de la cúpula lo antes posible y se pusiese en contacto con la Comisión Lunar. Sedibe apenas habló. Según los informes, era un médico excelente, pero creo que los miedos asentarles habían empezado a obsesionarle. Cuando se alejó le oí musitar palabras en lo que tomé por su lengua natal.

¿Exorcismos?, me pregunté. Habiendo visto la pérdida de confianza en Nicolson y Finch —y dándome cuenta de que algo similar influía sobre mí— comenzaba a comprender que la Luna tenía un efecto más peligroso sobre el alma del hombre que sobre sus fuerzas físicas.

Subieron por la galería, las luces de los cascos oscilando mientras se tambaleaban en la pendiente.

Hice una lista mental de los que quedaban detrás. En la caverna interior... Ignatieff, Berenson y Leclerc. Abriendo un túnel en la roca del subsuelo lunar... Alonso Miguel, de Brasil, que había ocupado el puesto de Ling Ho y el alemán, Wilhelm Hammerfeldt. En la caverna principal... Nicolson y Hollister, Finch y yo.

Hollister dijo:

—Usted y sus hombres están cansados, brigadier. Grant y yo nos ocuparemos de todo lo concerniente a los taladros manuales.

—Gracias —respondió Nicolson, -con los párpados cerrándose de cansancio.

—Mientras tanto, usted y Finch será mejor que cambien sus cilindros de oxígeno.

—Muy bien —se alejó, los hombros caídos de manera poco marcial.

Finch cogió el brazo de Hollister.

—¿Cree que todavía están vivos?

—¿Cuánto tiempo están atrapados? Casi unos tres días, ¿verdad?

—Setenta y cinco horas.

—¿Llevaban alimentos en tabletas dentro de los cascos... y agua que beber?

—Sí.

—Aunque puede que hayan gastado su oxígeno, eso no es necesariamente grave. Usted nos dijo que Leclerc había hallado que el aire de la caverna era similar al de la Tierra.

—Lo sé. ¡Pero... pero los animales, Hollister! ¡Los plesiosauros!

—Tengo mis dudas acerca de esos animales. Pudo haber sido un engaño de la luz... rocas emergiendo del agua a impulsos del temblor...

—¡El los vio! —Exclamó Finch—, ¡Sé que los vio! Berenson puede ser rápido e impulsivo, como Ignatieff, pero es un científico... un observador de confianza

—Ha estado mucho tiempo en Ja Luna, bajo una tensión continua, como todos ustedes. En ese momento estaría cansado, excitado...

—Sé lo que está pensando. ¡Pero no es verdad! ¡Berenson no es un hombre que se imagine cosas...! en ninguna de las circunstancias posibles.

Hollister le tranquilizó.

—A pesar de todo, creo que hay una posibilidad de que sus compañeros estén todavía vivos. Una posibilidad clara —palmeó el brazo del otro, luego señaló a Nicolson, apoyado contra la pared a pocos metros de distancia. Dijo —: El brigadier está agotado, ¿verdad?

—Sí —con un esfuerzo Finch se reanimó—. Ha hecho doble trabajo que cualquiera de nosotros. Además, tampoco ha dormido.

—Entonces vaya y ayúdele. Reemplace el cilindro de oxígeno, ya gastado, por otro. Póngase usted también uno. Grant y yo haremos que vuelvan Migue; y Hammerfeldt. Seguiremos nosotros adelante con el perforador durante las siguientes pocas horas para que todos ustedes puedan descansar algo.

Mientras hablaba, un temblor recorrió el suelo. Pero la erupción que lo había causado debió de ser pequeña y distante, porque no produjo ningún daño al túnel

CAPITULO XVI
ABRIRSE CAMINO

Encontramos a Miguel y Hammerfeldt trabajando en el estrecho túnel excavado en la roca del subsuelo básico lunar. Miguel manejaba el taladro, Hammerfeldt apartaba los escombros y cascotes. Hollister explicó la situación.

Ambos no parecieron ganosos de parar. Según el sismógrafo, sólo quedaban unos cuarenta v cinco centímetros que perforar y era evidente que querían estar presentes cuando por último quedara abierto el camino a la caverna interior. Pero Hollister les convenció de que en bien de sus camaradas era mejor que se hicieran cargo del trabajo operadores descansados, para que la tarea se realizara a mayor velocidad.

Eran hombres fuertes, física y mentalmente, v quizá menos afectados que cualquiera de los otros por sus experiencias en la Luna. Hammerfeldt hablaba muy poco, pero pude notar que poseía considerables reservas de coraje. La forma de hablar de Miguel era tan rápida y penetrante como su mente, pero en su caso también tuve la impresión de que era persona digna de depositarse en ella la confianza, en caso de crisis.

—Por favor, llámenos dentro de seis horas —dijo Hammerfeldt—. Para ese tiempo ya casi habrán terminado.

Hollister asintió.

Miguel intervino:

—Recuerden una cosa... las baterías de ambos taladros están ya bajas. Sin embargo, durarán unas cuantas horas, creo; pero deben utilizarlas con economía. Alternativamente, para que ninguna de 1as dos se recaliente.

Pasaron junto a nosotros en la parte más amplia del túnel, inmediatamente detrás de la masa de roca.

—Adiós, amigos míos —dijo Miguel—. ¡Buena suerte!

Desaparecieron a nuestras espaldas.

Hollister reptó dentro de la abertura en la roca. Le seguí. Había dejado mi Sterling en la caverna principal, pero por alguna razón él llevaba el suyo colgado de los hombros. Rascaba contra los lados del túnel y le aconsejé que se despojara de arma. Ignoró mi consejo.

Por último encontramos los taladros. Hollister dijo:

—Empezaré yo, Jeremy. Usted limpie el terreno.

—Perfectamente.

—¿Se encuentra en condiciones?

—Sí.

—Eso está bien. Las próximas horas serán de prueba para nosotros.

Tenía razón.

Al principio la cosa no fue tan mal, porque no conocíamos la real dureza de la roca y tampoco la frustración de tratar de trabajar de prisa en un lugar

tan angosto. Pero tras la primera hora, yo creí haber llegado al límite de mi capacidad de sufrimiento. Recoger los pedazos de roca y empujarlos hacia atrás hasta la parte más amplia del túnel era una tarea de una dificultad casi increíble. Y mientras reptaba una y otra vez sobre mi estómago, con los músculos doloridos, la idea de que si se producía otro temblor podríamos quedar atrapados para siempre en aquel estrecho agujero, se me convertía en una obsesión. El esfuerzo para acallar este temor, aquella sensación de claustrofobia, era tan fatigoso como el esfuerzo físico.

Creo que Hollister llegó a saberlo. Me dijo que me hiciera cargo del taladro y se arrastró hacia atrás para hacer el trabajo de bestia de carga.

Una hora perforando. Una hora limpiando los escombros. Ése fue el sistema.

Durante mi segundo tumo con el taladro percibimos un ligero temblor, pero aparte de que cayeron unas cuantas piedras en la parte entibada del túnel, nada más ocurrió. Cuando terminó el seísmo, traté de relajar mis músculos contraídos por el miedo, pero la rigidez se convirtió de súbito en un calambre. Permanecí allí tumbado, agarrado al taladro, sin hacerlo funcionar, mientras que el dolor parecía producido por tenazas que me arrancaran a trozos los músculos de las piernas. Musité una plegaria para tener valor y proseguir.

Hollister saltó de pronto en mis auriculares:

—¡No sea gallina, muchacho! ¡Siga trabajando!

El espasmo cesó. Empecé a perforar otra vez.

En aquel momento odiaba a Hollister. Estaba seguro de que ninguna simpatía humana lograría hacerle desviar nunca del propósito que se hubiera fijado. Seguí rumiando mentalmente todas las ofensas y rencores que tenía contra él: su indelicada crítica que me hizo tras el accidente al borde del cráter; la manera dura de tratar a Finch: su aparente falta de respeto y amor por cualquiera de sus amigos o compañeros.

Lo bastante raro, este ejercicio en el odio me ayudó a olvidar no sólo mi cansancio sino también mi miedo de que el túnel se derrumbara en torno nuestro. Trabajé con malévola velocidad, como si atacara a Hollister en lugar de las entrañas lunares. Y con el tiempo, al morir mi cólera, empecé a preguntarme si él había imaginado cuál iba a ser mi reacción ante sus palabras lacerantes.

Casi habían pasado cinco horas y media cuando un segundo temblor sacudió el túnel. De nuevo fue leve y en apariencia insignificante, y yo ni siquiera dejé de perforar. Pero la sacudida debió proyectarme contra el taladro. Inesperadamente atravesó limpio la roca.

Saqué la broca colocando la mano sobre el agujero noté una sólida irrupción de aire.

—¡Hollister! —grité—. ¡Hollister... hemos abierto el agujero!

Se arrastró a mi lado. A través de la radio llamó:

—¡Ignatieff! ¿Están ahí? ¡Berenson! ¡Leclerc! ¿Pueden oírme?

No hubo respuesta.

Volvió a llamar. Aún sin respuesta.

Tomó el otro taladro y empezó a» trabajar a mi lado, dejando que los fragmentos de roca cayeran donde quisiesen. Pronto, un montoncito de esquirlas crujió bajo nuestras rodillas, como una arena gruesa en la playa.

Para entonces yo me había olvidado del cansancio y del terror. Todos mis pensamientos se concentraban en la caverna interior. ¿Estarían vivos los hombres allí atrapados? Si era así, ¿por qué no habían respondido a las llamadas de Hollister?

Luego un trozo grande de roca cedió, dejando una abertura de más de medio metro de diámetro. Al ser pequeño, Hollister no tuvo dificultad en pasar, pero mis hombros se quedaron atascados en los costados y durante un segundo forcejeé presa del pánico, temeroso de que me dejase allí. Debí haber sido más cuidadoso para no dañar mi traje espacial; pero en aquel momento no se me ocurrió tal posibilidad.

Por último, sin embargo, logré entrar, quedando de pie junto a Hollister en una plana repisa de roca. Las luces de nuestros cascos se posaron en una zona de agua tranquila. Inmediatamente debajo de nosotros en la orilla del lago subterráneo, había una ribera alta. Sobre ella crecía una espesa vegetación, parecía hierba.

Hollister consultó su termómetro de pulsera. La temperatura era de 41 grados centígrados. Sacó un calibrador atmosférico del bolsillo de la pernera de su traje y lo estudió.

—Leclerc tenía razón —dijo por último—. Esta atmósfera tiene una densidad aproximadamente: similar a la de la tierra. Su contenido de dióxido de carbono es muy alto, pero calculo que respirable... por lo menos durante algún tiempo. Esas plantas mantienen el aire bastante fresco, absorbiendo el dióxido de carbono y exhalando oxígeno puro. Pero... me pregunto...

—¿Qué quiere decir?

—¿Será inofensivo este aire para los humanos? Al correr los años... puesto que el contenido de dióxido de carbono puede gradualmente hacerse más pronunciado... las criaturas vivientes es posible que se hayan adaptado a este carácter mutable. Pero los humanos... todos sus órganos están afinados para un tipo de aire terrestre... pueden encontrar esta atmósfera letal...

Sabía lo que estaba pensando; pero antes de que pudiese hacerle un sólo comentario, prosiguió:

—Cuando Ignatieff, Berenson y Leclerc se encontraron atrapados aquí, ¿cuáles serían sus reacciones?

—Habrán tratado de ponerse en contacto con los demás por radio, pero al ver que era inútil probablemente deducirían que Finch y compañía habían muerto, sepultados al desplomarse la caverna principal. Entonces se dedicarían a explorar con la esperanza de hallar otra salida.

—Creo que sí.

—También puede que la hayan hallado.

—Es posible. Pero es más probable que no, porque... hasta ahora... parece

que de esta caverna ha escapado muy poco aire —se detuvo como para pensar. Continuó—: Al cabo de un día o dos, cuando el oxígeno de los cilindros empezara a agotarse, han debido arriesgarse a quitarse los cascos. Al principio encontrarían que la atmósfera era bastante agradable, aunque húmeda; pero luego... casi de manera imperceptible... la presencia de tanto dióxido de carbono les causaría una sofocación gradual.

—En ese caso, puede que ahora estén inconscientes... quizá muertos...

—Depende del tiempo que haga que se hayan despojado de los cascos.

Por una vez parecía ansioso. Hasta ahora ninguno de nosotros había hecho mención a las “bestias” de Berenson, pero ellas permanecían como una nube borrosa en mis pensamientos y creo que también Hollister se acordaba de ellas. Pero evitamos traducir a palabras la posibilidad de que Ignatieff y sus compañeros hubieran sido atacados y muertos.

—Tenemos que buscar —dijo ceñudo. Y añadió—: Pero primero será mejor que avisemos a Nicolson.

Regresó a la abertura de la roca.

—Hollister llamando a Nicolson. Hollister llamando a Nicolson. ¿Puede usted oírme?

Por los auriculares oí la respuesta como un susurro:

—Nicolson llamando. Le oigo.

—Nos hemos abierto camino. Estamos ahora en la caverna interior, pero no vemos a sus compañeros. Grant y yo vamos a realizar una inspección concienzuda. ¿Desea colaborar?

—Iré yo también. Con Van Leyden y MacDonald, que han vuelto con nosotros hace algún rato.

—Bien. Tráiganse cilindros de oxígeno de repuesto.

Hubo una rápida confusión de voces.

Al cabo de un tiempo, Nicolson dijo:

—Hammerfeldt, Miguel y Finch me dicen que también quieren venir. Pero aún están cansados y creo que es mejor que se queden a la espera.

—De acuerdo. A propósito, un aviso. Cuando entren aquí no se dejen tentar ante la perspectiva de poderse quitar el casco. Puede que la atmósfera sea peligrosa.

Entonces saltó la voz de Jock:

—¡Ha dicho atmósfera! ¿Qué hay le las “bestias de placer»?

E inmediatamente, por encima de él, la excitada exclamación de Van Leyden:

—¡De modo que es cierto! ¡Mi teoría de la “célula hinchada” ha quedado demostrada...!

—¡Hasta la última línea! —Le espetó Hollister—. Pero ahora tenemos un problema más importante que considerar... el problema de las vidas humanas —volviéndose a mí, me dijo—: Vamos, Jeremy. Estamos perdiendo el tiempo.

Caminamos a lo largo de la repisa rocosa, las voces aun murmurando en

mis auriculares mientras nuestros amigos de la caverna principal continuaban hablando entre sí. Pero tenía un nuevo pensamiento que digerir. ¿Por qué, de repente, se había convertido Hollister en un individuo más normal, con inquietud, con ansiedad respecto a la suerte que hubieran podido correr sus semejantes?

Las luces de nuestros cascos danzaban delante en una zona más amplia de verde y en el agua, inmóvil y opaca, más allá.

A unos diez metros a nuestra derecha estaban las húmedas paredes de la caverna; pero el techo debía quedar a mucha distancia por encima de nosotros, porque cuando alcé la vista, el rayo de mi casco sólo iluminó la vacía oscuridad.

La margen del lago se curvaba a la izquierda y seguimos dicha curvatura, pisando una alfombra de plantas verdes. No puedo comparar aquellas plantas con ningunas de las de la tierra.

Parecían hierba, pero sus tallos tenían una fragilidad transparente que jamás había visto con anterioridad.

De pronto, Hollister se detuvo, mirando al suelo.

—¿Advierte algo? —dijo.

Vi en seguida a lo que se refería. Una amplia faja de vegetación estaba arrancada, casi desnuda. Me recordó un prado cerca de Dounreay, parte del cual había sido cerrado con alambre espinoso para que pastara el ganado.

Entonces advertí otra cosa más... el casco de un traje espacial yacía sobre la orilla...

Y mientras Hollister se apresuraba a recogerlo, una onda larga y lenta del lago saltó contra mis pies.

CAPITULO XVII
FORMAS EN LA CAVERNA

Hallé que las manos me temblaban. Un sudor salado corría por mi frente, cruzaba mis mejillas y penetraba en mi boca.

Balanceando el casco en la mano, Hollister dijo prosaicamente:

—Después de todo, nuestra teoría puede ser correcta.

Avanzó hacia adelante, portando el casco. Le seguí tratando de ignorar los pensamientos que me martilleaban el cerebro.

Nuestras luces destellaron en el agua. Vi retazos iridiscentes de aceite, pero ya ninguna onda más.

Al poco, a nuestra derecha, vimos una abertura en la pared rocosa... una caverna dentro de otra caverna. Subimos por la ribera presurosos. Y cuando nos acercamos más y las luces incidieron en el corredor cubierto de líquenes, percibimos en el suelo una abultada masa inerte.

Mi corazón latía con fuerza.

Entonces me di cuenta de que se trataba del cuerpo de un hombre, doblado hacia arriba y descansando sobre su costado.

Nos arrodillamos a su lado. No llevaba casco y por las fotografías de los periódicos que de él había visto reconocí que era el ruso Ignatieff.

Su rostro, duro y lleno de surcos, estaba descompuesto y tintado en rojo. Pero aunque inconsciente todavía estaba vivo, porque su pecho subía y bajaba en una lenta agonía.

—Si colocamos en su traje un nuevo cilindro de oxígeno y le volvemos a colocar el casco, deberá vivir —dijo Hollister—. Llame a los demás. Ya deberían estar aquí en estos momentos.

Corrí por la verde ribera del lago, llamando por la radio. Nicolson me respondió en seguida y pronto la luz de mi casco dio sobre él cuando salía del túnel, seguido por Van Leyden y Jock.

Cada uno portaba un cilindro de oxígeno líquido.

Les conduje hacia la otra cueva. Mientras corríamos, tambaleando en la resbaladiza vegetación, les conté lo de Ignatieff.

—¿Y los otros? —preguntó Jock jadeando.

—No lo sé. Puede que también estén allí... dentro de la cueva. Creo que pudieron pensar que podría conducirles a una salida.

Tres hombres, atrapados y desesperados. Me imaginé su existencia durante los pasados tres días.

Buscando a orillas del lago hora tras hora, tambaleándose en la oscuridad y aterrorizados por lo que pudieran ver al minuto siguiente, escrutando cada hendidura en la pared de la caverna. Buscando en vano, con el oxígeno de sus trajes agotándose; volviendo a la caverna primera como última esperanza y hallando alivio al quitarse los cascos.

Buscando de nuevo en la cueva interior, sintiéndose bien al principio y

mucho más optimistas. Buscando con creciente ansiedad hasta que el veneno del aire acabó por último emborronando tanto el optimismo como la razón.

Las áridas llanuras sin aire de polvo volcánico en la superficie. Las celdas o células de petróleo y lava fundida de debajo del suelo... celdas capaces de estallar cuando la presión se hiciera demasiado fuerte. Las cavernas que habíamos descubierto prometiendo aire y vida, pero demostrando al final que la Luna no ofrecía refugio posible para la frágil humanidad.

Pensamientos e imágenes revoloteaban en mi mente como un caleidoscopio. Confusas, incoherentes, eran plena evidencia de que mi cerebro estaba tan exhausto como mi cuerpo. Pero, recurriendo al refrán de una canción popular, la idea que una y otra vez volvía a mi mente, siguiendo una pauta fija, era el que en cualquier momento se produciría otro temblor.

Llegamos a la caverna.

Hollister dijo:

—Los otros están aquí... unos cuantos metros más adentro, ambos inconscientes. Dense prisa con el oxígeno.

Ni col son atendió a Ignatieff. Hollister y Van Ley-den se ocuparon del rubio Berenson. Jock y yo nos arrodillamos junto al francés Leclerc —un hombrecillo joven y de rostro vigoroso— y al cabo de un minuto o dos habíamos sustituido su cilindro vacío de oxígeno por uno nuevo, volviéndole a ajustar el casco, que, con el de Berenson, Hollister había encontrado cerca.

Al cabo de tiempo, con la respiración más tranquila, Ignatieff murmuró algo en ruso que no pudimos entender. Pero de todos modos era aquello una promesa de una pronta recuperación de su plena consciencia.

Hollister dijo:

—Será mejor que los saquemos en seguida. Hammerfeldt puede traer uno de los coches y llevárselos a la cúpula. Necesitarán los cuidados de Sedibe.

Entre nosotros los transportamos a la brecha que habíamos abierto para penetrar en la caverna del lago. Entonces comenzó la dificultosa operación de hacerlos pasar por el estrecho agujero.

Nicolson pasó primero, con Ignatieff, luego iba van Leyden con Berenson y, por último, Jock con Leclerc. Hollister y yo portábamos los aperos y la impedimenta.

Permanecimos allí ante la abertura, escuchando la descripción que hacían los otros de su paso por el túnel. Una vez pareció como si Van Leyden se derrumbara desmoralizado. Oí su voz en mis auriculares.

—Los hombros de Berenson... son demasiado amplios. No puedo moverle. ¡Estoy... estoy acabado, Hollister!

—¡Anímese, hombre! ¡Trate de no ser infantil!

Hubo un silencio. Luego oímos la voz del profesor, extrañamente tranquila;

—Lo estoy moviendo. Ya me encuentro mejor.

Fue Jock quien informó que todos habían llegado a la caverna principal Sus palabras sonaban inseguras, pero aún se permitió una débil broma:

—La primera edición está en prensa, Jeremy. Daos prisa con el final

Hollister atajó:

—¿Puede oírme? Nicolson?

—Le oigo.

—Mande a Hammerfeldt por el coche inmediatamente.

—Ya ha ido.

—Bien. Puede que a usted y a los demás les guste descansar un momento. Grant y yo vamos a pasar. Les ayudaremos a transportar los heridos.

De pronto el suelo sufrió una sacudida. El lago entró en ebullición y un fuerte resplandor iluminó todos los rincones de la caverna.

Del agua se alzaron nubes de vapor y en sus profundidades vi formas enormes e inconcebibles. Formas con cuerpos medio sumergidos y cuellos largos, como serpientes curvándose en donde terminaban con una cabeza pequeña cuyas quijadas estaban abiertas.

Las formas, se precipitaban contra nosotros. Aunque impresionado y aterrorizado, comprendí porqué.

Tratando de escapar del torbellino, por instinto habían localizado la única salida, ignorando el hecho de que sólo sus cabezas y cuellos podrían pasar por el túnel demasiado pequeño para permitir que se introdujeran sus gigantescos cuerpos.

Otra vez la caverna retembló.

Hollister gritó con energía;

—¡Salga, Jeremy! ¡Salga!

Dudé. A pesar de su valor, parecía un ser pequeño, frágil, solitario.

—¡No sea estúpido! —vociferó—. ¡Salga! ¡Que salgan también, los otros!

Me metí en el túnel.

La última vez que le vi avanzaba hacia los plesiosauros, disparando sin cesar los proyectiles de su Sterling.

Pasé reptando por el tembloroso túnel del subsuelo lunar.

En la cueva principal encontré a los otros. El lugar oscilaba cuando entramos en la galería portando a los heridos. Piedras cayendo y ráfagas de vapor nos perseguían.

Por último nos vimos en terreno descubierto, trepando en el coche de Hammerfeldt.

Una brillante llamarada salió de la galería. Las losas de la cavidad se combaron, saliendo despedidas como si hombros gigantescos las hubieran empujado desde abajo.

—¡En marcha! —gritó Nicolson, recobrando la fuerza de mando temporalmente perdida en su amarga lucha contra la Luna.

Mientras cruzábamos la agrietada corteza lunar, una columna de vapor y lava saltó hacia el cielo. Pero en el mismo instante la cavidad cedió, hundiéndose y tapando la erupción casi al momento de haber nacido.

Apenas reparé en ello. Estaba pencando en Hollister aquel hombre frío y calculador, que al fin había dado su vida para que yo pudiera salvar la mía y

ayudar a los demás.

El coche siguió rodando hacia los silenciosos baluartes de Platón. Cerré los ojos, pero las lágrimas escaparon y corrieron por mis mejillas.

NOTA

Por el profesor Van Leyden

Nunca se ha establecido de manera definitiva si las criaturas de la caverna fueran plesiosauros; y ciertos críticos —incluyendo ese idiota de Alfredo Tartelli— han sugerido que eran, de hecho, creaciones de la supercansada imaginación de Jeremy. Creo que las “bestias de placer” existieron, porque con mis propios ojos vi las crecidas plantas que no sólo les suministrarían alimento, sino también mantendrían una atmósfera respirable para ellas. Asimismo creo que eran plesiosauros. En tal caso, la fecha de la separación de la Luna de su atmósfera puede situarse en algo más de 150.000,000 años, porque fue entonces, en el período Jurásico, cuando vivieron los plesiosauros en los pantanos de la tierra y los trilobites iguales a aquellos que estaban fosilizados en la roca lunar existieron precariamente ya a las orillas del océano.

LA RESPUESTA DE BUBY

Angus MacVicar

PARTE PRIMERA
EL ULTIMATUM

John C. Clark contemplaba en la pantalla de la televisión de su automóvil el telediario de la tarde mientras el coche, al pasar frente a la célula fotoeléctrica hizo abrir la puerta del garaje, frenándose después automáticamente a medio metro del fondo.

Cuando el corpulento senador Clark subía por el ascensor del garaje hasta el primer piso, parecía estar agotado, pero decidido.

La señora Clark le esperaba, advertida ya por el zumbador del garaje.

—¡Hola, John! —dijo, acercándose.

—¡Hola, Liban! ¿Y los niños?

—Están con Robie. Creo que les está enseñando un juego nuevo.

—Déjate de bromas. Ya sabes que no me gusta que les des tanta confianza a esos malditos robots. Algún día pueden lastimar a uno de los niños sin querer.

—Bueno, no te enfades y come algo. ¿Quieres que llame a los niños?

—No; tengo que hablar antes contigo.

—Hablaremos mientras tomas algo. Y no me digas que has vuelto a comer con el general Simpson.

—No. La verdad es que no nos hemos acordado. Pero no podría comer nada serio. Prepárame mejor Un whisky.

Se quedó contemplándola mientras ella pulsaba, los botones del bar automático, combinando su bebida. Le sorprendió ver que, al final, apretaba la palanca de repetición. ¿Es que ella iba a beber a estas horas un whisky tan cargado? ¿A santo de qué? Nunca lo hacía. ¿Nerviosa? Era una mujer tan tranquila, que ese capricho sólo podía ser debido a saber algo.

Respiró aliviado. Se iba a evitar muchas explicaciones.

—¿Lo sabes? —preguntó con suavidad.

—Sí.

—¿Qué piensas hacer?

—Te estaba esperando. ¿Qué vas a hacer tú?

El senador dio un respingo en la butaca. Era lo que le faltaba.

—Mira, Liban —dijo gravemente—. Lo que yo haga o deje de hacer no tiene importancia. Lo que tenemos que decidir es lo que vais a hacer tú y los niños. La señora Clark bebió un sorbo de su copa y se quedó mirándole fijamente.

—Lo que yo he de hacer está decidido —afirmó—. Sólo falta buscar un sitio para los niños. —Se acercó al senador y se sentó en el brazo de la butaca ocupada por éste—. Es inútil, querido; no pienso separarme de ti —dijo, despeinándole.

—Eso es ridículo. No pueden marcharse solos.

—Irán con Mary al rancho de mamá. En Argentina quizá puedan salvarse.

—Quizá.

—¿No será otra de tus falsas alarmas, John?

—No. El general Simpson está de acuerdo con mi comisión, y ya sabes lo difícil que es eso. Si damos otro paso atrás, el mundo, tal como nosotros lo entendemos, desaparecerá.

Lilian respondió amargamente:

—Y, si no lo dais, el mundo, se entienda como se entienda, perecerá.

—Tal vez, pero no hay tiempo para tratar de explicártelo todo. Sólo disponemos de unas horas. ¿Qué es lo que te han dicho?

Ella habló como si no le importara, como si estuviera contando cosas pasadas hacía mucho tiempo.

La señora Goddald había estado a despedirse de ella. Esa misma tarde se marchaba a Canberra en el avión cohete de las Líneas Australianas. Según el embajador, la situación era crítica. Tenía que irse hoy mismo para reunirse con él. Eleanor Goddald le había dicho que, en la pantalla, el rostro de su marido parecía el de un viejo cuando pronunció la frase convenida: “Mándame el traje de etiqueta”, y había añadido, innecesariamente: “Pronto”. Eleanor le había propuesto a Lilian que se marchara con ella. Así sus hijos podrían hacerle compañía a July Goddald.

—Gracias, pero no me fío de John. Es un conquistador —había respondido la señora Clark.

—Entonces, ¿te vas a quedar en Nueva York? ¿Por John?

—Tú te vas esta noche. ¿Por quién?

—No lo sé. Seguramente por mí. Soy tan cobarde. No me gustaría morir sola en medio de tanta, gente.

Y se habían besado

El senador asintió. Era muy propio de Eleanor hacer una invitación así sin contar con la aprobación) del marido de su mejor amiga.

—Bueno —dijo al fin—. Será mejor que llames-a Mary y a los niños. Supongo que ella no tendrá inconveniente en marcharse.

La señora Clark sonrió con tristeza.

—Ya sabes que mi hermana haría cualquier cosa por ellos, cuanto más, irse a Mendoza con mamá llevándose los sobrinos. Adora a los niños. Tanto que, a veces, hasta me siento un poco celosa.

Cuando Lilian y Mary entraron en el despacho, trayendo cada uno un niño -de la mano, el senador carraspeó valientemente antes de comunicarles a Joe y a Anthony la agradable noticia de que habrían de marcharse en seguida con tiíta Mary al aeródromo para pasar unas vacaciones en casa de abuela.

Pero no se atrevió a acompañarles cuando se marcharon en el coche. Tuvo que ir Lilian ya que su hermana sería incapaz de ajustar el piloto automático del automóvil para que éste regresase solo al garaje.

El senador, John C. Clark tenía cosas más importantes que hacer o, al menos, trataba así de justificar su negativa a acompañar a sus hijos al aeródromo. ¿Cómo contestar a esas preguntas inocentes de Joe, que, a sus

siete años, se extrañaba de estas inesperada-, vacaciones en pleno curso escolar? Lilian entendía mejor a sus hijos, lo mismo que Mary, y esto le avergonzaba ahora, cuando ya nada tenía remedio. ¿De qué podría servir mandar a los niños al rancho, de su abuela, allá a unos cuantos kilómetros de Mendoza? Si la guerra estallaba, y no veía posibilidades humanas de evitarla, la muerte de los niños seguiría a la suya y a la de Lilian en cuestión de algunos minutos, o de pocas semanas, tal vez dos meses. Quizá había hecho mal en apartarlos de su lado para evitarles así una muerte inmediata a cambio de otra lenta e inimaginable.

Ahuyentó sus pensamientos con, un rápido movimiento de la cabeza, se dirigió al telefonovisor, y pulsó el botón del Pentágono.

—Con el general Simpson -—dijo, cuando apareció en la pantalla el rostro familiar del oficial encargado de las comunicaciones reservadas.

Sabía que la llamada era inútil, que el trabajo del general Peter Simpson, de la Defensa Pasiva, estaba hecho desde hacía mucho tiempo y que ahora sólo tenía que poner en práctica lo que había costado, años de preparación y miles de millones de dólares.

Pero tenía que saberlo. Sólo le interesaba una palabra: “Ya”. Si Peter Simpson pronunciaba la palabra “ya” en esta conversación, es que había recibido la orden de evacuación de las grandes ciudades. Era el fin.

El rostro del general Simpson apareció en la pantalla, amistoso y bonachón, como siempre.

—¡Hola, John! —Dijo—, ¿está muy enfadada Lilian conmigo por haberte entretenido aquí?

—¡Hola!, Peter. ¿Cómo va la cosa? Aburrido. Acabo de hablar con tu secretaria. Me ha dicho que los niños se van con tu cuñada a: casa de tu suegra. Creo que no hacía falta todavía.

Á John le pareció, por el tono con que el general Simpson pronunciaba la palabra «todavía», que no se había recibido la orden de evacuación y pensaba un frase hiriente en la que incluiría al Servicio de Información y a los trabajos de su propia comisión senatorial coordinadora, cuando de la pantalla desapareció el rostro de su amigo Peter Simpson, y apareció el de un hombre absolutamente desconocido, de negros ojos, labios estrechos, y frente despejada.

—Señoras y señores de la Tierra —dijo, mostrando al sonreír sus blancos dientes—. No, no se molesten en andar enredando con el selector. Es inútil Mi rostro aparece ahora en todas las pantallas, mi voz suena en todos los receptores de televisión y de-radio, emitida por todas las estaciones. Estamos cansados y voy a explicarles algo muy importante. Muy importante para ustedes, naturalmente.

“Estamos cansados de la constante amenaza que significa para nosotros vuestra mutua exterminación por medios radiactivos. No nos interesa una Tierra, inhabitable.

”A partir de ahora mismo, quedarán aislados del resto del mundo Estados

Unidos y Rusia.

“Oportunamente comunicaremos los detalles. Buenas tardes, señoras y señores. Les devuelvo su conexión.”

Pero en la pantalla del telefonovisor del senador Clark no se veían más que ondulantes franjas luminosas.

Abrió la radio y una voz excitada irrumpió en el despacho.

—...que averías técnicas, debidas a causas desconocidas; han interrumpido nuestra...

Llamó, con un prolongado timbrazo, a su secretaria.

Annie entró taconeando, con un pasito menudo y nervioso. Una mujercita eficiente, y pequeñita.

—¿Señor?

—¿Dónde estabas, Annie?

—Viendo la televisión, señor.

—¿Qué ha pasado?

—No sé, señor. Estaba viendo el concurso de los diez millones y, de pronto, apareció un hombre con barbita y bigotes y empezó a decir cosas. Que estaban cansados, que no quieren que muramos por la radiactividad y que nosotros y los rusos estábamos aislados del resto del mundo. Una estupidez, supongo, pero, ¡qué inglés tan exquisito, *monsieur*!

Las noticias fueron cayendo como martillazos sobre una sociedad estupefacta.

Después de una hora de interrupción, las emisiones de radio y televisión comenzaron de nuevo, anunciando los locutores que se esperaba de un momento n otro poder facilitar un comunicado de la Casa Blanca

Cuando el senador Clark iba a salir de su casa puta tomar el avión especial que había de llevarle a Washington, recibió la llamada de su esposa.

El avión cohete para Argentina había suspendido la salida por falta de datos de las estaciones meteorológicas.

—Eso al menos, es lo que han dicho —explicó ella—. Pero aquí hay un desbarajuste espantoso: Vuelvo enseguida, con Mary y los niños. Espérame.

—No puedo. Me han llamado desde Washington. Salgo ahora mismo. Volveré en cuanto pueda. Cuida de los niños.

El general Simpson tenía un defecto muy corriente pero en el que pocos generales podían permitirse incurrir, debido precisamente, a ser generales, o sea, a considerar a su interlocutor, como a un inferior, en el caso menos grave, o como él decía, resultaba impracticable en absoluto.

La explicación era fácil. Nunca había sido considerado como un alumno sobresaliente, ni siquiera como una personalidad brillante. Por fortuna, esto; quedaba compensado por su propio convencimiento de no ser ni brillante ni inteligente.

Le gustaba, cuando hablaba de algo decisivo para la patria o, al menos, para su profesión, adoptar una postura firme y decidida. A veces, también lo hacía cuando se trataba de asuntos menos trascendentales aunque no menos

espinosos. Los problemas de la vida matrimonial y de la educación de sus hijos habían sido tema de muchas discusiones con la señora Simpson, pero ella había sabido adaptarse a la especial idiosincrasia de su marido y siempre defendía el parecer que a ella misma no le gustaba. Así se proporcionaba dos satisfacciones: la de complacer a su marido, haciendo lo que él decía querer y su propio deseo, consiguiendo lo que anhelaba.

El general lo sabía, no al principio, pero pronto llegó a saberlo, y, sin embargo, entraba con alegría en el juego porque también él gozaba dos veces: discutiendo, amontonando argumentos, replicando, reprochando, disculpándose y consiguiendo al fin que se hiciera lo que él defendía con sus palabras y ella con sus ataques y negativas.

Cuando la señora Simpson comenzaba a criticar a cualquier amiga por el espléndido abrigo de pieles que le había visto la noche anterior, el general se echaba a temblar. Él tendría ahora que...

Sí, ella tendría que lucir mañana un abrigó igual o mejor, pero la discusión le había servido a él de entrenamiento para su placer favorito, jugar en el segundo escalón, contar con la próxima jugada del adversario. Pero sólo con la próxima, y él lo sabía. No daba más de sí, pero se conformaba. A su modo era feliz. Y la señora Simpson también. Naturalmente, se adoraban.

Cuando el zumbador del telefonovisor sonó en la salita de la señora Simson, ésta acudió rápidamente para cortar el zumbido. Hacía tan poco tiempo que se había acostado Peter...

En la pantalla apareció el rostro del senador Clark. Un hombre inteligente, pensó ella. Sólo hacía un año que conocía a Peter y ya había observado que el senador conseguía del general todo lo que quería, haciendo ver que detestaba esa solución. Emplea mi táctica, se decía ella a menudo, pero no se sentía celosa por eso, sino un poco cómplice.

—¡Hola, senador! ¿Dónde estás?

—En un bar cercano al aeropuerto. ¿Y Peter?

Se acaba de acostar. No ha dormido en toda 1a noche anterior. ¿Pasa algo?

—Lisa, lo siento. Tengo que despertarlo. ¿Puedo ir a recogerle, o prefieres llamarle tú?

—Ven; así dormirá un poco más.

La señora Simpson recibió al senador cariñosa, pero reluctante.

—Hola, John. Pasa, siéntate. ¿Tomas algo? ¿Un Martini? ¿O prefieres coñac?

—Lo siento, Lisa. No tengo tiempo. Hay que despertarle. Tengo que hablar con él ahora mismo. A las once estamos citados en el Pentágono, pero antes he de explicarle algo, y él tiene que darme ciertos datos. Probablemente tendrá que llamar a alguno de sus colaboradores. ¿Te molestaría que celebráramos aquí una reunión preparatoria? Seríamos cuatro.

La señora Simpson asintió. Después dijo sonriendo:

—¿No podrías llamar a los que creas que Peter precisará?

—.No, hoy no puedo discutir con él. Ya sabes que si yo llamara a su mejor

asesor, él diría que éste era un inútil. Y no hay tiempo.

La señora Simpson volvió después de llamar a su esposo, con expresión asombrada.

—Dice que llames a quien te parezca, de parte de él. Y que saques "su" whisky y cuatro vasos. También me ha dicho que le perdones por hacerte esperar unos minutos. ¿Qué pasa, John? Cuando se acostó; después de lo que había oído por la radio, creí que ya no había peligro...

De pronto, rompió a llorar, con rabia, ruidosamente, en una explosión que sorprendió al senador.

—Calma, Lisa —dijo el general, que había entrado rápidamente, al oír los sollozos—. Todo se arreglará. —Después miró al senador y se disculpó— Perdona —dijo.

El teniente coronel Philip Steiner besó la mano de la señora Simpson y se retiró dando un paso atrás-y haciendo chocar de nuevo sus tacones.

—Siéntese —le dijo el general—. ¿Whisky?

—Gracias, mi general, pero...

—Ahora le preparo un café, porque usted ya ha cenado, ¿verdad, Steiner? —interrumpió la señora Simpson.

—Si quieres traerme otro, te lo agradecería —sugirió el senador—. Creo que me sentaría bien. Dile a Lota que lo haga bien cargado.

Cuando entró Lota, silencioso y bien engrasado, rodando con suavidad y ligereza, traía en la bandeja, sujeta magnéticamente a sus manos metálicas, dos tazas humeantes de café. Cuando la retiraron de la bandeja, el robot describió un pequeño círculo sobre sus ruedas y se volvió a la cocina.

Ahora voy al dormitorio de los niños —se excusó la señora Simpson—. Si necesitas algo, Peter, llama a Lota. Y no olvides desenchufarlo cuando vayas a acostarte. Yo no os molestaré más. Buenas noches. .

—Buenas noches —respondieron casi al unísono el senador y el teniente coronel.

La pregunta del general restalló en el mismo momento en que se cerraba la puerta.

—¿Qué pasa, John?

—No lo sé. Quiero decir que no sé lo que pasa ahora mismo. Cuando venga Rowlandson, lo sabremos. Pero por lo pronto hay esto: vas a tener mucho trabajo.

El general asintió. Esperaba algo parecido. Pero no quería convencerse. Todo su trabajo al frente de la Defensa Pasiva, las construcciones, las cantidades de hierro, acero y cemento, los millones y millones de dólares, los centenares de aviones, y los miles de hombres, se encontraban ahora desarmados, inútiles, ante un peligro imprevisible: un cerco total por mar y aíre.

Expresó sus temores en una sola palabra.

—¿Encerrados?

El senador se dirigió al teniente coronel Steiner y repitió la pregunta:

—¿Encerrados?

—Totalmente.

—¿Y la flota?

—Dos terceras partes fuera de alcance. El resto se dirige a las bases; o puertos más cercanos. En cuanto a los aviones, los cohetes y satélites, se ha perdido el ochenta por ciento, de los que estaban en vuelo.

—No sea usted tan pesimista, Steiner —interrumpió el senador—. Si lo que dijo... el rostro ese... es verdad, sólo hemos quedado... aislados... nosotros y Rusia. Los buques, aviones y fuerzas que no estuvieran dentro de Rusia en ese momento, se habrán salvado.

—Perdonen —dijo Steiner—, es lo que iba a aclarar; aquí traigo los porcentajes de pérdidas calculados por Buby. No son demasiado alarmantes... ni Rusia está como nosotros.

El general gruñó. Reconocía los servicios que prestaba el cerebro electrónico, pero no le hacia gracia colaborar con él.

—¡Ese condenado bicho! —exclamó—. ¿Cómo sabe él que es verdad que también Rusia está encerrada?

—No lo sabe —contestó el senador—. No, todavía. Si lo supiera, habría venido ya Rowlandson, tú le conoces, el secretario de mi comisión. Es lo único que espera. En realidad, todo lo que hagamos ahora es inútil mientras no sepamos quién nos ha aislado. Si son los rusos...

Cuando llegó Rowlandson, se excusó diciendo que Buby había necesitado que le insertaran multitud de fichas, antes de contestar, datos y más datos.

Había contestado al fin. En el estado actual de la ciencia no era posible que seres humanos hubieran conseguido la asombrosa hazaña técnica realizada en d campo de las transmisiones interfiriendo todas las emisiones de radio y de televisión, cabalgando sobre las ondas de las emisoras terráqueas, substituyéndolas incluso aunque las estaciones hubieran interrumpido la emisión.

Buby asegura formalmente que era cierto, lo que se afirmó por las ondas —continuó Rowlandson— ¡Rusia está también aislada!

—¡Gracias a Dios! —suspiró el general.

—Después —siguió diciendo Rowlandson—, Buby contestó a una pregunta que no se le había formulado. Dijo que el rostro que había aparecido en las pantallas y la voz que había sonado en los altavoces no era de un ser humano, cosas que ya estaban implícitas en su primera respuesta. Luego dijo que el ser no tenía rostro ni voz fijo, lo cual suponíamos. Por último —continuó Rowlandson lentamente— dijo que obedeciéramos.

SEGUNDA PARTE
EL ARREGLO

La señora Goddald estaba radiante de alegría.

—¿Has oído, Lilian? Es magnífico. Esta vez no te quedará mi aparato cohete colgado de aquella nube de algodón blando...

—Sí, lo he escuchado por casualidad. Tenía el fonovisor puesto —cortó la señora Clark, con más brusquedad de la que hubiera querido.

La verdad era que no tenía interés en volver a oír la historia. Se la sabía de memoria. La señora Goddald y su hijo July se montaron en el cohete de la tarde de las Líneas Australianas, hacia exactamente tres meses y nueve días. Al día siguiente volvía a Nueva York y desde entonces aprovechaba cualquier ocasión para hablarle por el telefonovisor y contarle su gran aventura. Con pocas variantes, era la misma que la de todos los que viajaban ese día con tu intención de salir de los Estados Unidos. Por tren, en auto, en barco, en avión, en submarino... El vehículo empezaba a encontrar una resistencia que iba aumentando lentamente hasta que se convertía en un muro impenetrable.

—Sí, ya sé que todos cuentan lo mismo —le había dicho una vez Eleanor Goddald—, pero yo iba en avión cohete. Aquello fue espantoso. Empezamos a perder velocidad a unos diez kilómetros de la costa. Se encendió la luz roja "Abróchense los cinturones"; y empezó la confusión. July se echó a llorar. El avión se fue parando, pero sin perder altura. Casi parado, describió una curva cerrada, una semicircunferencia perfecta, empezó a ganar velocidad, más de la cuenta, Lilian, y el letrero continuaba encendido. Poco después comenzamos a ver algo, porque antes no se veía ni jota, como si voláramos dentro de un vaso de agua a la que se hubiera mezclado un poco de leche.

Y por fin, el altavoz anunció que regresábamos al aeropuerto en virtud de órdenes recibidas desde tierra. Una aventura grandiosa, querida.

Pero hoy, el rostro de Eleanor resplandecía en la pantalla al decir:

—Ha estado espléndido ese joven rubio aunque quizá no te haya gustado su acento sureño. Siempre te estás burlando de mi acento, pero ahora reconocerás que hay gente a quien le sienta muy bien...

—Por Dios, Eleanor, no seas inocente. Yo no he visto a ningún rubio ni he notado su acento sureño. He visto a un hombre inteligente, con aspecto de deportista, y neoyorquino por los cuatro costados.

—Sí, ya lo sé. Es todo una ilusión. Cada cual ve a una persona distinta, desconocida, pero vagamente familiar, que le habla en su propia lengua, en su propio dialecto, con su propio acento. No he tenido más remedio que enterarme por los periódicos y las radios. No es un ser humano, no tiene forma, no es corpóreo. Puede adoptar el aspecto que quiera, bueno, el que quieren los que lo están viendo, ¿no? Pero, desde luego, lo que ha dicho es muy sensato, ¿verdad?

Lilian Clark contestó sin convicción:

—Sí, claro —y se calló mientras Eleanor continuaba con su charla.

Lilian no estaba muy segura. En realidad, estalla un poco asustada. Le gustaba que el macizo rostro de cabellos castaños rizados hubiese anunciado que las fundas que envolvían a Estados Unidos y a Rusia iban a desaparecer inmediatamente. Así podría ver a su marido con más frecuencia. Según él le explicaba desde Washington por el fonovisor todos los días, salvo las pocas ocasiones en que había podido venir en estos tres últimos meses, el trabajo era ahora abrumador para todos.

—Ya sabes, querida. Primero tuvimos que evacuar las costas bajas, por miedo a que el agua de los ríos hiciera subir el nivel del mar, después la falta de evaporación trajo consigo la sequía y tuvimos que acudir a las reservas de víveres, después vinieron la falta de pesca, 1os cierres de fábricas abarrotadas de productos manufacturados v las huelgas, y las manifestaciones, y la movilización general para absorber la mano de obra sobrante y evitar el peligro de una revolución interior. En fin Lilian, tú lees los periódicos v escuchas la radio todos los días. Todavía no hay censura previa. ¿Y te extrañas de que tu marido, presidente de la comisión senatorial coordinadora de los recursos militares y civiles, no vaya por casa más fine un día a la semana?

Sí era bueno que se hubiese levantado el telón inofensivo, pero impenetrable, de radiaciones que había tenido aislados a Estados Unidos y a Rusia —y que Rusia había estado también encerrada era seguro, porque se habían publicado las respuestas de Buby— pero no le había gustado el tono frío de la comunicación.

—A partir de este momento —había dicho el rostro— quedan suprimidas las construcciones de espacio ordenadas por el Consejo de la Galaxia, impuestas a Estados Unidos de América y a Rusia. Durante una unidad mínima de tiempo galáctico, equivalente a tres meses y nueve días del tiempo de la Tierra, las barreras quedaran levantadas. Ese tiempo habrán de aprovecharlo en decidir si llegarán a un arreglo o continuará la amenaza de una radiactivación de la Tierra como consecuencia de vuestro afán de autodestrucción. Los seres humanos no nos molestan en absoluto, pero la radiactividad es mortal para nosotros. Lleva-vamos muchísimos siglos con los seres humanos y con los de otros muchos planetas, y nunca les hemos inquietado. No nos importa que ustedes existan o se destruyan, pero una Tierra radiactiva no la podemos consentir. Interfieren ustedes un plan cuyo alcance es inimaginable para los seres humanos. Tres meses y nueve días ha concedido el Consejo para un arreglo entre ustedes. Ese plazo vence el quince de agosto a las doce en punto de la mañana, hora de Greenwich. Si llegan antes a un arreglo, comuníquenlo por los medios usuales al público en general. Si no, buscaremos nosotros el arreglo.

Y el rostro se despidió cortésmente.

Lilian se desprendió de sus pensamientos, cuando la voz de Eleanor clamó en el altavoz del fonovisor:

—¿Es que no te alegras de que me vaya a Canberra? Tienes puesta una cara tan rara...

—Sí, querida, ya sabes que me alegro, pero son tantas las cosas que están pasando de pronto. Recuerdos a Perry. Y suerte, si es que ya podemos confiar en la suerte.

—Ya han quitado la red. ¿Te parece poco? Perry, July y yo estaremos juntos. Para siempre. Ah, ¿qué vas a hacer con Joe y Anthony? ¿Los mandarás ahora a casa de tu madre?

—No sé, Eleanor. Tengo que consultar con John. Estoy tan desorientada...

—Bueno, mucha suerte, y un abrazo. Adiós.

—Adiós.

El público estuvo encantado al principio. El exceso de noticias impidió la publicación de anuncios. Los periódicos, las radios y las emisoras de televisión sólo hablaban de las consecuencias de la «neutralización» como dieron en llamarle a las advertencias del rostro.

La gente había aprendido los nombres de Gulf Stream, Kuro Sivo, monzones, alisios... Sólo tres meses y nueve días de interrupción o de desviación ni menos, de las corrientes marinas y los vientos periódicos habían originado cambios notables e inesperados, aunque no fatales, al menos no fatales en tres meses y nueve días.

Pero después las noticias cambiaron de contenido. En Moscú y en Washington la actividad diplomática era inusitada. El incipiente Gobierno Federal de Europa de reforzar sus lazos a toda velocidad para formar un frente común. Rusia a1 principio había acusado a los Estados Unidos de haber proyectado y llevado a cabo una agresión contra la libertad de los mares y del comercio. Estados Unidos devolvió la pelota haciendo la misma afirmación v denunciando a Rusia como nación agresora. Pero todo esto era sólo en las prensas y las radios.

En la O.N.U. se hablaba en forma muy distinta.

—El pueblo de los Estados Unidos está convencido de que la U.R.S.S. no es responsable1 de las calamidades que se han sucedido en estos últimos meses y espera que el representante de la U.R.S.S. reconozca que tampoco los Estados Unidos han tenido intervención en estos inexplicables sucesos Por tanto, se propone a la Asamblea General que se vote la siguiente proposición:

Primero. Todos los esfuerzos sin lícitos cuando se trate de conseguir un acuerdo entre las dos grandes potencias nucleares.

Segundo. Las restantes potencias nucleares, Europa. China v Brasil, colaborarán en los esfuerzos que se realicen por las potencias que por sí solas podrían radiactivar la Tierra para conseguir un acuerdo que aparte de la humanidad el peligro de una guerra nuclear.

Tercero. Los intereses de las pequeñas potencias serán respetados siempre que no perjudiquen la posibilidad de un arreglo entre 1as naciones cuyo armamento atómico es considerado como peligroso por los seres extraterrestres.

Los países no pertenecientes a ninguno de los tres bloques solicitaron un plebiscito mundial para ver si se debía renunciar al empleo de las bombas de estroncio, de cobalto, de hidrógeno y hasta de las simplemente atómicas, previa la inspección adecuada. Posteriormente se amplió la solicitud, a petición de Europa, a la condición de que debiera anteceder una notable disminución de los efectivos numéricos de fuerzas v armamento convencional.

A causa del poco tiempo disponible, el Instituto Mundial de la Opinión se encargó de pulsar el parecer de un diez por ciento del total de los seres humanos con derecho a voto, y se hicieron con toda rapidez los trabajos preparatorios.

El general Simpson, como jefe de la Defensa Pasiva de los Estados Unidos, solicitó permiso para estar presente en el momento en que Buby comunicara el resultado total del plebiscito partiendo de los datos parciales suministrados por los cerebros electrónicos locales. Alegó motivos tan poderosos, que el Estado Mayor Conjunto no pudo negarse a ello, a pesar de que el número de los que habían de estar presentes resultaba ya excesivo.

La verdad era que el Estado Mayor Conjunto sólo ejercía control sobre Buby en el sentido de impedir que se le hicieran preguntas que pudieran estar relacionadas con la defensa nacional. Pero cada Secretaría, a pesar de tener su cerebro electrónico propio, contaba con Buby cuando había que tomar una decisión que pudiera interferir en la esfera de otra secretaría.

Cuando el general se encontró con el senador Clark en uno de los bares situado en el pasillo del Pentágono que le era más familiar se acercó a él y se saludaron efusivamente.

—¡Hola, John! Buenas tardes. ¿Esperando órdenes? —preguntó.

—¡Hola, Peter! —sonrió el senador—. Sí, Buby me ha citado. Cuando le propusieron la pregunta de cuál sería el resultado del plebiscito pidió, como siempre, datos y redactó la lista de los que debían estar presentes en el escrutinio. Yo era uno de ellos.

—Sí, claro, de ti siempre se acuerda. Pero yo he tenido que solicitarlo. Me da la impresión de que no le soy simpático. A pesar de que fui yo quien dirigí la construcción de su refugio.

—Quizá por eso. Hace tanto calor allá abajo. Pero, en todo caso, la antipatía es mutua, porque no creo que te guste mucho Buby, ¿verdad?

—No me hacen gracia esos chismes tan complicados. El mío, el de 1a Defensa Pasiva, es otra cosa. Tan eficiente, tan callado sin proponer nunca una solución, se limita a citar unas cifras o n decir sí o no. No entiende más que de cálculos de resistencia, presupuestos de obras, tiempo que se invertirá en la construcción, cantidad de materiales necesaria, cosas prácticas, tangibles, John, pero este elefante...

—Este elefante no tiene la culpa de que vayamos a consultarle cada vez que hemos de tomar una decisión Recuerda que al principio creímos que era una exageración la imposición del Presidente al solicitar que todos 1os

proyectos de Ley redactados por los cerebros electrónicos de las distintas comisiones, llevaran el refrendo de Buby. Y sin embargo ahora se ha convertido esto en una rutina diaria. Es lógico: el número de sus circuitos, sus relés y sus lámparas electrónicas le permiten una cantidad de combinaciones casi infinita. Y su almacén de datos, su memoria, es casi inagotable.

Todo esto lo sabía perfectamente el general. Sabía que desde que se le empleó por primera vez para redactar un presupuesto, Buby se había convertido en un instrumento nacional, aunque siguiera adscrito al Estado Mayor Conjunto, ya que las cifras que facilitaba eran lógicas, sensatas y proporcionales a las necesidades reales de los distintos departamentos. Pero no le hacía gracia colaborar con él.

El senador Clark notó la seriedad repentina del general y adivinó al punto que todavía estaba resentido con aquella broma de Buby.

—¿Todavía no le has perdonado? —preguntó.

—No es eso, no creas que yo le concedo a Buby personalidad alguna. Hablamos siempre de él como si fuera una persona o, por lo menos, un animal inteligente. Lo peor de aquello no fue su respuesta, sino que ya se ha convertido en un chiste cuartelero y yo me haré famoso, al menos dentro del Pentágono, por haber sido el general á quien Buby le hizo aparecer como un presuntuoso... no sé... como un plagiario o un ladrón de ideas, algo muy desagradable, pero no es eso lo que me irrita de él.

Sí era eso, creía el senador. Conocía Ja anécdota con todos los detalles. En cierta ocasión el general fue a consultar con Buby a propósito de ciertos datos que le hacían falta para algo de un plan de construcción de refugios en todos los pueblos de menos de tres mil habitantes. Como las respuestas iban a ser exclusivamente cifras, no pidió que se las entregara el cerebro por escrito sino que permitió que Buby contestara por el altavoz.

La voz metálica y algo chillona de Buby había dicho:

—Consúltense las páginas 124 a 148 de la obra Cálculo del tiempo de construcción de refugios del general jefe de la Defensa Pasiva.

La carcajada de los representantes resultó más humillante porque trataban de reprimirla. El general había olvidado que Buby había sido su colaborador en esa obra firmada sólo por él mismo, pero Buby no olvidaba nunca nada de lo que había pasado por sus circuitos y sus relés.

El senador Clark procuró disimular el regocijo que le producía este recuerdo y cambió de conversación.

—Bueno —dijo—, no te enfades, ¿qué vas a tomar? Todavía falta más de media hora. Hasta las ocho no llegarán los primeros datos.

—Trae unos martinis —dijo el general, dirigiéndose al camarero.

Después se quedó mirando fijamente al senador y dijo:

—¿Qué va a pasar ahora, John?

—No sé —respondió el senador—. Mira, Peter. Buby tiene un archivo universal y enciclopédico. Es la mayor autoridad en temas históricos. Ahora, por las calles de todas las ciudades del mundo, por los campos y los mares,

entre los pasajeros de los cohetes y, las tripulaciones de los submarinos atómicos, alguien va hablando de estos temas a sus amigos, a sus conocidos, a simples pasajeros. Cada respuesta es transmitida automáticamente por el radio en miniatura del agente del Instituto Mundial de la Opinión a1 cerebro electrónico de su nación o región. Estos cerebros eliminarán las respuestas falsas, esto es, las provocadas por los mismos agentes al influir en los preguntados haciéndoles ver el caso desde un punto de vista determinado. Después numeran las respuestas, las clasifican y las envían a Buby. Si Buby nos dice, a nosotros y a los representantes de la O.N.U. que acudirán hoy al refugio, que la humanidad opina que no se debe renunciar al empleo de las armas nucleares...

—A mí no me importa lo que diga Buby. Es ridículo que un diez por ciento de la humanidad, escogido al azar, y cuyas respuestas han sido discriminadas por cerebros electrónicos, que le confieren el valor de un voto positivo, negativo o nulo, pueda decidir el destino de la humanidad. Confío en que, en último extremo, una minoría rectora, no excesivamente dotada en cuanto a la inteligencia, pero sana en sus intenciones y enérgica en su forma de actuar, impedirá Ja hecatombe.

—Bueno, creo que será mejor que vayamos para el ascensor —dijo el senador, y cogiendo al general por el brazo le impidió que pagara.

—Yo estaba sentado antes. Después me invitas en tu casa —añadió.

Habían pasado cuarenta y ocho días desde la última aparición del rostro en la pantalla, y el mundo se estaba recuperando de la desorganización originada por el aislamiento temporal de la U.R.S.S. y los Estados Unidos. Las flotas mercantes cruzaban presurosas los mares, y los aviones y cohetes gigantes volaban transportando los pedidos más urgentes La opinión pública no había quedado impresionada por su decisión de no permitir la inutilización de las armas nucleares. Los resultados totales del plebiscito mundial habían sido; en favor del empleo de las armas atómicas, el 65,12 por ciento; en contra, el 11,17 por ciento; indiferentes, el 22,90 por ciento.

En la O.N.U. continuaban las discusiones sobre las distintas propuestas que iban redactando las comisiones técnicas. Se habían hecho importantes avances en cuestiones de poca trascendencia, pero el asunto principal, el desarme nuclear continuaba por los cauces trillados de los últimos cincuenta años. Era un tema que había de ser estudiado minuciosamente.

La reacción del público había originado una fase de comprensión y buena voluntad. Se mostraba amabilidad en la prensa y en las radios y los ataques se habían hecho más comedidos por ambas partes.

Y así pasó un mes.

Cuando el rostro del ser extraterrestre apareció un día en todas las pantallas y su voz sonó en todos los altavoces de las radios —y esto es rigurosamente exacto, ya que hasta los aparatos desconectados transmitieron esta vez sus palabras— la consternación fue general. El mundo parecía haber olvidado la existencia de un plazo improrrogable. La voz dijo:

—Está pasando el tiempo y la amenaza de una radiactivación de la Tierra no ha disminuido, hagan un esfuerzo. Repito que ustedes no nos molestan, pero ante la radiactividad nos sentimos inermes. Nuestro cuerpo, por llamarle de alguna forma que ustedes puedan comprender, no es capaz de resistir lo que para los seres humanos está dentro de su límite de tolerancia. Busquen un arreglo, olviden las diferencias. Una guerra atómica podría, quizá, permitir que unimos humanos siguieran viviendo, pero nosotros perderíamos un planeta en el que podemos habitar perfectamente y que constituye la única base de partida de que disponemos en el sistema solar. Queremos una Tierra con vegetación y con vida animal, porque ambas cosas nos son necesarias. Pero las vidas de los hombres no presentan para nosotros más que un factor del que podemos prescindir. Si ustedes no se limitan, como habían hecho hasta ahora, a matarse entre sí, cosa que nunca nos ha importado; si, pura conseguir vuestra exterminación, tenéis que sacrificar por completo la vida vegetal y animal de la Tierra, y hacer por tanto inhabitable para nosotros el planeta, tendremos que imponer nuestro arreglo.

Traten ustedes de considerar sus diferencias desde nuestro punto de vista. Tienen todos ustedes la misma constitución fisiológica y mental, las razas no existen, sólo el ser humano; el método de transmitirse mutuamente las ideas es el mismo, un lenguaje hablado y escrito, el idioma terráqueo; vuestros sentimientos son análogos, como análogas son vuestras imperfecciones.

"Es la última vez que me pongo en contacto con ustedes y la última vez que adopto una apariencia humana, aunque ustedes crean que adopto infinitas apariencias; es la última vez que hablo vuestro único idioma y no los innumerables que creéis tener.

“Uníos y os salvaréis. Os quedan once días.

“Buenos días amigos”.

El mazazo que representó para la opinión pública la repetición de la amenaza de un arreglo impuesto por un ser extraño a la Tierra trajo consigo una intensificación de los contactos diplomáticos preparatorios de una entrevista al más alto nivel. Cuando faltaban siete días, el jefe del bloque oriental, acompañado de un grupo de técnicos en cerebros electrónicos, llegó a Washington para celebrar con e1 Presidente de los Estados Unidos conversaciones decisivas.

También estaban presentes en la reunión algunos observadores europeos.

Los operadores de las máquinas perforadoras de fichas habían sido escogidos por ambas partes con el mayor cuidado y eran de la máxima confianza de sus jefes respectivos. Iba a saber todo lo que se podía ceder en las cuestiones vitales. Naturalmente, los datos no eran conocidos más que por las partes respectivas y una vez llegado a un arreglo se dejaría a Buby el trabajo de redactar el documento que, desde luego, no contendría ninguna cláusula inaceptable para alguno de 1os dos bandos.

La señora Simpson estaba entusiasmada cuando hablaba de la proyectada reunión con la señora Clark.

—Es magnífico —dijo—. Todo es magnífico. Tú aquí para pasar con tu marido algo más de un día a la semana; tus niños junto a los míos jugando y divirtiéndose.

—Y pegándose.

—Bueno, es lo mismo. Así es como se divierten los niños.

—Creo —dijo- la señora Clark pensativamente—, que también los hombres se divierten de esa forma, ¿no?

—Se divertirían, Lilian, se divertirían. Ahora todo eso acabó. Figúrate lo que debe ser que todos los conflictos humanos se dejen a la resolución de Buby, tan desapasionado, tan frío, tan culto, tan inteligente. Sí, inteligente, aunque mi marido se -enfade cuando yo 1e hablo así del cerebro electrónico. Fíjate, basta con decirle a Buby la verdad de lo que se quiere y él se encarga de hacer un documento que ninguno puede rechazar, porque ambos han conseguido parte de lo que pretendían sin ceder en nada que consideren que es inaceptable. ¿No es maravilloso? Siempre es mejor qué arreglemos nosotros, los humanos, nuestras cosas antes que permitir que gente de fuera intervenga. ¿Qué saben ellos de nuestra psicología, de nuestra forma de ser y de reaccionar? Es tonto dejar que sean ellos los que impongan su paz cuando nosotros podemos conseguida contando, como contamos, con Buby.

Había una sombra de tristeza y de ironía en la voz de la señora Clark cuando preguntó:

—"Entonces, Lisa, ¿crees que se han terminado las guerras?

—Mira, Lilian, voy a serte franca, pero, por Dios, no se lo digas a nadie. La verdad es que le he sacado Peter su opinión. Fue ayer, cuando supo que venían los rusos y que Buby haría de árbitro. Sí, árbitro fue la palabra que empleó.

—Lisa —me dijo—, ya sabes que no soy un entusiasta de Buby, pero, si hay alguien capaz de conseguir un arreglo de la situación, es él. Buby no tiene prejuicios, no se deja arrastrar por el valor que le concedemos nosotros a las palabras que expresan conceptos abstractos: honor, vergüenza nacional, traición, fidelidad, democracia, sistemas totalitarios, y todas esas cosas. El maneja kilómetros cuadrados, producción, número de habitantes, dinero, potencia de fuego. Cifras, números concretos.

La señora Clark pareció asustarse al oír las últimas palabras e interrumpió el relato, excitada:

—Pero eso es lo malo de Buby, eso es lo espantoso. John me ha dicho, sí, él también ha sido franco conmigo, que Buby no podrá arreglar esto porque, en realidad, no comprende a los hombres. Me dijo que la guerra es inevitable, porque la guerra nace con el hombre, se desarrolla en la sociedad, la técnica le presta alas y mayor capacidad de destrucción. Según él, los instintos, o los sentimientos, humanos son hoy iguales a los del hombre primitivo que luchaba con cachiporras y hachas de pedernal. La técnica le ha prestado al hombre un progreso innegable en su habilidad para causar la muerte de sus semejantes: espadas, lanzas, arcos, fusiles, cañones ametralladoras, tanques,

aviones, buques de guerra bombas más y más potentes pero los sentimientos no han progresado, no han mejorado en absoluto. Por eso, John cree que Buby no conseguirá nada, pero confía en que los seres extraños impondrán un arreglo que sea llevadero para nosotros, los humanos.

Lilian se calló, esperando la respuesta de la señora Simpson, pero ésta permaneció un rato silenciosa. Al fin dijo:

—Bueno, lo que sea, sonará. Esta noche lo sabremos.

Efectivamente, en una emisión extraordinaria, la radio comunicó la noticia. No había habido arreglo.

Buby estuvo pidiendo datos y más datos. Lo jefes de los Estados Unidos y de la U.R.S.S. habían cedido todo lo que pudieron, pero Buby exigía más.

Las renuncias, las promesas de desarme, los reconocimientos de buena intención en las actitudes respectivas de cada potencia por parte de la otra, no bastaban. Buby quería números, actos, no palabras ni promesas. La reunión se disoció sin llegar a un acuerdo. El primer Ministro de la U.R.S.S volvió a Moscú.

Pero Buby siguió trabajando. Las reuniones al nivel de los ministros de Asuntos Exteriores consiguieron, gracias a su intervención, éxitos que hubieran parecidos inalcanzables hacía unos días.

La opinión pública se tranquilizó. Algo se estaba logrando. Eran puntos de fricción de importancia secundaria los que se estaban eliminando, pero los avances eran positivos.

Faltaban cuatro días. En Moscú se celebró una reunión extraordinaria del Presidium; en Washington, una asamblea conjunta del Congreso y del Senado. El secreto fue absoluto. No sólo se estaban explicando todos los puntos en los que se había cedido que, de ser conocidos antes de conseguir un arreglo, habrían provocado una violenta reacción de los pueblos y las ideologías representadas que considerarían a sus jefes como traidores, sino que se trataba de conseguir algo más efectivo. Más renuncias.

En Washington, la reunión duró tres días con breves interrupciones. El senador Clark tuvo que responder a muchas preguntas, amar muchas asperezas, acordar muchas voluntades. Pero cuando fue al hotel, su mujer vio que estaba animado, optimista, aunque totalmente reservado. Sólo dijo:

—Sí, Lilian, por nuestra parte se ha hecho todo lo posible. Creo que la vida no merecería la pena de vivirse si hubiéramos de ceder en algún punto más. Cualquier arreglo, acordado por Buby o impuesto por el desconocido Consejo Galáctico, que no respetara las libertades mínimas que hemos mantenido como posiciones irreductibles sería inaceptable. La muerte no es el peor de los males.

—No, pero es el único que no tiene remedio. Todas esas libertades mínimas no pueden existir si no tenemos vida. ¿Quién habría de gozar esas libertades? ¿Los cadáveres?

—No, Lilian, no es eso. Pero no te preocupes. No hay que ser pesimista. Al fin y al cabo, todavía queda una oportunidad. Si los rusos han cedido tanto

como nosotros, y, naturalmente, no puedo darte detalles, Buby sería capaz de redactar un acuerdo.

El día 14 de agosto a primeras horas de la mañana, el general Simpson estaba muy ocupado. Fallaban dos horas para la reunión de los representantes de listados Unidos y Rusia. Y Buby se había mostrado muy poco acogedor al recibir a tan altas personalidades. Del fracaso se había culpado, algo injustamente, al general Simpson. Cuando dirigió la construcción del refugio nunca se había pensado que Buby estuviera sometido a sesiones intensivas de larga duración. Por eso, el sistema de refrigeración, en circuito cerrado, inevitable en un refugio, había sido planeado con un cierto límite de tolerancia. Pero las reuniones de alto nivel, las de los ministros de Asuntos Exteriores, y las de las comisiones técnicas encargadas de negociar acuerdos parciales, habían demostrado que el sistema de refrigeración de Buby era insuficiente.

Aun desvirtuando en parte el concepto de refugio, se había montado una toma de agua directa desde la superficie, y un grupo de bombeo que remontaría el agua calentada por los circuitos electrónicos de Buby hasta la superficie, eliminando así el circuito cerrado de refrigeración.

El general no estaba de acuerdo con esta solución, pero dirigió las obras con su acostumbrada severidad y la instalación quedó terminada antes de las doce, de Greenwich, siete de la mañana de Washington.

Faltaban veinticuatro horas para que venciera el plazo concedido por el ser extraterrestre antes de imponer su arreglo. El general suspiró satisfecho. Ahora ya todo dependía de los dirigentes, las campañas de prensa y de radio, y las emisiones de televisión habían preparado a la opinión pública a: aceptar el arreglo a que se llegara por los máximos 1 dirigentes. Ya no era un sentir popular, representado por un diez por ciento de votantes, escogidos al azar, lo que había de decidir el destino del mundo. Ya estaba aquí la minoría rectora que él siempre había creído que decidiría en última instancia. Las pequeñas potencias esperaban, impacientes, pero en actitud cooperadora, la decisión final. Todo el mundo confiaba en Buby y en la buena voluntad de los que habrían de plantearse el problema de obedecer a aquel primer plebiscito o de imponer su voluntad en contra del empleo de las armas nucleares. Y se confiaba en que el arreglo fuera satisfactorio para la mayor parte de los habitantes del planeta.

A las ocho de la mañana comenzó la sesión. Después de los saludos, se hizo, por pura rutina, la pregunta acostumbrada a Buby. Una vez que asimiló la ficha, contestó como había hecho en la sesión anterior, como hacía casi siempre, encendiéndose el letrero de luz roja en el que se leía: “Datos”.

El presidente de los Estados Unidos se acercó sonriente a la mesa del operador de la mesa perforadora y le entregó unas notas. El operador miró al Presidente con asombro y luego comenzó a trabajar sobre el teclado de su máquina. Una vez que hubo terminado, entregó la ficha perforada al Presidente y éste la introdujo por la ranura de recepción de datos de Buby. El

Primer Ministro de la URSS. se dirigió a la mesa de perforación y entregó al comandante ruso encargado de la misma, un papel escrito a mano con una letra pequeña y apretada. Después se retiró y esperó.

El secretario del presidente de los Estados Unidos le susurró a éste algo. El Presidente asintió y fue hacia donde estaba el primer ministro de la URSS.

—Tardará mucho tiempo su operador en perforar su ficha. Creo que podríamos tomar algo mientras tanto. Al fin y al cabo, nosotros ya hemos hecho nuestro trabajo. Ahora es sólo cuestión mecánica.

El Primer Ministro se mostró de acuerdo.

Se encargaron las bebidas y las pastas y todos los presentes se desayunaron hablando animadamente, pero sin hacer referencia a lo que se estaba haciendo en ese momento. Todo parecía normal, se hablaba del tiempo, de comidas, de conocidos comunes. Hasta se arregló un pequeño asunto pendiente desde hacía mucho tiempo, la liberación de unos prisioneros sin importancia a cambio de la liberación de cierto gravamen. Era un asunto resuelto que se había olvidado, en la confusión de estos días, por los escalones ejecutivos.

Al fin el operador se levantó y entregó la ficha al Primer Ministro que la introdujo en la ranura de Buby. Se retiró el servicio y se hizo un silencio profundo. Sólo zumbidos intermitentes, y oscilaciones de las agujas demostraban que Buby estaba digiriendo el alimento. Clasificaba, archivaba, ordenaba, comparaba, deducía...

—Parece que está animado —dijo el Presidente—. Se le ve actuar con entusiasmo. A veces me parece que es un ser humano. ¿Qué le han hecho ustedes a Buby? -—preguntó, dirigiéndose al grupo de técnicos que esperaba con curiosidad.

—Sólo una modificación en el sistema de refrigeración, señor presidente. Han colaborado con nosotros -los profesores rusos designados. No tiene importancia. No afecta en nada a los circuitos. Es sólo para evitar las largas interrupciones necesarias cuando se somete a Buby a trabajos intensivos.

—No creo que fuera necesario —objetó el Primer Ministro—. En realidad no creo que tenga hoy mucho trabajo. Mis proposiciones son tan generosas al menos como las que confío que le habrá presentado el señor Presidente. Así no hay más remedio que conseguir un arreglo.

Se oyó después un zumbido más agudo que los anteriores. Buby iba a hablar.

“Datos” exigió el letrero rojo.

El presidente miró desconcertado al primer ministro quien le devolvió la mirada con una expresión de incomprensión en sus ojos.

—¿Datos? —Dijo el presidente—. He dado todos los que podía. El pueblo de los Estados Unidos no podría aceptar una concesión más.

—No tengo más datos que comunicar —dijo secamente el primer ministro de la U.R.S.S.—. ¿Ha transcrito usted bien todo lo que dije? —añadió incrédulamente, dirigiéndose a su operador

Este afirmó que estaba comprobado. El de los Estados Unidos afirmó que

no había posibilidad de error ya que había sido comprobado antes de introducir la ficha. En vista de eso volvieron a redactarse las fichas que se sometieron a una rigurosa comprobación. En el último momento el presidente de los Estados Unidos se acercó a la mesa de su operador y le entregó una pequeña nota para que la incluyera en la ficha. El primer ministro de la U.R.S.S. se adelantó a su vez y ordenó de palabra a su subordinado que insertara una pequeña modificación.

Buby asimiló las nuevas fichas y, tras un corto zumbido, se encendió de nuevo el letrero. "Datos".

Poco después, una vez retirados del almacén de datos de Buby las fichas insertadas, con semblantes hoscos y apretados, todos los presentes abandonaban el refugio en distintos ascensores.

Esa noche, sin embargo, Buby tuvo trabajo. Se trataba de conseguir a toda prisa un arreglo por el que la U.R.S.S. y los Estados Unidos se comprometieran solemnemente a no emplear las armas nucleares antes de agotar todas las posibilidades de discusión por los medios normales. La diplomacia volvería a sus cauces normales y los pequeños países se mostraron dispuestos a servir de mediadores. La O. N. U. retiró de su agenda todos los asuntos que pudieran prestarse a controversia entre las dos grandes potencias nucleares y se informó ampliamente al público de la nueva política de distensión. El acuerdo redactado por Buby fue firmado con toda la publicidad que podían prestarle los elementos técnicos de que se disponían y el mundo pareció convencido de que se había evitado una grave crisis.

Pero a las dos de la mañana el senador Clark y el general Simpson estaban en el Pentágono y bebían una taza de café cargado en el bar más próximo al ascensor del refugio de Buby.

—No veo qué es lo que te intriga, Peter —decía el senador—. Es natural que el Estado Mayor junto quiera celebrar una reunión de urgencia, fin y al cabo sólo faltan cinco horas para que expire el plazo dado por el rostro. Hay que estar prevenidos ante lo que pueda sobrevenir.

—No creo en Buby, ya no creo en ninguno de esos monstruos electrónicos. Esto ha sido un fracaso

—El fracaso no ha sido de él, Peter el fracaso ha sido de los hombres. Tú no puedes construir un refugio sin herramientas, sin materiales, sin mano de obra, sin créditos. Buby no puede forzar un arreglo. Si los datos que le han insertado son insuficientes, si las concesiones máximas de una parte no llegan a satisfacer las exigencias mínimas de la otra, ¿qué arreglo puede establecerse?

—Entonces, creo que lo mejor es proceder inmediatamente a la evacuación de los centros de población y núcleos industriales. Porque no sabemos si los rusos respetarán el acuerdo conseguido ayer. Y porque no sabemos cuál será el arreglo que impondrá el Consejo Galáctico.

Esto lo consiguió. Fue lo primero que se consiguió. Lo primero que respondió Buby. A las tres de la mañana, el teniente coronel Steiner cursó la

orden de evacuación. Todos los elementos de la Defensa Pasiva se pusieron en movimiento con la máxima urgencia, una urgencia desesperada, angustiada casi. Porque Buby había dicho:

—Sí, los seres extraños cumplirán su palabra. Ellos han dicho que impondrán su fórmula de arreglo. Y lo harán. A las doce en punto, hora de Greenwich. A las siete de la mañana para nosotros.

Pero no pudo decir nada sobre la clase de arreglo. Faltaban datos. No sabía nada de la naturaleza de los seres extraterrestres, más que lo que ellos habían querido mostrar. Sin embargo, a la pregunta de si se debía proceder a la evacuación, contestó rápidamente:

—Ahora mismo.

Y todos tuvieron mucho trabajo. El Estado Mayor puso en práctica el Plan 19. Las bases de aviones y cohetes fueron puestas en estado de alarma, regresando a ella todos sus elementos. Los buques de guerra de superficie y los submarinos, lo mismo que la flota mercante, recibieron órdenes de regresar a puerto en previsión de un nuevo aislamiento más prolongado que el anterior o quizá permanente.

Hasta las seis de la mañana no volvió el general Simpson.

—¿Qué? ¿Cómo va la cosa por ahí arriba? —Le preguntó el senador Clark —. Yo estoy aquí encerrado y no sé nada más de lo que me quieren decir.

—No hay dificultades. Lo normal. Algunos excitados tratan de oponerse a la evacuación, en otros puntos la gente se ha echado al campo sin obedecer las órdenes de esperar la llegada de medios de transporte... En fin, esto estaba previsto, pero ya va encajando todo. Claro que no se conseguirá una evacuación completa, dado el corto plazo disponible. Por otra parte, la evacuación estaba prevista para el caso de un ataque atómico, pero ¿es que los seres extraños van a emplear precisamente el arma que más perjuicios les causaría a ellos mismos? Mientras no sepamos qué es lo que nos amenaza, si es que nos amenaza algo, la evacuación no puede realizarse en el sentido estricto de la palabra.

“Hay que limitarse a la dispersión de objetivos, la descongestión de los grandes núcleos de población y poco más. Las precauciones habituales de los servicios de alarma, puesta en marcha de los refugios y todo lo demás están sobradamente practicadas. Y al público no puede cogerle de sorpresa. No en balde hemos estado realizando ejercicios periódicos pese al enorme gasto que estos representaban. Estoy cansado... y ya no puedo hacer más. Steiner se ha quedado arriba con el resto del equipo. Si hubiera algo, me llamaría por el telefonovisor interior.

—Vamos a tomar algo —sugirió Clark.

—Espera, antes quisiera hacerle una pregunta a Buby. Habrán quedado algunos técnicos, ¿no?

—Bueno, que nos lleven café a la sala de Buby y, mientras bebemos todos, puedes preguntarle lo que quieras. Creo que te lo agradecerá. Si fuera una persona, estaría abrumada por su fracaso. Pediré también algo de beber.

Los técnicos aceptaron el café y aprovecharon la ocasión para tomar algo sólido. Eran ya las seis de la mañana y no habían dormido en toda la noche.

La primera pregunta fue:

—¿Hay posibilidades de conseguir un arreglo entre los hombres?

—No —contestó Buby,

—¿Por qué?

—Se pueden adoptar acuerdos parciales, pero la guerra está en la naturaleza de los hombres. La Historia lo demuestra.

—¿Cuál es la clase de arreglo que impondrían los seres extraterrestres?

—Según los datos de que disponemos, no hay más que una solución. El exterminio total de los seres humanos.

El general Simpson vaciló. Luego, dirigiéndose al grupo de técnicos, preguntó:

—¿Son de fiar ahora las respuestas de Buby? Uno de los técnicos explicó:

—Eso depende del porcentaje de seguridad que usted necesite en sus respuestas. Buby actúa, como es natural, a base de datos. Cuando se le "exigen respuestas concretas, numéricas, producción de la próxima cosecha de cereales, tanto por ciento de la mano de obra en paro forzoso que se originará a consecuencia de tal o cual medida y cosas parecidas, colocamos la palanca en este punto. ¿Ve usted? Si tiene los datos suficientes para dar las respuestas dentro de los límites de tolerancia de error para la pregunta concreta, contesta. Si no, si la pregunta en cuestión no puede ser satisfecha con los datos que le hemos suministrado, enciende el letrerito de "Datos". Con eso nos indica que no posee en sus archivos, ni nosotros 1e acabamos de insertar, conocimientos precisos que le permitan contestar dentro de1 límites mínimos de error exigidos por la naturaleza misma de la materia determinada objeto de la pregunta. Pero en estas preguntas que usted formula, hemos situado la palanca en el punto más bajo, o sea, que Buby puede contestar partiendo de los datos suministrados con un error que sería intolerable en otras materias. Su análisis es exacto; las deducciones, correctas, pero la respuesta puede ser absolutamente falsa.

—Comprendo —dijo el general—. Si yo le digo que he estado en una ciudad llena de rascacielos, de abundante tráfico, clima agradable y que he hablado con un botones de color y cinco personas blancas en correcto americano, él deducirá, lógicamente, que he estado en una ciudad de los Estados Unidos. Pero yo sé muy bien que eso me pasó una vez cuando llegué a Tokio. Soy yo quien le ha mentido, quien le ha inducido a error. ¿Es eso lo que usted quiere decir?

—Exactamente, mi general, pero harían falta muchos más datos para engañarle. Con toda seguridad, encendería el letrerito. No sabría responder.

—Bueno, pues me gustaría hacer una pregunta con el límite máximo de tolerancia. ¿Es obligatorio formular las preguntas con toda esa lentitud que exige el perforar las fichas o hay algún medio más rápido?

—Bueno, existe otro procedimiento que usted nunca ha empleado. Usted

viene siempre con preguntas concretas que no ha podido resolver su cerebro electrónico, pero el senador sabe que hay otra forma de actuar. Claro que nunca o casi nunca se usa cuando se trata de preguntas importantes.

—Mira, John, yo empleo el procedimiento que dice el señor Hopkins cuando quiero saber la reacción del Ejército ante una determinada medida de tipo, diríamos, espiritual… Cuestiones de protocolo en sus relaciones con organismos civiles, ya sabes, esas cosas tan delicadas y sutiles. Si hay antecedentes, la cosa es fácil; pero a veces la situación es imprevista y entonces acudo a él. Y no perdemos tiempo perforando fichas. Sencillamente le hablo por ese micrófono y él me contesta por su altavoz. Después, hago o no hago lo que él me dice. Pero el noventa, por ciento de las veces sus respuestas son acertadas. Al menos coinciden con lo que yo tenía pensado. El diez por ciento restante puede ser debido a falta de antecedentes que no consten en Buby o a prejuicios, míos. Nunca me he molestado en averiguarlo.

—De acuerdo. O sea; yo puedo hablar con él tranquilamente, como quien pide un consejo y está dispuesto a seguirlo, si se ajusta a los propios deseos, o desecharlo si es contrario a éstos, ¿no es verdad?

—Sí, claro está que puedes hacerlos, pero el margen de error...

—Sí, ya lo sé. —Se volvió hacia el ingeniero electrónico y dijo— ¿Podría usted, señor Hopkins, poner en funcionamiento el circuito sonoro?

—Al momento. Sólo un segundo. Voy a desconectar la mesa de perforación y las clasificadoras secundarias.

El general se acercó al micrófono y carraspeó entes de comenzar a hablar con el tono de quien trata., de explicare algo a un niño.

—Bueno —dijo—, el asunto es el siguiente: El ser extraterrestre afirma que él impondrá el arreglo, y parece ser que tú —se sonrojó al darse cuenta de que le hablaba a Buby como si éste fuera una persona, pero continuó, haciendo un esfuerzo— crees que la única solución que cabe es el exterminio de la raza humana. ¿Es cierto?

—Exacto. No hay otra solución —dijo el altavoz. —Muy bien, pero también es cierto que el rostro ese ha dicho por las pantallas que sus gentes necesitan que en la Tierra continúe existiendo la vida, tanto, en su forma vegetal como en su forma animal. Esto también es cierto, ¿no?

—Exacto.

—De acuerdo.

El general volvió a carraspear. Luego, con voz triunfante, dijo:

—Ahora bien, ¿qué procedimiento puede existir para borrar la vida humana de la faz de la Tierra sin perjudicar la existencia de los demás seres vivos, ya sean árboles, animales, insectos, peces, pájaros, en fin, todo eso?

El altavoz tronó, como si Buby pudiera irritarse: —El hombre goza de ciertas facultades que le son privativas. El hombre no es un árbol ni un animal, por avanzado que éste sea. Esta es la diferencia. El senador Clark intervino:

—Creo que está claro, Peter. Si ellos tratan de exterminar a la raza humana

—y, naturalmente, la premisa es falsa, ya que el tono de sus comunicaciones fue más bien amistoso—, sin perjudicar a la vida en general del planeta, tienen que emplear un procedimiento que no dañe a los animales ni a las plantas. Lógicamente hay que descartar la hipótesis de un bombardeo cósmico sobre la Tierra, y la de la intoxicación de la atmósfera, o la supresión del oxígeno o el calor excesivo, o el frío, o la falta de agua...

—Sí, eso lo comprendo. Pero, ¿es que va a ser precisamente esa pequeña diferencia con los demás organismos vivos lo que cause nuestra muerte? ¿Es que son los monos, o los pájaros, o los tiburones los-que han fabricado la bomba atómica? ¿Quiénes hemos puesto en peligro la seguridad de sus bases de partida aquí en la Tierra? Nosotros, con nuestras creaciones científicas. Nosotros, que hemos empleado nuestra mente, lo único que nos diferencia en forma fundamental de los demás seres vivos, en crear artefactos cada vez más peligrosos para nosotros mismos y para...

—Entonces, ¿tú crees que, de ser verdad lo que dice Buby, la muerte nos llegaría por la mente?

—No sé; pregúntaselo a Buby. Puestos a hacer preguntas absurdas, pídele también su opinión concreta sobre eso; pero antes, déjame que le pregunte una cuestión específica. —Se acercó al micrófono y dijo—: ¿Qué hora es ahora mismo, según Greenwich?

—Las doce menos cuatro minutos -—disparó el altavoz.

Calmosamente, el senador puso el reloj de la sala en la hora indicada.

—¿A qué viene eso? —Preguntó el general—. ¿Es que crees que va a pasar algo a las doce?

—¿Por qué no? ¿No puede aparecer el rostro y decir algo? —Respondió Clark—. Pregúntale a Buby.

Pero Buby dijo que no. Insistió en que el rostro cumpliría su palabra, que no aparecería nunca más.

—Dando por supuesto —dijo el general— que, efectivamente, estuvieran dispuestos a exterminar a la raza humana, aprovechando la mente que nos diferencia de los demás seres vivos, ¿cuál es el procedimiento que emplearían para conseguirlo sin hacerle daño a los demás organismos vivos privados de inteligencia?

El general se quedó contemplando, asombrado, las agujas de los indicadores de Buby. Estas habían comenzado a oscilar, y se oyó un zumbido estridente. El señor Hopkins hizo una señal a uno de sus ayudantes, y éste subió hasta el tope la palanca de tolerancia de error. El zumbido se desvaneció.

—Parece, mi general, que usted le ha hecho una pregunta a la que puede contestar con un error mínimo. Fíjese en el detalle de que la palanca está ahora en el mismo sitio en que suele estar cuando usted le hace preguntas de las suyas, en lo que llamamos nosotros “punto de precisión matemática”. El error máximo tolerado ahora por Buby es de dos por un millón. Y el cerebro está trabajando. Ha acudido a sus almacenes en busca de datos. ¿Ve usted ese

circuito? Buby busca, sabe que tiene datos, pero la respuesta es complicada. Cuando se encienden esas lámparas electrónicas, que casi nunca usa, es que se le está exigiendo el máximo.

Comenzó un suave zumbido. En el altavoz sonaron las palabras de Buby:

—La muerte de la raza humana la producirá el Terror.

El general sonrió.

—¿Has visto, John? Y decías que Buby no entendía los conceptos abstractos. ¿Hay algo más abstracto que el terror o el valor?

El senador no respondió. Se acercó al micrófono y preguntó:

—¿Cuál es la hora exacta por Greenwich, Buby?

—Casi doce menos quince segundos —restalló el altavoz.

—Cuando sean menos diez, empieza a contar, por favor, Buby. Gracias.

Se sentó en una butaca junto al general. Este dijo:

—Es absurdo, John, todo esto del rostro, y de Buby, y de la hora exacta.

—Lo sé, Peter, pero, ¿podemos hacer otra cosa?

Sobrevino un silencio espeso en el que se oía el funcionamiento debilísimo de Buby, reducido, pensó Hopkins con amargura, a desempeñar el papel de un cronómetro vulgar.

El tenue chasquido del robot inmenso, controlando el paso de las milésimas de segundo, semejaba la respiración de un niño dormido plácidamente. Y, sin embargo, el escueto escenario era lo más opuesto a cualquier idílica estampa hogareña, sintió él general con un escalofrío.

Percibió, casi físicamente, en sus ralos cabellos plateados, la mirada hostil del ingeniero, y alzó la vista, un poco asustado, no sabía bien por qué. Pero el senador se había dado cuenta antes que él.

—Siéntese usted, Hopkins. No es de creer que, para el tiempo que nos queda, Buby pueda necesitar grandemente de sus cuidados, teniendo en cuenta que lo que ahora le hemos encargado no puede ser más sencillo ni nadie lo ejecutaría con más tranquilidad que él. ¿No te parece, Peter?

El general asintió, distraído; la voz impasible de Buby dijo: “Diez segundos” y Hopkins tomó asiento en una butaquita algo alejada de los prohombres. Oía con rabia sus burlas cansadas de señores maduros de vuelta de todo, burlas a las que el estridor de la voz de Buby, que, según lo ordenado, había empezado a contar por segundos, ponía un trasfondo espectral.

—Menos nueve.

—No lo comprendo, John —dijo el general—.

¿Es que van a ponernos por delante monstruos del Apocalipsis? ¿Dragones, gigantes y todas esas zarandajas?

—Menos ocho.

—Te aseguro —continuó— que, no sé si por ser ya un viejo o por haberme identificado con mi profesión, lo cierto es que no comprendo lo que sea eso de sentir terror. Tal vez —y soltó una risita— vaya yo a ser por eso el único superviviente.

—Menos siete.

—Siempre podrá convenirles —prosiguió— que quede alguien que les facilite datos sobre animales y vegetales.

—Para eso cuentan con Buby, Peter, con el Buby nuestro y con los más rudimentarios de otros países. Sólo tienen que suministrarles fuerza.

—Menos seis.

Otra vez estaban burlándose del inmenso artefacto, pensó Hopkins, enfurecido. Tenía que resultarles muy cómodo. El cacharro, digno y serio, estaba allí, moviendo millones de ruedecitas, haciendo vibrar cables y circuitos, recogiendo datos que llegaban de las estrellas más lejanas, informándole sobre la armonía horaria de un universo latiendo como un gran corazón. Simplemente para decirles a los dos prohombres, orondos y vanidosos, que faltaban...

—Menos cinco.

Cinco segundos para que acabase la Gran Broma. ¿De quién?, de las dos, estaba visto: de Rusia y Norteamérica. Se trataba sólo de un "bluff" colosal para atemorizar al mundo, para contener el resuello de Europa y de los países neutralistas y repartirse luego el orbe como quien se reparte una naranja.

—Menos cuatro.

Lo dirían en el último segundo, en el penúltimo quizá, cuando la gente con televisión, radio, relojes eléctricos y demás artefactos publicitarios estaría pendiente del goteo del Tiempo y de la propaganda de las grandes casas anunciadoras. La idea se le había ocurrido, hacía una semana, a un gran fabricante. Y también multitud de iglesias de las que nunca se había oído hablar, se declaraban ahora, poco más o menos, plenipotenciarias de los Desconocidos. Roma guardaba silencio. Todo era posible en los designios inescrutables del Señor. El relámpago que cruzará el cielo de Oriente a Occidente, precediendo a la aparición del Hijo del Hombre, sería, después de todo, un fenómeno qué ocurriría en cada uno de los millares de millones de cerebros humanos...

—Menos dos.

Sé sobresaltó, al darse cuenta de qué el segundo "menos tres" sé le había escapado. Miró al general y al senador, dignos y graves, a pesar de la cáscara de escepticismo en la que se envolvían.

¿Cómo iban ellos a poder creer en el Terror? Gente de vida fácil, de problemas resueltos, de familia normal, de distinción y elegante cansancio. Sí; era muy posible que el Terror, si semejante cosa sobreviniera, pasase despreciándoles, sin tocarles. Quedarían como representantes de un mundo aceitado y pulido en el que...

—Menos uno.

¡El, en cambio! Cuando terminase esta broma, cuando el general Je dijese: "Bueno, ya puede usted retirarse, Hopkins. Como ve, también Buby se equivoca de vez en cuando", correría a su casa y se enteraría del diagnóstico de los médicos.

No, no podía ser cáncer. Era demasiado horrible y, además, en estos

tiempos, resultaba una enfermedad absurda.

Recordaba los gritos espantosos de la madre, treinta años antes, cuando aquello era una enfermedad incurable. El padre y los cuatro varones seguían comiendo en silencio y fingían no oír nada.

Pero oían.

Aunque lo de Lucy no podía ser lo mismo. No se estaba ya en el balbuciente siglo XX. Seguiría empeñándose, pidiéndoles dinero a los amigos, sableando, estafando...

No podía ser. Casi saltó en la butaca, y se dio cuenta de que también el general y el senador se levantaban, mirándole aterrados.

¿Una campanada? ¿Dentro o fuera de su cerebro?

Pero él no les iba a hacer nada. Era tonto que le tuviesen miedo. Era él, él únicamente, el que estaba asustado, porque la oía gritando como un animal al que nadie remata, gritando hasta romper al mundo, maldiciéndole, maldiciéndole a él, a los hijos, a la vida toda, incorporada en una cama que era un mar de pus y de cuajarones de sangre, con los cabellos erizados, espumeante la boca, las manos en-garfiadas, buscando a los hijos para irlos estrangulando como a panochas que se quiebran, tronchándolo todo, sacrificándolo todo para salvarse de la que llegaba.

Mientras caía, aún pudo llegarle a los oídos el retumbo de dos cuerpos que acababan de desplomarse, y el silencio total de Buby, que descansaba al fin, ¡hasta que llegasen los Preguntadores!